



El evento que conmocionó al
mundo, cambió a un pueblo
e inspiró a una nación."

A Través de las Puertas de la Gloria

ELISABETH ELLIOT



*Through Gates of
Splendor*

I

ELISABETH ELLIOT

L TyndrJ'>e Casa Editores,111-0., Carol Stream, Illinois

Visita Tyndale en línea en www.tyndale.com.

Tyndale y el logotipo de la pluma de Tyndale son marcas comerciales registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

A través de las puertas del esplendor

Copyright © 1956, 1957, 1981, 1996 de Elisabeth Elliot. Todos los derechos

reservados. Fotografía de portada © de Jon McGrath. Todos los derechos

reservados.

Diseñado por Jessie McGrath

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse en ninguna forma ni por ningún medio (por ejemplo, electrónico, fotocopia mecánica, grabación u otro) sin la autorización previa por escrito del editor. La única excepción son las citas breves en reseñas impresas.

Los versículos de las Escrituras marcados con NEB se toman de The New English Bible, copyright © 1970, Oxford University Press, Cambridge University Press.

ISBN 978-0-8423-7152-0

Versión: 28/01/2015 15:20:51

CONTENIDO

Reconocimientos

Mamás

Capítulo I: “No me atrevo a quedarme en casa”

Capítulo II: Destino: Shandia Cha

Capítulo III: “Todas las cosas para todos los hombres”

Capítulo IV: Adaptabilidad infinita

Capítulo V: “Prescindible para Dios”

Capítulo VI: Misionero a los jíbaros que encogen la cabeza

Capítulo VII: Rompiendo las barreras de la jungla

Capítulo VIII: Los Aucas

Capítulo IX: septiembre de 1955

Capítulo X: Comienza la Operación Auca

Capítulo XII: Los salvajes responden

Capítulo XIII: La búsqueda de “Palm Beach”

Capítulo XIV: Un Auca en el camino

Capítulo XV: ¿Por qué se fueron los hombres?

Capítulo XVI: “No saldremos solos”

Capítulo XVII: Éxito el viernes

Capítulo XVIII: Silencio

Capítulo XIX: “Sin embargo, no te hemos olvidado”

Epílogo: noviembre de 1958

Epílogo II: enero de 1996

Glosario

EXPRESIONES DE GRATITUD

Muchas personas, desde las selvas de Ecuador hasta los rascacielos de Nueva York, han contribuido a la escritura de esta historia. Las otras cuatro viudas, Barbara Youderian, Marj Saint, Marilou McCully y Olive

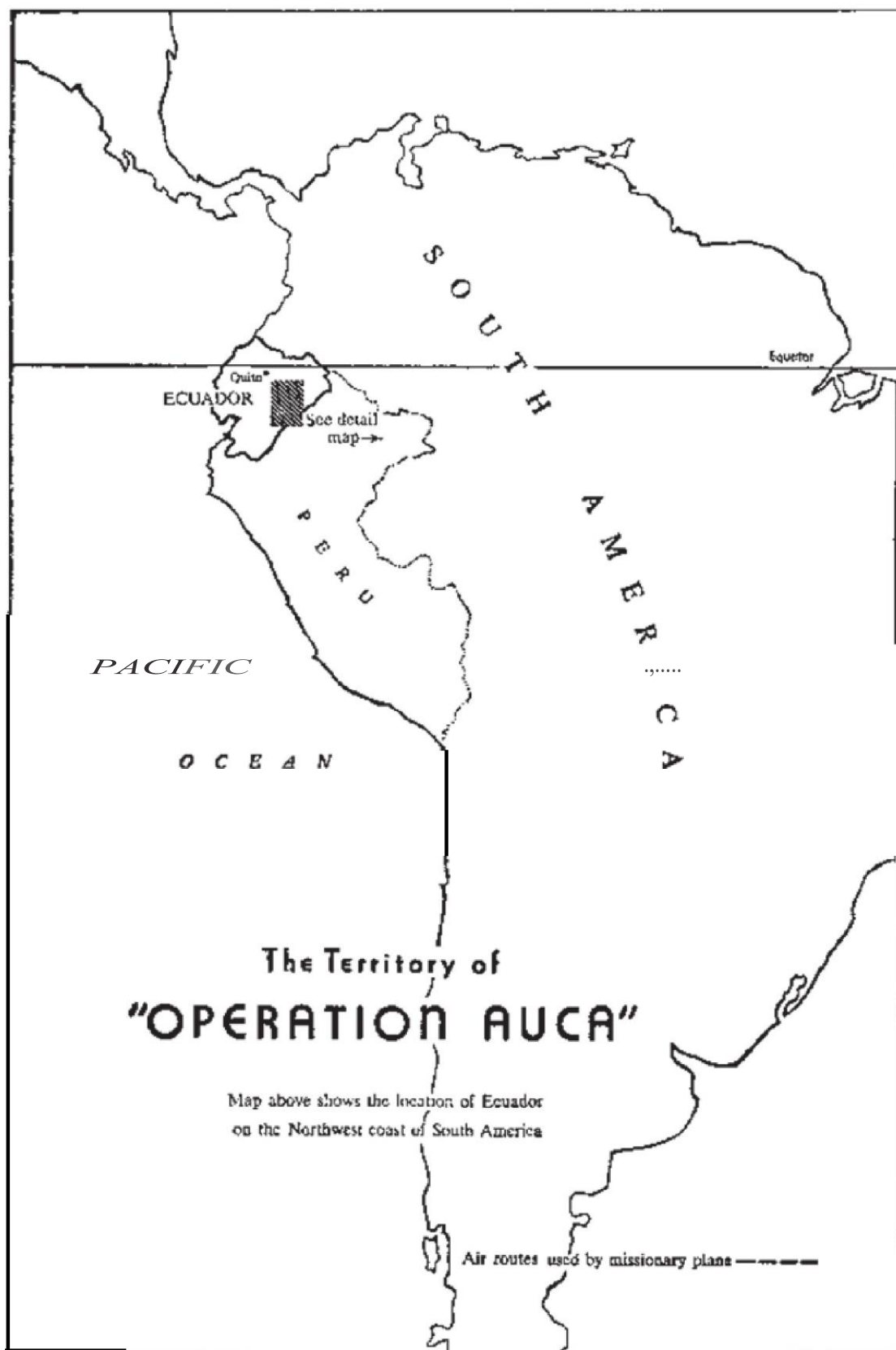
Fleming, cuando repentinamente se encontraron con una doble responsabilidad, se tomó el tiempo de recopilar los diarios, cartas y otros escritos de sus esposos, y estuvo dispuesto a compartirlos. Abe C. Van Der Puy, de la emisora de radio misionera HCJB en Quito, Ecuador, dedicó muchos meses a recopilar material para el artículo de The Reader's Digest, preparado por Clarence W. Hall, que apareció en el número de agosto de 1956. He utilizado libremente este material en la versión ampliada del artículo. Cornell Capa, de Magnum Photos, voló a Ecuador para la revista Life pocas horas después de que se comunicara por radio a la prensa estadounidense la noticia del martirio de los misioneros. Con sus perspicaces y sensibles fotografías, narra una historia indescriptible. Su hábil guía no se habría podido comprar con dinero. Life ha puesto generosamente a disposición las fotografías que Cornell Capa les tomó. Jozefa Stuart, del equipo de investigación de Magnum, realizó un viaje especial a Ecuador para que los editores recopilaran la extensa información adicional que necesitaba para escribir el libro. Muchos de los datos sobre los indígenas aucas provienen de Rachel Saint, hermana del piloto misionero, quien los aprendió de un miembro fugitivo de la tribu. Sam, hermano de Nate Saint, desempeñó un papel único como asesor y representante oficial de las cinco viudas. Sam tomó decisiones que habrían estado fuera de nuestra capacidad, consultándonos por teléfono internacional, en persona y por correo. Las horas y los kilómetros de viaje que dedicó por nosotros son incontables. Los editores de Harper & Brothers se entregaron generosamente para hacer de este libro lo que debía ser. Su consejo y aliento han sido invaluable. A todas estas personas les estoy profundamente agradecido. Con Barbara,

Marj, Marilou y Olive, agradezco a Dios por permitirnos compartir tan íntimamente las vidas registradas en estas páginas. Y a Él, quien las hizo lo que fueron, le repetimos las palabras que cantaron nuestros esposos unos días antes de morir:

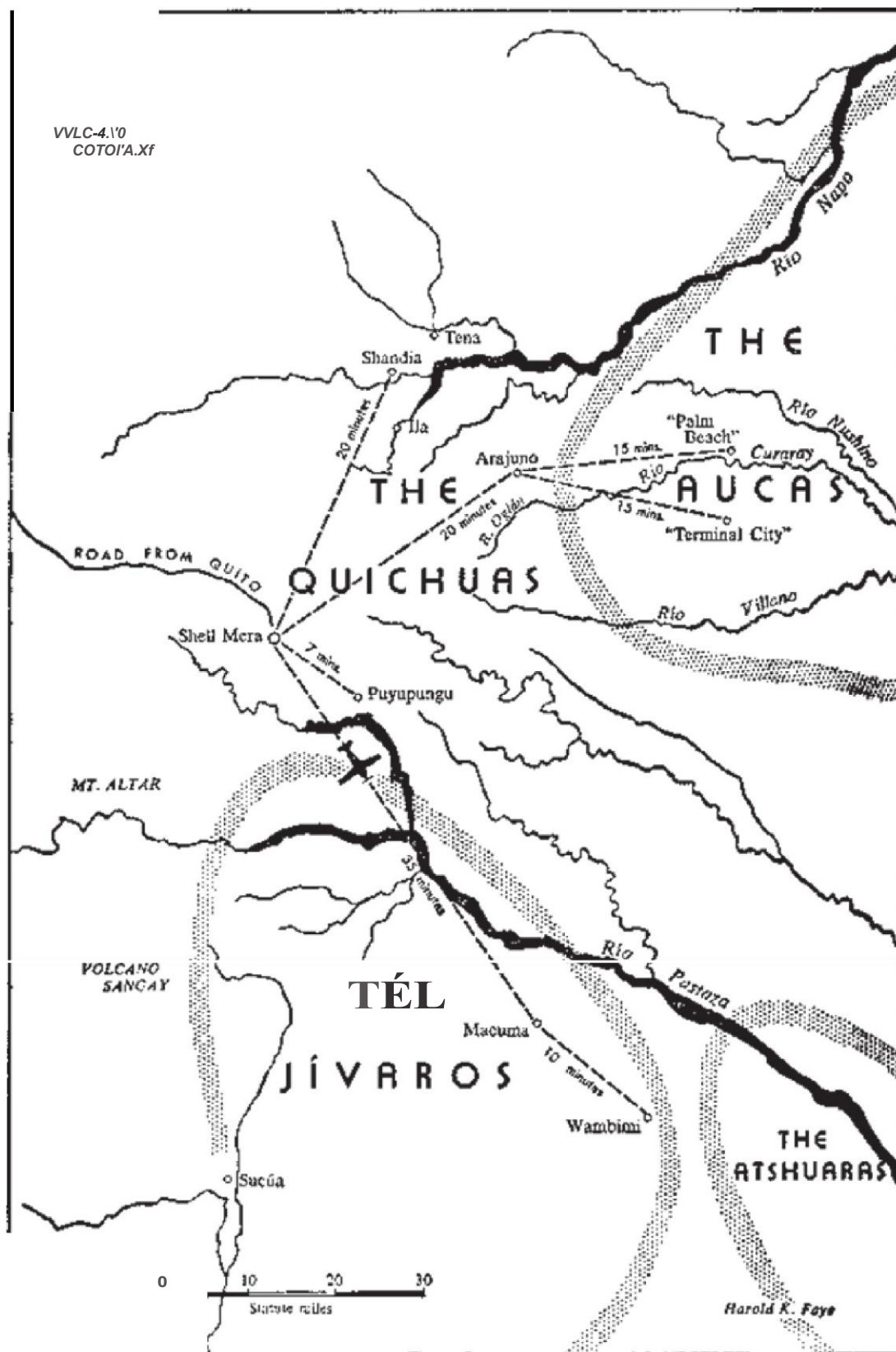
*“Descansamos en Ti, nuestro Escudo y nuestro
Defensor, Tuya es la batalla, Tuya será la
alabanza.*

*Al pasar por las puertas del esplendor perlado,
Vencedores, descansamos contigo durante días
interminables”.*

Elisabeth Elliot
Quito, Ecuador
Febrero de
1957



VVLC-4.1\0
COTO/A.Xf



CAPÍTULO I

“No me atrevo a quedarme
en casa”



El Santa Juana está en marcha. Estrellas blancas abriéndose paso entre la densa niebla. Media luna. El intenso resplandor del fósforo en la estela. Un balanceo largo y suave, y el empuje de un viento constante.

Hacía calor en la pequeña cabina del carguero. Jim Elliot, quien más tarde se convertiría en mi esposo, escribía en el viejo libro de contabilidad forrado de tela que usaba como diario. Era una noche de febrero de 1952. Pete Fleming, compañero de misión de Jim, estaba sentado en un segundo escritorio. Jim continuó:

Toda la emoción de los sueños de la infancia me invadió justo ahora, afuera, viendo cómo el cielo se perdía en el mar por todos lados. Quería navegar cuando estaba en la escuela primaria, y recuerdo bien haber memorizado los nombres de las velas del voluminoso diccionario Merriam-Webster de la biblioteca. Ahora estoy en el mar —como pasajero, por supuesto, pero en el mar al fin y al cabo—, rumbo a Ecuador. ¿Es extraño, o no?, que las esperanzas infantiles se vean satisfechas en la voluntad de Dios para este momento?

Zarpamos del muelle Outer Harbor de San Pedro, California, a las 2:06 de hoy. Mamá y papá estaban juntos observando desde el muelle. Al alejarnos, me vino a la mente el Salmo 60:12, y exclamé: «Por nuestro Dios haremos proezas». Lloraron un poco. No entiendo cómo me ha hecho Dios. La alegría, la alegría pura y la gratitud me llenan y me envuelven. Apenas puedo evitar volverme hacia Pete y decirle: «Hermano, ¡esto es maravilloso!» o «Nunca lo habíamos tenido tan bien». Dios ha hecho y está haciendo todo lo que siempre he deseado, mucho más de lo que jamás pedí.

Alabado sea el Dios del Cielo y su Hijo Jesús. Porque Él dijo: «Nunca te dejaré ni te desampararé», puedo decir con valentía: «No temeré». " "

Jim Elliot dejó la pluma. Era un joven de veinticinco años, alto y corpulento, con abundante cabello castaño y ojos azul grisáceos. Se dirigía a Ecuador: la respuesta a años de oración pidiendo la guía de Dios en su obra. Algunos habían considerado extraño que un joven con tantas oportunidades de éxito decidiera pasar su vida en la selva, entre pueblos primitivos. La respuesta de Jim, hallada en su diario, había sido escrita un año antes:

Mi viaje a Ecuador es un consejo de Dios, al igual que mi partida de Betty y mi negativa a aceptar el consejo de todos los que insisten en que debo quedarme y animar a los creyentes en Estados Unidos. ¿Y cómo sé que es Su consejo? «Sí, mi corazón me instruye en las noches». ¡Oh, qué bien! Porque sé que mi corazón me habla de parte de Dios... Nada de visiones ni voces, sino el consejo de un corazón que desea a Dios.

Pete percibió el estado de ánimo de Jim en ese momento. Pete era más bajo que Jim, con frente amplia y cabello oscuro y ondulado. Ambos habían aprendido a entenderse y apreciarse mucho antes, y su viaje a Ecuador juntos fue, para ellos, uno de los "extras" que Dios les dio. Pete también se encontró con sorpresas y preguntas educadas cuando anunció su viaje a Ecuador. Con una maestría en literatura, se esperaba que Pete se convirtiera en profesor universitario o maestro de Biblia. Pero desperdiciar su vida entre salvajes ignorantes... se consideraba absurdo.

Tan solo uno o dos años antes, los problemas de Ecuador, en el extremo noroeste de Sudamérica, parecían remotos. Los dos jóvenes habían conversado con varios misioneros que habían estado allí, quienes les describieron los enormes problemas de transporte, educación y desarrollo de recursos. La obra misional había contribuido en gran medida a que el país superara el lapso cultural de un milenio entre las selvas primitivas y las ciudades modernas. Pero el progreso era lamentablemente lento. Los evangélicos llevaban veinticinco años trabajando entre los jíbaros, que se encogían de cabeza, entre los quichuas de los altos Andes y entre los colorados, de piel rojiza, de la selva occidental.

También se llegó con el Evangelio a los Cayapas de la región noroccidental del río, y pronto se hicieron avances hacia la tribu Cofán de la frontera con Colombia.

Pero quedaba un grupo de tribus que habían repelido constantemente todo avance del hombre blanco: los aucas. Son un remanente aislado, invicto y seminómada de antiguos indígenas de la selva. Con el paso de los años, la información sobre los aucas se ha filtrado desde la selva: a través de aventureros, dueños de haciendas, a través de aucas capturados, a través de misioneros que han hablado con aucas capturados o aucas que han tenido que huir de las matanzas dentro de la tribu. Todo lo que Jim y Pete habían podido aprender sobre ellos fue registrado con entusiasmo, tanto que para entonces el solo nombre emocionaba a sus jóvenes. ¿Se les permitiría algún día participar en la conversión de los aucas para Cristo?

Tenían conocimiento de que el primer misionero que había ingresado a territorio auca

—Pedro Suárez, sacerdote jesuita— había sido asesinado a lanzazos en un lugar aislado cerca de la confluencia del Napo y el Curaray. Eso fue en 1667. Sus asesinos eran indígenas que podrían haber sido los antepasados de algunos

Aucas actuales. Durante unos doscientos años después de esto, los indígenas habían sido dejados en paz por el hombre blanco. Luego, la llegada de los cazadores de caucho escribió una página oscura en la historia de esta zona selvática. Durante unos cincuenta años, desde aproximadamente 1875 hasta 1925, estos hombres vagaron por las selvas, saqueando e incendiando las casas indígenas, violando, torturando y esclavizando a la gente. Fue una época en la que el concepto de "razas inferiores sin la ley" era casi universalmente aceptado. Para los Aucas, la falta de amor por el hombre blanco era comprensible. ¿Podría el amor cristiano borrar los recuerdos de la traición y la brutalidad del pasado? Este fue un desafío para Jim y Pete, ya que esperaban llevar el mensaje del amor y la salvación de Dios a este pueblo primitivo. Fue un desafío y un liderazgo para el que ambos habían sido preparados desde la infancia.

Dios había guiado a Jim desde su infancia, cuando, en su hogar de Portland, Oregón, aprendió que el Libro de todos los libros es la Biblia, y que seguir sus enseñanzas no implica necesariamente vivir una vida enclaustrada y aburrida. Ahora, sentado en su camarote a bordo, su mente regresaba a la casa de su familia en una ladera frente al nevado Monte Hood. El padre de Jim, un escocés pelirrojo de mandíbula de hierro, reunía a sus cuatro hijos cada mañana después del desayuno y les leía fragmentos

de la Biblia, intentando siempre mostrarles que

Este Libro debía vivirse, y la vida que describía era feliz y gratificante. Los niños se retorcían en sus asientos en el pequeño rincón del desayuno, pero algunas de las verdades calaron hondo, y Jim, el tercero de los hijos de Elliot, pronto recibió a Jesucristo como Salvador y Señor.

Al ingresar a la preparatoria, Jim, siguiendo el ejemplo del apóstol Pablo, no se avergonzaba del evangelio de Cristo. Siempre tenía una Biblia sobre su pila de libros de texto al entrar al aula. Académicamente, su primer interés fue el dibujo arquitectónico. Su talento para esto era excepcional, y el profesor conservaba sus dibujos para usarlos como ejemplos en futuras clases. Sin embargo, antes de terminar la Escuela Politécnica Benson, comenzó a orientar su vida hacia el campo misionero.

Mientras estudiaba en Wheaton College, Illinois, Jim limitó sus actividades extracurriculares por temor a ocuparse en cosas superfluas y perderse lo esencial de la vida. Rechazó las solicitudes para postularse a varios cargos en el campus. Sin embargo, sí se dedicó a la lucha libre, y explicó su decisión en una carta a su madre:

Lucho únicamente por la fuerza y la coordinación del tono muscular que el cuerpo obtiene al ejercitarse, con el fin último de presentar un cuerpo más útil como sacrificio vivo. Dios lo sabe, y aunque decidió permitir que se esforzara, el motivo fue su gloria y la fe que Él honra. Espera de nosotros sencillez de corazón y libertad de ansiedad, y nos da la gracia para tener ambas.

Durante su segundo año de universidad, Jim llegó a la conclusión de que Dios lo quería en un país latinoamericano, predicando el Evangelio a quienes nunca lo habían escuchado. Esta decisión fue seguida inmediatamente por la acción; comenzó a estudiar español de forma informal. Eligió el griego como especialidad, como preparación para traducir la Biblia a una lengua no escrita. Sus profesores recuerdan el vigor, aunque no siempre la precisión, con que tradujo algunos de los clásicos antiguos: Jenofonte, Tucídides, la literatura patrística. Fue emocionante para él leer por primera vez en griego las antiguas historias del Nuevo Testamento, tan familiares en inglés.

“Hoy leí la historia de la Cruz en Juan 19 por primera vez en el original”, escribió a sus padres. “La sencillez y el patetismo me hicieron casi llorar; algo que nunca me había ocurrido en mis lecturas en inglés. Sin duda, es una maravillosa historia de amor”.

En noviembre de 1947, Jim escribió una carta a sus padres que mostraba dónde estaba su ambición: «El Señor me ha dado un hambre de justicia y piedad que solo Él puede satisfacer. Solo Él puede saciar ese hambre, pero Satanás engaña y me ofrece todo tipo de bagatelas: vida social, un nombre reconocido, una posición importante, logros académicos.»

¿Qué son estos sino objetos del «deseo de los gentiles», cuyos anhelos están deformados y pervertidos? Seguramente no significan nada para el alma que ha contemplado la belleza de Jesucristo. Sin duda oirás hablar de mí. Obteniendo honores preliminares en la escuela. Llevan la misma marca y dentro de poco yacerán en el sótano, en un baúl destartalado, junto al broche especial de oro con la «B», con el «rubí», para el que estudié durante cuatro años en Benson. Todo es vanidad bajo el sol y un afán desesperado. La vida no está aquí, sino escondida arriba con Cristo en Dios, y en ella me regocijo y canto al pensar en tal exaltación.

Jim y mi hermano, Dave Howard, eran miembros de la generación de 1949 en Wheaton, pero aunque yo también estaba en Wheaton, no conocí a Jim hasta la Navidad de 1947, cuando Dave lo trajo a casa para las fiestas. Sonreí más tarde al enterarme de que Jim les había escrito a sus padres sobre «una chica alta y delgada, nada guapa, pero con una personalidad peculiar que me interesa».

Tras completar su penúltimo año de universidad, Jim escribió a sus padres: «Parece imposible que esté tan cerca de mi último año en este lugar, y la verdad es que no tiene el brillo que esperaba. No existe el logro en esta vida; en cuanto uno llega a una posición largamente codiciada, solo aumenta su deseo un poco más y busca logros mayores, un proceso que finalmente se ve suspendido por la intervención de la muerte. La vida es como un vapor ascendente, enroscado, evanescente, cambiante.»

Que el Señor nos enseñe lo que significa vivir en función del fin, como Pablo, que dijo: "Ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo". " "

Ese verano, después de predicar a un grupo de indígenas en una reserva, Jim escribió: «Me alegra tener la oportunidad de predicar el Evangelio de la gracia incomparable de nuestro Dios a indígenas estoicos y paganos. Solo espero que me permita predicar a quienes nunca han oído el nombre de Jesús. ¿Qué más vale la pena en esta vida? No he oído nada mejor. '¡Señor, envíame!'.».

En su diario de verano escribió: «Él hace de sus ministros una llama de fuego». ¿Soy inflamable? Dios, líbrame del temible asbesto de «lo demás». Sáturame con el aceite del Espíritu para que sea una llama. Pero la llama es pasajera, a menudo efímera. ¿Puedes soportar esto, alma mía, esta vida tan corta? En mí habita el Espíritu del Gran Efímero, cuyo celo por la casa de Dios lo consumía. «Hazme tu combustible, Llama de Dios».

El hombre que escribió estas palabras no era un recluso. Era un estudiante de último año de universidad estadounidense, campeón de lucha libre, estudiante de honor constante, presidente de la Asociación de Misiones Estudiantiles en el Extranjero, poeta aficionado y representante de la clase en el Consejo Estudiantil. Jim era muy admirado por sus compañeros. Era conocido como "uno de los personajes más sorprendentes" del campus. Capaz de recitar poemas como "La cara en el suelo del bar" y "La cremación de Sam McGee" de Robert Service, era al mismo tiempo reconocido como un hombre de estatura espiritual superior a la de sus compañeros de clase. George Macdonald dijo: "Es el corazón que aún no está seguro de su Dios el que tiene miedo de reír en Su presencia". Jim habló de "bromear con Dios". "De vez en cuando", dijo, "pido algo, una cosa pequeña, tal vez, y algo responde. Tal vez sea solo yo, pero algo responde, y hace que la petición suene tan graciosa que me río de mí mismo y siento que Él está sonriendo conmigo. Lo he notado varias veces últimamente, los dos burlándonos de mi "otro yo" que odia que se rían de él".

Seguro de pertenecer a Dios por la fe en su Hijo Jesucristo, Jim estaba igualmente seguro de que el Dios que lo había redimido también lo guiaría. «Estoy tan seguro de su dirección como de su salvación», solía decir. Durante

Durante su último año de universidad, se celebró una gran convención en la Universidad de Illinois para estudiantes interesados en la obra misionera en el extranjero. Jim asistió y le pidió a Dios que le mostrara lo que quería que hiciera.

Al final de la convención, escribió: “El Señor ha cumplido con mis deseos esta semana. Anhelaba, principalmente, paz para emprender la obra pionera con los indígenas. Y al analizar mis sentimientos, me siento bastante tranquilo al decir que la obra tribal en las selvas sudamericanas es la dirección general de mi propósito misionero. Una cosa más: estoy completamente seguro de que Dios quiere que comience la obra en la selva solo. Son asuntos importantes que se resolverán en una semana, pero ahora mismo estoy contento con ellos”.

Hacia finales del verano de 1950, la "dirección general" de Jim se volvió específica. Conoció a un exmisionero ecuatoriano que le habló de las necesidades en ese campo y le mencionó el gran desafío de los temibles Aucas. Este fue el punto culminante de varios años de búsqueda de la guía de Dios. Jim dedicó diez días principalmente a la oración para asegurarse de que esto era realmente lo que Dios tenía previsto para él. Recibió una nueva seguridad y escribió a sus padres sobre su intención de ir a Ecuador. Es comprensible que ellos, junto con otros que conocían bien a Jim, se preguntaran si su ministerio no sería más eficaz en Estados Unidos, donde tantos conocen tan poco del verdadero mensaje de la Biblia. Él respondió:

No me atrevo a quedarme en casa mientras los quichuas perecen. ¿Y si la iglesia, tan llena, necesita un impulso? Tienen las Escrituras: Moisés, los profetas y mucho más. Su condena está escrita en sus libretas bancarias y en el polvo de las tapas de sus Biblias.

Este sentimiento se refleja en su diario sobre las reuniones evangélicas que él y su compañero de universidad, Ed McCully, dirigieron en el sur de Illinois: "Días estériles. He tenido treinta y dos noches de 'Concentraciones Juveniles' en Sparta, con cincuenta o sesenta en el gimnasio de una escuela pública. Hay poco interés, y empiezo a ver que se llega a muy pocos jóvenes de esta manera. Este problema de encontrar una cultura con la verdad de Dios es de lo más difícil. Uno llega como renovador, como acondicionador de la sociedad, y la sociedad es...

No estoy dispuesto a ser condicionado. La rigidez de la mente humana es el «muro de Jericó» para la predicación del Evangelio. Dios debe sacudir, o no habrá sacudida.

“Me ha invadido una sensación de desánimo y duda a través de esto.
.....Allá Es una fuerte atracción hacia la filosofía de que "el caos creó

Este trozo de barro a su imagen y semejanza... y dejar caer toda la gama de argumentos teológicos. De nuevo, me sostiene la resurrección de Jesucristo. Si no fuera porque creyera que Jesús fue visto por los hombres y demostró ser sobrenatural al burlar a la muerte, hoy mismo lanzaría todo el sistema a los cielos turbulentos y me embarcaría en una balsa río abajo por el Misisipi. Pero el hecho es fundacional, estable, estable. Se sostiene como ninguna otra cosa, y da la sensación de que hay respuestas, aún no descubiertas, que debo esperar.

Era típico de Jim que, una vez seguro de la guía de Dios, no se desviara fácilmente. La guía era hacia Ecuador, así que cada pensamiento y acción se dirigía hacia allí. Jim practicaba lo que predicaba cuando escribió en su diario: «Dondequiera que estés, sé todo lo que hay. Vive al máximo cada situación que creas que es la voluntad de Dios».

Jim llevaba tiempo orando para que Dios le diera un compañero con quien ir al campo misionero, un hombre soltero dispuesto a unirse a la obra tribal. Por un tiempo pensó que podría ser Ed McCully, pero cuando Ed se casó en junio de 1951, Jim empezó a orar por otro. En agosto, vio a un viejo amigo, Pete Fleming, quien acababa de obtener su maestría y en ese momento buscaba la guía de Dios para su obra. Jim le escribió más tarde:

Me alegraría mucho que Dios te convenciera de ir conmigo, pero si el Jefe de la Cosecha no te mueve, espero que te quedes en casa. Para mí, Ecuador es una vía de obediencia a la sencilla palabra de Cristo. Hay lugar para mí allí, y soy libre de ir. De esto estoy seguro. Él también te guiará y no dejará que te pierdas las señales. El sonido de la "suave quietud" después de que pasen los truenos y el viento será la palabra definitiva de Dios. Espérala mucho tiempo. Recuerda las palabras de Amy Carmichael: "Los votos de Dios están sobre mí. No puedo quedarme a jugar con las sombras ni a arrancar flores terrenales hasta que haya cumplido mi trabajo y haya rendido cuentas".

Las esperanzas de Jim se hicieron realidad cuando él y Pete zarparon de San Pedro en 1952.

Sus caminos se cruzaron cuando grupos de jóvenes interesados en estudiar la Biblia se reunieron desde Seattle y Portland para asistir a conferencias y expediciones de montañismo.

Pete había viajado una vez al este para acompañar a Jim Elliot en una serie de charlas en congresos religiosos y otras reuniones. Seis semanas de viaje juntos los llevaron a una camaradería más profunda que la que habían conocido antes. De regreso, cruzando el país hacia el noroeste, Jim escribió:

“Pete es un compañero de viaje muy interesante, interesado en todo lo que observo: geología, botánica, historia, el cielo y todas las cosas buenas que Dios ha esparcido por el oeste con una variedad tan extravagante”.



Pete, quien nació en Seattle, Washington, en 1928, aprendió desde muy joven a apreciar la Biblia y a considerarla su norma suprema de vida y conducta. Quienes lo conocieron al final de su adolescencia y a principios de sus veinte años quedaron impresionados por su profundo conocimiento de las Escrituras y la amplitud de su espiritualidad. Convertido a los trece años tras escuchar el testimonio de un evangelista ciego, Pete, al igual que Enoc, "caminó con Dios" de una manera que lo distinguió ante sus compañeros de secundaria. Obtuvo sus letras en baloncesto y golf, y los miembros del club de letras le pidieron que fuera su capellán. En su discurso de despedida en la graduación, dijo: "¿Adónde debemos mirar? ¿Adónde debemos ir? Creo que tenemos derecho a volver a la Biblia como nuestro punto de apoyo. Aquí tenemos un fundamento reconocido... construyamos sobre él".

Esta convicción le fue muy útil a Pete cuando, en el otoño de 1946, ingresó en la Universidad de Washington como estudiante de filosofía. Era un hombre de mente crítica, y el estudio de la filosofía lo desafió a reexaminar toda su visión de la vida y del mundo que lo rodeaba. Durante un tiempo,

Estuvo a punto de naufragar en los bajíos del pensamiento conflictivo, pero al final el Dios a quien hacía tiempo había “encomendado el cuidado de su alma” lo condujo de nuevo al puerto de la verdad, Su Palabra eterna.

Pete trabajaba a tiempo parcial, estudiaba mucho y fue presidente de la Comunidad Cristiana Universitaria. Era un hombre muy exigente, pero en su apretada agenda, dedicaba tiempo a la oración y al estudio de la Biblia. En 1951 obtuvo una maestría, con su tesis sobre El hombre de confianza de Melville.

Mientras tanto, tras ver a Jim y comunicarse con él, tomó una decisión sobre su obra. Sorprendió a sus amigos al anunciar que creía que Dios lo llamaba a Ecuador.

“Creo que un 'llamado' al campo misionero no es diferente de cualquier otra forma de guía”, le escribió una vez a su prometida, Olive Ainslie. “Un llamado no es nada más ni menos que la obediencia a la voluntad de Dios, tal como Dios la imprime en el alma por cualquier medio que Él elija”.

Conocía a Olive desde la infancia; ambos asistían al mismo grupo de adoración los domingos. Sin embargo, cuando respondió al llamado de Dios a Ecuador, fue con la intención de servirle sin las responsabilidades de la vida familiar, al menos durante el primer año aproximadamente.

El 6 de septiembre de 1951, le escribió al Dr. Wilfred Tidmarsh, un misionero inglés con doce años de servicio en la selva ecuatoriana, que se había dirigido a muchos grupos cristianos en Estados Unidos:

Desde su visita, he estado orando intensamente por ir a Ecuador. De hecho, nunca había orado tanto ante el Señor por nada. Jim y yo hemos intercambiado varias cartas en las que le conté sobre mi creciente deseo de ir y sobre las Escrituras que Dios aparentemente me había traído a la mente para confirmarlo. Mi pensamiento, tanto dentro como fuera de las Escrituras, se centró en la severidad de las palabras de Cristo a sus discípulos cuando los envió: «Los envío como ovejas en medio de lobos».' "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí."

a mí. ... "El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, éste esno digno de mí..... "El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí la hallará. Parece que las severas exigencias de un campo difícil como el Ecuador se corresponden a nivel espiritual con la

Se imponen exigencias severas a los verdaderos discípulos. Ecuador, al parecer, es una oportunidad divina para poner a prueba sus principios y promesas.

“Esta puerta parece abrirse en un momento en que estaba mirando al Señor con respecto al futuro, y así es la respuesta del Señor a mis oraciones”.

A punto de zarpar de Estados Unidos, Pete le dijo a uno de sus amigos de la universidad: «Recuerden los últimos versículos de 1 Corintios 3: «Porque todo es vuestro... y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios». En toda nuestra personalidad somos de Dios, y como Dios nos ha creado por completo, hay un gran gozo al reconocer quién es nuestro Creador. Esta comprensión debe impregnar cada área y nivel de la vida. En la apreciación de la belleza, las montañas, la música, la poesía, el conocimiento, la gente, la ciencia —incluso en el sabor ácido de una manzana— Dios está ahí para reflejar el gozo de su presencia en el creyente, quien comprenderá los propósitos de Dios en todas las cosas».

CAPÍTULO II

Destino:Shandia



Tras dieciocho días en el mar, Jim Elliot y Pete Fleming llegaron a Guayaquil, Ecuador. «Aproximadamente a mitad del río Guayas», escribió Pete, «finalmente comprendí que esto, esto era Ecuador. Sentí un hormigueo por primera vez. Jim y yo cantamos en voz baja «Fe de nuestros padres» mientras el barco entraba en el puerto:

*“Fe de nuestros padres, santa fe.
Te seremos fieles hasta la
muerte”.*

Al bajar del barco, los dos jóvenes se abrieron paso entre las pilas de equipaje hacia la cálida luz del sol en el Malacón, la avenida junto al río Guayas. La marea estaba subiendo, y en el centro de la corriente, grandes masas de jacintos de agua remontaban velozmente el río. Un reluciente barco frutero blanco estaba anclado, y a su lado se apiñaban las barcazas y las largas y delgadas canoas de los vendedores de plátanos. Un ferry descargaba a su sudorosa y vociferante multitud, con sus maletas de paja, fardos de tela, pollos y cestas. Jim y Pete se detuvieron a observar las caras hasta que la multitud se dispersó en todas direcciones; entonces dieron la vuelta y cruzaron la calle. Los portales sobre la acera los protegían del sol tropical, y contemplaron los escaparates con sus exhibiciones asombrosamente heterogéneas: suéteres y máquinas de escribir, sartenes y

neumáticos de automóvil, cabezas reducidas falsas de los indios jíbaros y jabón Camay. En una calle lateral, los granos de cacao se extendían como una alfombra marrón rojiza para secarse al sol. Los hombres de negocios, vestidos de

Trajes blancos impecables y sombreros Panamá salían de los edificios para su descanso de dos horas para almorzar. Cadillacs y burros, empujándose por el derecho de paso, personificaban esta tierra de contrastes.

Con una población en crecimiento de más de trescientos mil habitantes, Guayaquil es la ciudad más grande y moderna del país, con amplias calles e imponentes edificios de oficinas. Las calles están abarrotadas, con propietarios, gerentes y empleados de las diversas empresas importadoras y exportadoras afanándose en sus negocios. Guayaquil es la capital mundial del banano, y desde aquí, desde la Segunda Guerra Mundial, se han embarcado anualmente más de tres millones de sacos de café, unos setenta millones de libras de cacao y más de trescientos millones de libras de arroz para el mercado de exportación. Predomina un aire de prosperidad, la producción crece constantemente y esta ciudad portuaria sirve como barómetro comercial del país.

Pete y Jim pasaron su primera noche en un hotel de tercera clase. El calor, los mosquitos, el ocasional rebuzno de un burro y el ritmo latino de una orquesta de baile cercana hicieron de la noche algo memorable. Al día siguiente, tomaron un avión a Quito, sobrevolando la cordillera occidental de los Andes, cruzando un paso de 4000 metros y aterrizando en la capital de Ecuador. Quito se encuentra a 2900 metros sobre el nivel del mar, y al oeste se alza el volcán Pichincha.

Aquí se presentaba una nueva oportunidad para vivir al máximo. Esta ciudad antigua, con sus casas de adobe, altos muros de barro, calles adoquinadas, iglesias ornamentadas, con sus geranios rojos y eucaliptos, sería su hogar durante los siguientes seis meses. Porque antes de llegar al Oriente —la selva oriental de Ecuador, meta de su incansable preparación y planificación—, les quedaba este último requisito: aprender español, el idioma nacional del Ecuador.

Se apuntaron a clases de español con una señorita que esperaba nada menos que la perfección, y también alquilaron una habitación en casa de un médico ecuatoriano con cinco hijos. Era una oportunidad inigualable para practicar. Se vieron obligados a hablar español, y los niños se mostraban muy desinhibidos a la hora de señalar los errores y peculiaridades de sus huéspedes.

—Señor Jaime —dijo el pequeño Moquetín, un diablillo de seis años y ojos brillantes—, ¿por qué tiene la cara siempre roja? Jim replicó: —¿Por qué tiene la cara siempre morena? —Porque así es mucho más bonita —fue la respuesta inesperada.

«El idioma es una tiranía de frustración», dijo Pete una vez. Pero deben aprenderlo. Durante esos meses de estudio, Pete escribió en su diario: «Anhele llegar a la AUCAS si Dios me concede el honor de proclamar el Nombre entre ellos». Con mucho gusto daría mi vida por esa tribu aunque sólo fuera para...

Vean una asamblea de esas personas orgullosas, inteligentes y listas reunidas alrededor de una mesa para honrar al Hijo, ¡con alegría, alegría, alegría! ¿Qué más se le podría dar a una vida?

Estos casi seis meses han estado repletos de bondad y Dios nos ha dado privilegios especiales al no tener responsabilidades impuestas, al darnos el dinero y la libertad de vivir con una familia nacional. Sin duda, hemos aprendido cosas que nos serán muy útiles durante toda nuestra vida misionera. Ha sido una gran bendición orar juntos y ver cómo Dios nos da fe, aprender cada vez más de la Biblia en español, aprender español poco a poco y memorizar frases útiles para no tener que pensarlas todas. Todo ha sido bueno y hemos aprendido cosas: cómo afrontar las situaciones y mantener la boca cerrada sobre algunos temas, cómo llevarnos bien con los nacionales y cuál es su perspectiva sobre los misioneros. Dios nos va a dar el español por de una forma u otra, y el quichua también”.

Finalmente llegó el día en que Jim y Pete debían partir de Quito. Vieron su equipaje tirado encima de un vehículo grande y desgarrado que hacía las veces de autobús.

La caja de una camioneta estadounidense estaba coronada por una asombrosa superestructura que sobresalía a ambos lados, con capacidad para treinta o más pasajeros en su interior, y para todos los que se atrevieran a aferrarse al exterior. Apretujándose con sus cámaras, sello distintivo tanto del misionero como del turista, entre los demás pasajeros, cada uno encontró un asiento: una tabla de unos veinticinco centímetros de ancho, con el mismo espacio para las piernas, entre esta y el asiento contiguo. Tuvieron la suerte de estar en un autobús con pasillo, pues en algunos vehículos los pasajeros trepan alegremente por los respaldos de los asientos

para...

Sus lugares. Y podían sentarse erguidos y aún así ver por las ventanas bajas. Tener las rodillas cerca de la barbilla no es la posición más cómoda, pero podían turnarse para sentarse junto al pasillo y estirar las piernas.

¡Vamos!, gritó el conductor. Jim y Pete se alegraron de que el autobús saliera a tiempo. Pero esta vez no hubo suerte, pues estamos en la tierra del mañana. Por todas partes hay retrasos inexplicables, y quizás lo más molesto para un forastero es que nadie parece tener el menor interés en dar una explicación. No se hacen preguntas. Silencio. En este caso, el retraso duró solo unos diez minutos; y, sin previo aviso, el conductor aceleró el motor y el autobús arrancó con una sacudida.

Al salir de la ciudad, el autobús ascendió por el páramo, donde una llovizna fría se sumaba a la desolación de las extensas extensiones de hierba marrón. De vez en cuando, algún indio galopaba a caballo, con su poncho rojo de lana ondeando al viento. Una mujer, vestida con una gruesa falda de lana y una blusa bordada, pasaba al trote, el paso habitual de los indios de los Altos Andes. Su bebé, vestido exactamente igual que ella, con sombrero fedora incluido, se meneaba con un paño sobre su espalda. Las manos de la madre se movían ágilmente, hilando lana en un huso.

A 3.600 metros de altura, los hombres podían ver las pequeñas chozas de paja de los quichuas del altiplano. Se ganan la vida a duras penas pastoreando ganado y ovejas, cultivando papas y ciertos granos. Esta escena pronto fue reemplazada por el árido territorio que rodea Ambato, la ciudad del terremoto de 1949 y la "puerta de entrada al Oriente". Allí se detuvo el autobús y fue inmediatamente asediado por mujeres con sus bandejas de cerdo frito, pasteles de carne, vasos de jugo de frutas o rodajas de piña apiladas en una palangana esmaltada. Cada una cantaba sus productos con un peculiar canto.

El viaje se reanudó una vez más, con el autobús ascendiendo entre imponentes picos nevados, para luego inclinarse hacia adelante y descender en vertiginosas curvas cerradas hacia la vasta garganta excavada por el río Pastaza a través de la cordillera oriental de los Andes, pasando por el volcán extinto Tungurahua, de forma cónica. Con una rapidez sorprendente, el desierto de la ladera occidental y el alto paso de montaña fueron reemplazados por un exuberante verdor en el...

Impresionante descenso hacia el este. Orquídeas moradas se extendían sobre la carretera mientras el autobús se balanceaba y daba sacudidas por la estrecha plataforma, con un precipicio a la derecha y una empinada pared de roca a la izquierda. Hacia el atardecer, el autobús tomó otra curva, y el Pastaza se extendía ante ellos, fluyendo en anchas franjas sobre playas negras. Este era el extremo occidental de la imponente cuenca del Amazonas, que termina a cinco mil kilómetros al este, donde el río desemboca en el océano Atlántico. Unos dos pueblitos más, y llegamos a Shell Mera. Antigua base de la Shell Oil Company para operaciones de prospección en la zona, ahora es un modesto conjunto de edificios de madera en ruinas; casas, un hotel y tiendas a un lado de la carretera, y una base militar y una escuela bíblica patrocinada por la misión al otro.

La base ecuatoriana de la Asociación de Aviación Misionera se encontraba en el extremo sur de la ciudad. Allí, Jim y Pete conocieron al Dr. Tidmarsh, el misionero con quien habían mantenido correspondencia antes de llegar a Ecuador. Y con él pronto volaron hacia el norte desde Shell Mera, sobre el verde mar de la selva, siguiendo el río Ansuc hacia el Atun Yaku, nacimiento del Napo.

Se dirigían a Shandia, la estación misionera quichua que el Dr. Tidmarsh tuvo que abandonar debido a la salud de su esposa. Planeaban reabrir la estación, y el Dr. Tidmarsh se quedaría hasta que pudieran establecerse. Shandia no contaba con pista de aterrizaje en ese momento, así que los tres volaron a otra estación cercana. Allí aterrizaron y emprendieron la marcha a pie por la selva. Era ya entrada la tarde cuando partieron, y sabiendo que normalmente era una caminata de tres horas, corrieron contra la repentina luz del crepúsculo tropical. Resbalando en las raíces de la hierba, tropezando y luchando a veces por atravesar el lodo profundo, avanzaron con entusiasmo hacia el lugar que sería su hogar durante los meses venideros. Estaban llenos de ilusión por lo que les aguardaba, pero al mismo tiempo se deleitaron con la belleza de la inmensa selva amazónica que atravesaban.

Era una selva virgen. Árboles con raíces en forma de contrafuerte crecían hasta alcanzar alturas enormes, a menudo sin ramas excepto en la copa. Bajo estas sombrillas prosperaba una increíble variedad de flora. A menudo, a Jim y Pete les resultaba imposible distinguir las hojas que pertenecían a los árboles.

por la enorme maraña de lianas, plantas de aire y hongos que se nutren de ellas. Las orquídeas por doquier aportaban sus suaves colores al verde vivo. Los hongos crecían en colores vivos y formas extrañas: bermellón, con la forma del volante de un vestido de dama; turquesa, con forma de concha, medio oculto bajo un tronco podrido.

Justo cuando la luna salía sobre el bosque, los tres hombres irrumpieron en el claro que era Shandia.

“Los indígenas se congregaron de inmediato”, escribió Pete, “y recordé un par de rostros de las fotos de Tidmarsh, y sentí una especie de orgullo al recordarlos. Mi primer pensamiento fue: 'Sí, puedo amar a esta gente'. Me interesaron los diseños color tinta en los rostros de las mujeres, así como el lastimoso drapeado de las faldas azules descoloridas. Había muchos niños alrededor, sonriendo tímidamente. Los bebés mamaban de sus pechos grandes y temblorosos, y los rostros jóvenes y ansiosos de los niños nos miraban. Escuché la primera conversación de Tidmarsh en quichua; me preguntaba cómo podría aprenderlo algún día”.

Al mismo tiempo, Jim escribió: «Hemos llegado al destino que decidimos en 1950. Mi alegría es plena. ¡Oh, qué ciego habría sido rechazar la guía de estos días! ¡Cómo ha cambiado el curso de mi vida y me ha traído tantas alegrías!».

Al fondo del claro se alzaba la pequeña casa con techo de paja donde había vivido el Dr. Tidmarsh. Tenía paredes de bambú partido, suelo de tablas y estaba asentada sobre postes para asegurar la circulación del aire y protegerla tanto de la humedad del suelo como de la invasión de insectos.

“A primera vista, la casa parecía espaciosa y cómoda”, escribió Pete en su diario, “y pensé en lo fácil que sería para Olive y para mí vivir en un lugar así, sintiendo la alegría de saberlo y la ilusión. Después nos aseamos un poco, nos lavamos los pies embarrados en el Napo helado, echamos un vistazo y nos sentamos a comer sopa de arroz, plátano, yuca y arroz, con café. Ahora, a la luz de la lámpara de queroseno, escribo en la mesa del comedor... cansado, pero lleno de agradecimiento al Padre, que guía. En realidad, esto no es un final, sino un comienzo”.

CAPÍTULO III

"TodoCosas para todos
los hombres"



En Shandia, Jim y Pete se convirtieron en misioneros por primera vez. Habían venido a alcanzar a los quichuas con la Palabra de Dios, una tarea para la que estaban preparados, pero que solo podrían lograr si se ganaban su confianza y amor. Así, al vivir entre ellos, compartiendo sus vidas y sentando así las bases de la confianza mutua, esperaban abrir las mentes y los corazones de los indígenas al mensaje cristiano. Y Jim y Pete sabían que cualquier conocimiento que adquirieran de sus experiencias con los quichuas los prepararía para trabajar entre otras tribus más alejadas de la civilización actual.

Los dos jóvenes misioneros aprendieron rápidamente que los quichuas cazan un poco, cultivan un poco y trabajan ocasionalmente para el hacendado vecino. Son propensos a diversas enfermedades y parásitos intestinales debilitantes. Se encuentran atrapados entre dos culturas: la de sus antepasados, en desaparición, y el mundo del hombre blanco en auge actual. Son un pueblo apacible, a diferencia de sus vecinos del sur, los jíbaros cazadores de cabezas, y del noreste, los temidos aucas. Cada aspecto de la vida, la salud, el idioma, la educación, el nacimiento y la muerte de los indígenas fue de inmediato interés para Jim y Pete.

Noche tras noche, se sentaban en su pequeña cabaña, escuchando a la selva afinar su orquesta nocturna y registrando sus experiencias en diarios y cartas. Polillas y moscas pululaban contra la linterna, cayendo sobre el papel y obstruyendo las puntas de las plumas. Grandes escarabajos zumbaban sobre sus rostros, que...

Brillaban de sudor por el calor de la lámpara. Todas las noches los rodeaba un círculo de rostros oscuros y risueños: escolares que entraban a observar lo que estuvieran haciendo los misioneros.

"¿Es que los blancos nunca se cansan del papel?", le dijo uno al Dr. Tidmarsh en quichua. "Estos dos solo miran papel y escriben en papel. Mi padre dice que los blancos huelen a papel. Se enoja conmigo porque llego de la escuela y huele a papel".

Pete Fleming sonrió mientras el Dr. Tidmarsh traducía. ¿Cómo iba un hombre a concentrarse durante cinco minutos? Pero claro, amaba a estos chicos quichuas. Esto era lo que había anhelado; por eso había renunciado a la soledad y al silencio por el estudio, que antes había sido su placer.



Para entonces, yo ya estaba en la selva occidental de Ecuador, y Jim se mantenía en contacto conmigo con la frecuencia que le permitía el servicio de correos. Poco después de llegar a Shandia, escribió: «Los días empiezan a las 6 de la mañana con el silbido de la estufa de gas donde el Dr. Tidmarsh calienta el agua para afeitarse. La caja que usamos como lavabo está en la esquina del porche delantero, y el desagüe está sobre la pared, donde se dirige el lavabo hacia una zanja que rodea la casa. El desayuno, que suele consistir en uno o dos tazones de sopa de plátano o maíz molido, un plátano fresco y una taza de café, se ha interrumpido hasta ahora a las 7:15 cada mañana para establecer contacto por radio con las demás estaciones misioneras de la región. A la hora de comer, hablamos solo en español. Después del desayuno, leemos Daniel en español y hacemos la oración de la mañana.»

Hasta ahora, he pasado las mañanas observando al médico en su trabajo, estudiando o fabricando algún artilugio para mejorar un poco las cosas y así estar más cómodo, intercalando visitas a la pista de aterrizaje para ver si los hombres están trabajando. Hoy, mientras una piara de jabalíes río arriba hacía que la mayoría saliera corriendo a cazar, solo había una docena trabajando. Habían llegado a la parte de la pista sembrada de plátanos.

[Una fruta tropical, pariente culinario del plátano] y se resistían a talarlos. Les ayudé a derribar los árboles para que empezaran. Para ellos es como destruir la comida, y a mí también me dolió un poco, pero hay otros plátanos y no hay otras pistas de aterrizaje.

Nuestra habitación es sumamente agradable; una enorme ventana ofrece una hermosa vista. La puerta, con una cortina de tela de monje, separa nuestra habitación de la sala. Dos alfombras y dos sillas de aluminio le dan al lugar un aspecto muy civilizado, y el indio Venancio lo barre a diario para limpiar el barro y las cucarachas muertas.



El viejo Venancio, un típico quichua, era la mano derecha del Dr. Tidmarsh. Viste como un hombre blanco, con pantalones y camisa comunes, pues sus padres dejaron hace años de usar la antigua vestimenta quichua, la kushma. Viajar por senderos selváticos, a veces con lodo hasta las rodillas, hace que los zapatos sean un absurdo para él, aunque algunos otros los usan en ocasiones especiales como signo de prestigio. Un imperdible adorna un punto visible en la parte delantera de su camisa sin planchar, útil para quitarse las espinas de chonta de los pies. Mientras recorre los senderos, lleva un machete desgastado, que blande sin rumbo contra los árboles. Si llega a una pendiente empinada o resbaladiza, puede cortar escalones para los dedos de los pies mientras asciende. Si una enredadera le estorba, la quita de un solo golpe. Su esposa, Susana, camina con dificultad detrás de él, cargando a su bebé envuelto en un paño a su lado y una gran canasta con una olla, pollos, una manta y plátanos. Esta canasta está atada con una "cuerda" de la selva, una tira de corteza o una hoja larga y fibrosa, que se pasa alrededor de la canasta y por encima de la frente de Susana.

Ella también lleva su machete, con el que desenterrar y pelar la yuca, que es su principal alimento, cortarse las uñas o desherbar la maleza alrededor de la puerta principal. El machete es su herramienta más preciada; de hecho, a menudo...

Única herramienta. Es excelente como azada, pala, hacha, cuchillo, tijeras o lo que sea. Jim y Pete pronto aprendieron que es indispensable en la selva y se preguntaban cómo habían podido sobrevivir sin una en Estados Unidos.

Venancio pasa gran parte de su tiempo fabricando pequeñas cestas para guardar huevos, trampas con forma de trompeta y redes para pescar, tamices tejidos y tambores de piel de mono. Su esposa se encarga de todo el trabajo pesado, como limpiar el terreno de árboles y otras plantas de la selva, plantar, acarrear agua y leña, lavar la ropa en las rocas junto al río y acarrear cabezas de plátano, que pueden pesar hasta cien libras cada una.

La cama de Venancio está hecha de unas cuantas tablas de bambú partidas, colocadas sobre unos postes. Como sillas, usa trozos de madera de 13 o 15 centímetros de alto, sobre los que se acucilla junto al fuego. Un plato hondo y una cuchara son sus cubiertos para comer, y usa medias calabazas para beber, además de los cuencos de barro.

El alimento básico de Venancio y sus compañeros de tribu es una bebida conocida como chicha. Esta se elabora con yuca, un tubérculo almidonado que las mujeres extraen a diario, pelan con hábiles machetazos y se cuece al vapor en una olla de barro. Una vez cocida, las mujeres la machacan con un mortero de madera hasta obtener la consistencia de un puré de papa, pero más grueso y pesado. Tomando bocados, la mastican y la escupen en una bandeja, iniciando así la fermentación, que continúa mientras la masa se devuelve a las grandes urnas de barro. Se deja reposar uno o dos días, o incluso una semana si se desea una chicha fuerte.

Los quichuas viven literalmente de esto durante la mayor parte de sus vidas, complementándolo cuando pueden con carne o pescado silvestre, quizás un poco de fruta de la selva y huevos.

Día a día, al observar a los indígenas, tanto individualmente como en grupo, Jim y Pete aprendieron a integrarse en esta nueva forma de vida. Una noche, mientras los dos hombres, junto con su asistente principal, el Dr. Tidmarsh, estaban sentados con los escolares en su pequeña casa de bambú, se oyeron pasos apresurados afuera.

¡Doctor! ¡Doctor! ¿Tiangichu? ¿Estás ahí? —Ikui.

Ikui. Adelante.

“¡Mi cuñada se está muriendo!”

Esto, en quichua, puede significar cualquier cosa, desde un dolor de cabeza hasta una mordedura de serpiente. Si uno goza de excelente salud, está "viviendo". De lo contrario, está "muriendo".

“¿Qué le pasa a tu cuñada?”

Está haciendo que nazca un niño. ¿Vendrás?

A menos que haya alguna complicación, no se suele llamar al misionero para atender un parto, pero el Dr. Tidmarsh sabía que en este caso la mujer había perdido cinco bebés. Era doctor en filosofía, no médico, aunque había estudiado homeopatía. Así que reunió el equipo sencillo que tenía para tales emergencias y, con Pete, emprendieron el descenso del río.

Venancio, sirviendo de guía, avanzó con dificultad en la oscuridad, mientras ellos blandían sus linternas para intentar aumentar el pequeño círculo de luz que proyectaban sobre el sendero fangoso. El río Talac, un arroyo poco profundo de unos quince metros de ancho, tuvo que ser cruzado dos o tres veces, y finalmente llegaron a la casa, una construcción rectangular construida con bambú partido y techo de hojas de palma, con un tejido hermoso y uniforme. Al entrar por la estrecha puerta, pasando por encima de un umbral bajo diseñado para disuadir a cerdos y gallinas, pudieron ver varias fogatas brillando tenuemente a través del humo que siempre llena la casa y que, por cierto, actúa como protector para las hojas del techo, cubriéndolas con alquitranes que las protegen de los insectos. En una esquina, un hombre estaba sentado tejiendo una red de pescar. Otro serraba un violín casero.

“La mujer yacía sobre una tabla de bambú”, escribió Pete más tarde en su diario, “parcialmente protegida de la vista del público por dos mantas sueltas, y era atendida por la 'partera'. Poco a poco, todo oscureció, las brasas del fuego se apagaron y las familias se fueron a sus tablas para pasar la noche: los niños pequeños con sus padres, los mayores juntos en una esquina, las niñas en otra. Nos dieron una cama a Tidmarsh y a mí y nos acostamos, ya que no había señales de la llegada del bebé; los dolores de parto aún se producían con siete minutos de diferencia. Como el bambú no tenía ninguno de los atributos de flexibilidad que muchos suelen asociar con él, y como nuestros zapatos y pantalones aún estaban mojados por haber caminado por el río, pronto nos enfriamos, y luego nos levantamos y nos sentamos en pequeños bancos de troncos alrededor de un fuego humeante que se negaba a permanecer encendido. En compañía de dos

perros sarnosos y esqueléticos, nos sentamos a escuchar el chirrido de los grillos.

el extraño graznido de los sapos de los árboles, parecido al de un ganso, el llanto ocasional de un niño al despertar, el crujido del bambú cuando alguien se daba la vuelta y los gemidos periódicos de la mujer que se elevaban estridentemente hasta convertirse en un grito corto.

Gradualmente, a medida que los dolores aumentaban e intensificaban, la niña se puso de rodillas y agarró la cuerda de parra que colgaba del techo, entrelazando las manos con ella y alzando el cuerpo cuando llegaban los dolores. Para mí, esas pequeñas manos morenas, alzadas sobre la cabeza, y los brazos, forrados de tendones tensos, transmitían algo de la sencillez y, a la vez, la costumbre de dar a luz. Después de orinar, los dolores remitieron y finalmente el bebé comenzó a descender. La partera dio una orden, todos despertaron y, soñolientos, se dirigieron a un rincón y se quedaron mirando por encima de las cortinas. La privacidad es una palabra y un concepto desconocidos. Prepararon una bebida para la madre raspando la garra de un perezoso y mezclando el polvo con agua. Creo que esto se supone que acelera la llegada del bebé.

Venancio, nuestro cocinero, entró entonces, agarró a la niña por los hombros y comenzó a sacudirla violentamente, lo cual continuó hasta que nació el bebé, cayendo mitad sobre las hojas de plátano, mitad sobre el suelo de tierra, una criatura blanca y frágil sujeta a un cordón similar a un intestino, inmóvil bajo la parpadeante luz de queroseno. Eructó un par de veces, escupió y lloró, luego recuperó la respiración normal. Tidmarsh intervino para atar el cordón, y la partera lo cortó con el borde afilado de una vara de bambú. La partera tomó al bebé, tomó un trago de agua de una olla de hierro y lo escupió sobre él, lavándolo así. Luego, envolviéndolo en un paño viejo y sucio y atado con un cinturón bordado de mujer, se lo entregó a un niño pequeño desnudo que se tambaleaba por el suelo con él. Una mujer lo tomó y lo colocó sobre una planta de bambú, donde aparentemente fue olvidado. Mientras tanto, la madre continuaba en su posición de mártir, contorsionándose y retorciéndose bajo las continuas contracciones. Tidmarsh se comprometió “el bebé al Señor en oración”.



Poco a poco, los hombres se familiarizaron con el idioma. Nunca andaban sin sus pequeños cuadernos negros y lápices. Como el idioma no era escrito, solo tenían que escribir lo que oían, intentar averiguar por algún medio su significado y luego memorizarlo.

“Me fascina el idioma”, escribió Jim a casa. “La frescura de descubrir un idioma de la boca del hablante, sin la ayuda de un libro de texto, es sumamente estimulante. Y una característica especialmente interesante para mí ahora es el valor onomatopéyico de ciertas palabras. Por ejemplo, oí decir de una muñeca rota que se balanceaba libremente: 'Hace whi-lang, whi-lang'. La palabra no tiene significado en el diccionario, hasta donde hemos podido descubrir. O una lámpara parpadeante hace 'li-ping, li-ping, tiung, tiung, y muere'. La palabra 'tukluk, tukluk' describe tragar y tragar rápidamente. Y hay muchísimas más”.

A medida que Pete y Jim profundizaban en su conocimiento del idioma, también crecía la confianza de los indígenas en ellos, quienes comenzaron a invitar a los misioneros a participar más en su vida y costumbres. "Hablan quichua mejor que nosotros", dijo Wakcha, un joven indígena orgulloso que siempre llevaba un salacot, símbolo de gran prestigio entre su gente. "Nos oyen demasiado bien. Hablamos sin parar, diciéndonos: 'No nos oyen', ¡y entonces nos responden!"



El Dr. Tidmarsh finalmente abandonó el bosque para regresar con su familia en las montañas, pero antes de partir, les dio a Jim y Pete unas sencillas instrucciones sobre el cuidado de los enfermos. Por su cuenta, tendrían que brindar la ayuda médica que pudieran con la ayuda de libros de medicina y oraciones.

Había que atender las llamadas de enfermos. Una noche de enero, un padre angustiado acudió a ellos en nombre de su bebé, que estaba enfermo.

"¿No me vas a pegar con la medicina?", suplicó. Los indígenas no tardaron mucho en comprender el poder curativo de los antibióticos para sus frecuentes infecciones tropicales, y pronto empezaron a sentir que, a menos que se los inyectaran, el misionero no había hecho nada en absoluto. Era inútil que el misionero intentara explicar que si un hombre tenía un caso grave de lombrices, la penicilina no lo curaría. "Beber medicina" no era tan efectivo, en la mente indígena, como "pegarse la medicina". Esta vez, sin embargo, el caso del bebé parecía ser neumonía, así que Jim le administró penicilina. Los padres estaban satisfechos de que hubiera hecho lo que podía, pero el bebé no mostró signos inmediatos de recuperación. Recurrieron, entonces, al mayor poder que conocían, el brujo. Jim preguntó si podía quedarse a presenciar la ceremonia. "Me señalaron una cama", recordó más tarde. "Me dijeron que iban a beber ayak waska y que debía quedarme en la cama de caña sin encender la linterna".

Todas las lámparas se apagaron a las 8:30, y a los tres indios que iban a beber la hierba, ayak waska, se les oía hablar ocasionalmente desde el otro lado de la habitación. Fingí dormir y me quedé dormido, pero me desperté cuando uno de los observadores que dormía en el suelo a mi lado se despertó para estar atento y escuchar mientras la bebida pasaba y el esperado "discurso de desmayo". Oí el rápido, constante y silbante ritmo de lo que sonaba como un manojo de hojas secas al ser sacudidas, y de algún lugar, no sé si provenía de la misma fuente, el silbido bastante melodioso del patrón de tres tonos tan habitual entre ellos. Esto se intercalaba con un sonido de escupitajo y arcadas, y el curioso estallido del humo soplando sobre la cabeza del paciente, como había visto antes. (Le había ofrecido otra inyección de penicilina y me la negaron a la hora de la cena. El brujo insistió en que esperáramos hasta la mañana). Al silbato, el soplido y el silbido se unían ocasionalmente un fuerte ronquido y Me quedé dormido.

A las once me despertó un indio tocando el violín. Charlamos. A medianoche revisé al bebé y me dijeron que la brujería no había sido grave, ya que los bebedores no habían bebido lo suficiente como para hablar mucho. La fiebre parecía un poco más alta, la respiración y el estado general no habían cambiado. Alrededor de la una me volví a dormir. La madre y una anciana...

Estaban despiertos, aplicando hojas y tabaco. Las lámparas y faroles de queroseno hicieron la situación menos inquietante que antes. Dormí hasta que el lamento de la muerte me despertó a las tres. Sin forcejeo; simplemente dejé de respirar. Hicimos nuestro tercer ataúd pequeño esta mañana.

Estos sucesos les permitieron comprender la vida de este pueblo. La superstición y el miedo los aprisionaban profundamente. ¿Respondería el Nuevo Testamento al anhelo de los quichuas de liberarse del miedo, tener paz interior y liberarse de los malos espíritus? Los misioneros oraron y debatieron sobre estos problemas, pero aun así se sentían extranjeros; sentían que siempre lo serían. El propio indígena debía ser la respuesta: debía aprender las Escrituras, recibir instrucción y, a su vez, enseñar a su propio pueblo. Con este fin, Pete y Jim reabrieron la escuela misionera en Shandia que el Dr. Tidmarsh se había visto obligado a cerrar.

Aquí, en una escuela de una sola aula, a los jóvenes de la comunidad se les enseñaba a leer y escribir para que con el tiempo pudieran leer las Escrituras por sí mismos.

Pero había otros, indígenas que aún no habían tenido la oportunidad de escuchar la historia que estos muchachos escuchaban a diario. ¿Enviaría Dios a Jim y a Pete a llevar el mensaje a los aucas?

“A veces me asusta la idea”, escribió Pete, “pero estoy listo. Hemos creído en Dios por milagros, y esto puede incluir a los Aucas. Tiene que ser por milagros en respuesta a la fe. Ningún recurso menor es un atajo. ¡Oh, Dios, guíanos!”

CAPÍTULO IV

Adaptabilidad infinita



Desde sus años universitarios, Jim Elliot y Ed McCully se preguntaban si algún día podrían trabajar juntos en el campo misionero. Cuando Ed, su esposa Marilou y su pequeño Stevie, de pelo rubio, llegaron a Quito en diciembre de 1952, parecía que sus esperanzas se harían realidad. Los McCully planeaban quedarse en Quito para sus estudios obligatorios de español y luego reunirse con Jim y Pete en Shandia. En junio de 1953, Ed dejó a su familia en Quito e hizo un viaje rápido a su futuro hogar en la selva. Les escribió a sus padres en Estados Unidos sobre las escenas que había presenciado:

Acabo de regresar a Quito, tras pasar doce días en la selva con Jim Elliot y Pete Fleming entre los indígenas quichuas de las tierras bajas. Si Dios lo permite, esperamos estar allí en unos meses. Durante estos doce días, después de ver a los niños indígenas en la escuela y la interminable fila de personas buscando ayuda médica, después de visitar hogares indígenas, después de escuchar el extraño canto de las brujas y el grito desesperado de los dolientes, alabo a Dios por traernos a esta tierra para trabajar con esta gente. Ruego para que seamos fieles a nuestro llamado y que Dios nos use para atraer a muchos de estos indígenas hacia Él.

Estuve junto a la cama de un joven indio de dieciocho años en la selva oriental. Lo vi vomitar sangre y, a los pocos minutos, lo vi morir. En esa hora, mientras contemplaba su cuerpo sin vida tendido sobre varas de bambú en el suelo de tierra de la choza, comprendí más plenamente lo que Pablo quiso decir en 1 Tesalonicenses 4: «No os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza». No olvidaré pronto el lamento de estos paganos, que se golpeaban el pecho y lloraban durante dos días y dos noches. Fue una experiencia patética.

Imagen de 'ninguna esperanza'. Esta noche rezo una oración peculiar... para que Dios perdone la vida de estos indígenas hasta que nos permita llevarles el mensaje de esperanza, de vida eterna, de salvación en su propio idioma.

Hijo mayor de un ejecutivo de una panadería de Milwaukee, Ed McCully creció en el Medio Oeste, en un hogar con un profundo sentido del sacrificio por la obra del Señor. Su padre predicaba activamente, viajando por todo Estados Unidos, hablando de Cristo a sus socios comerciales en cada oportunidad y a grupos cristianos en muchos lugares. Cuando Ed ingresó en Wheaton College en el otoño de 1945, no lo hizo con la idea de convertirse en misionero extranjero. Eligió negocios y economía como su especialidad.

Con un metro ochenta de estatura y ciento noventa kilos de peso, pronto se distinguió como el ala-pívot estrella del equipo de fútbol americano de Wheaton, campeón del mundo. Su sorprendente velocidad para un hombre tan grande también lo convirtió en una estrella del atletismo.

Su entrenador de atletismo, el campeón nacional de la milla, Gil Dodds, cuenta un incidente ocurrido en el último año de Ed. Diez corredores de 440 yardas se entrenaban para una competencia especial en Boston; de esos diez, cinco serían los elegidos. Ed quería ir a Boston. Así que, a pesar de ser corredor de 100-220 yardas y nunca haber corrido una 440 yardas en su vida, preguntó si podía probar con los demás. Era típico de Ed que entrara al equipo de relevos por una décima de segundo. "Siempre se las arreglaba para conseguir lo imposible cuando las cosas se ponían difíciles", fue el comentario final de Dodds.

Ed brilló en su mejor momento en la plataforma. Su enfoque sencillo y directo hacia su público le permitió, sin ninguna formación formal en oratoria, ganar el campeonato de 1949 en el Concurso Nacional de Oratoria Hearst en San Francisco, una competencia en la que compitieron más de diez mil estudiantes. Su ensayo sobre Alexander Hamilton fue casi memorizado por sus compañeros, quienes insistían en que lo recitara en cada reunión de clase. Cuando llegó al clímax,

*"Y como un clarín de plata sonó,
Los acentos de esa lengua desconocida,"*

La clase se levantaría simultáneamente y gritaría con Ed,

"¡Virutas de embalaje!"

Tal era el espíritu que Ed, presidente de la clase de último año, había generado. Sobre su elección, mi hermano Dave escribió: «Ed fue elegido (o elegido a gritos) sin voto en contra. Francamente, dudo que a alguien se le ocurriera siquiera proponer a alguien más para el puesto. Era una conclusión inevitable y aceptada por unanimidad».

Al año siguiente, Ed McCully, tras haber orientado su interés por la abogacía, ingresó en la facultad de derecho de la Universidad de Marquette. Al comienzo de su segundo año, consiguió un trabajo como recepcionista de hotel por la noche, con la intención de dedicar el tiempo a estudiar. Pero Dios, quien ordena a los hombres según su propia elección y obra en ellos para el cumplimiento de sus propósitos eternos, tenía otros planes. Ed se lo contó a su compañero de Wheaton, Jim, en una carta fechada el 22 de septiembre de 1950:

Desde que acepté este trabajo, han sucedido cosas. He estado dedicando mi tiempo libre al estudio de la Palabra. Cada noche, el Señor parecía apoderarse de mí un poco más. Anteanoche estaba leyendo Nehemías. Terminé el libro y lo releí. Aquí estaba un hombre que lo dejó todo, en cuanto a posición, para ir a hacer un trabajo que nadie más podía manejar. Y gracias a él, todo el remanente en Jerusalén se reconcilió con el Señor. Los obstáculos y las trabas desaparecieron y se realizó una gran obra. Jim, no pude escapar de ello. El Señor estaba obrando conmigo. De camino a casa ayer por la mañana, di un largo paseo y tomé una decisión que sé que es del Señor. Con toda honestidad ante el Señor, digo que nadie ni nada, aparte de Él y la Palabra, influye en lo que he decidido hacer. Ahora tengo un deseo: vivir una vida de total abandono al Señor, poniendo toda mi energía y fuerza en ello. Quizás Él me envíe a algún lugar donde el nombre de Jesucristo sea desconocido. Jim, estoy poniendo al Señor en sus manos. Palabra, y confío en que Él la cumplirá. Es como poner todos los huevos en una sola canasta, pero ya hemos puesto nuestra confianza en Él.

La salvación, ¿por qué no hacerlo en lo que respecta a nuestra vida? Si no hay nada en esto de la vida eterna, mejor perderlo todo de golpe y tirar nuestra vida presente junto con la del más allá. Pero si hay algo en ello, entonces todo lo demás que el Señor dice debe ser igualmente cierto. Ora por mí, Jim.

¡Pensar que el Señor me ayudó justo un día antes de matricularme! Ya tenía mi dinero ahorrado y estaba listo para ir. Hoy era el día de matricularme, así que fui a la escuela para contarles por qué no volvería. Oré como el apóstol les pidió a los efesios que oraran, para poder "abrir mi boca con valentía". Hablé con todos los compañeros que conocía bien. Luego fui a ver a un profesor en quien pensaba mucho. Le conté lo que planeaba hacer, y antes de irme tenía lágrimas en los ojos. Fui a ver a otro profesor y hablé con él. Solo recibí una fría despedida y un deseo de buena suerte.

Bueno, eso es todo. Hace dos días estudiaba derecho. Hoy soy un don nadie sin título. Gracias, Jim, por interceder por mí. No me desanimes. Y hermano, también estoy rezando por ti mientras te preparas para partir. Ojalá pudiera ir contigo.

El período de entrenamiento de Ed llegó cuando fue con Jim Elliot a Chester, Illinois, en el invierno de 1951. Además de las reuniones en carpas y las clases para niños que organizaban para predicar el Evangelio en esa ciudad, Ed predicaba con frecuencia en una transmisión de radio semanal que él y Jim compartían. Como escribió el apóstol Pablo: «Estoy en deuda tanto con los griegos como con los bárbaros; tanto con los sabios como con los ignorantes. Así que, en cuanto a mí, estoy dispuesto a predicar el evangelio también a vosotros que estáis en Roma. Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.»....." Así lo creyó Ed y así lo hizo. predicó.

El 16 de mayo de 1951, utilizó la ley cívica como ilustración en uno de estos mensajes de radio. El sermón de Ed explica mejor que la mayoría de las declaraciones teológicas la creencia compartida por los cinco hombres que finalmente unirían fuerzas en la Operación Auca.

“El destino del criminal”, dijo Ed, “es cumplir la condena siendo castigado; para algunos esto significa cumplir una condena de años, para otros significa cadena perpetua, para otros significa la muerte. La condena de Dios sobre todos los pecadores es la muerte. 'La paga del pecado es muerte.'”

Una sola sentencia y un solo castigo para quienes no creen. «Pero,

dices, Dios es un Dios de amor. No castigará a nadie».

Eternamente. Es cierto que Él es un Dios de amor. Y su condenación no altera en nada la realidad. Dios no quiere que tú ni yo suframos el castigo que justamente merecemos. Por eso, nos ofrece una salida, si decidimos aceptarla. A costa de su Hijo unigénito, Dios nos otorgó el perdón.

Esta es la Palabra de Dios, sencilla, clara y concisa, de su libro, la Biblia. «El que cree en mi Hijo —dice Dios— no es condenado; pero el que no cree ya está condenado, porque no ha creído en mi Hijo unigénito».

Como en los días en que el Señor mismo caminó sobre la tierra, los resultados no fueron sorprendentes. Algunos escribieron a la estación de radio para obtener más información. Un puñado de personas profesaron su conversión como resultado de las reuniones celebradas en auditorios y carpas escolares. Pero Ed sabía que había sido obediente a Dios en la obra de esos meses. Justo antes de ir a Chester, Ed había aceptado una invitación para hablar en un banquete juvenil en Pontiac, Michigan. Dios tenía más en mente de lo que Ed había imaginado. Fue allí donde conoció a Marilou Hobolth, una hermosa pianista de cabello oscuro, en la iglesia donde iba a hablar. Durante los meses en Chester, Ed envió más cartas, sin duda, a Marilou que las que había enviado por correo a otros en varios años. Al principio de la correspondencia, escribió:

Estoy orando por dos cosas: primero, que el Señor nos dé sabiduría en nuestra relación, incluso en el asunto de escribirnos cartas. Segundo, que mientras tengamos algo que ver, cada uno influya en el otro para una comunión más estrecha con el Señor. No me refiero a que nos prediquemos, sino simplemente a que nuestra atracción mutua nos acerque más al Señor. Sé que tú también lo sientes.

Su amistad maduró rápidamente y en abril, Ed y Marilou se comprometieron. Unos días después, Ed le escribió:

“Cuando oréis, pedid al Señor con certeza que nos muestre dónde quiere Él que pasemos nuestra vida, y que estemos dispuestos a pasarla allí, incluso ansiosos de hacerlo.”

El amor de Ed por la chica con la que se iba a casar era incondicional: «Cuando alguien me habla, me cuesta mucho mantener la conversación. ¡Es una sensación increíble! ¡Empiezo a creerme todo lo que dicen los poetas y compositores sobre el amor!».

El 29 de mayo de 1951, escribía: «Dentro de un mes habrás perdido toda tu libertad y estarás sujeta a mi férreo control, a mi ley implacable y a mi cruel mandato. Tienes exactamente treinta y un días para reconsiderarlo. ¿Crees que realmente podrás soportarme el resto de tu vida? No será fácil. Muchas veces te preguntarás por qué te casaste conmigo. ¿Lo has reconsiderado? Ahora, déjame decirte que te amo con todo mi corazón».

Marilou no lo reconsideró. Se casaron en junio en su iglesia natal, la Primera Iglesia Bautista de Pontiac, Michigan.

La decisión de Ed de convertirse en misionero extranjero lo llevó a inscribirse en la Escuela de Medicina Misionera de Los Ángeles, donde pasó un año de estudio intensivo en enfermedades tropicales y su tratamiento, obstetricia, odontología, aprendiendo los fundamentos para no sólo ser de ayuda a los indios, sino también para mantenerse a sí mismo y a su familia en forma.

El 10 de diciembre de 1952, con su hijo Stevie, de ocho meses, Ed y Marilou zarparon hacia Ecuador, el país donde Dios les había indicado que quería que pasaran sus vidas.



En la selva, Jim y Pete esperaban con ilusión el día en que los McCully se les unieran. Les construían una casa, junto con otros edificios para la misión. Mientras tanto, los McCully vivían en una casa de estuco en Quito con una familia ecuatoriana, aprendiendo español. No era una vida fácil y se sentían sometidos al desánimo y a una sensación de inutilidad. «Oramos para que tengamos aptitud y precisión en los estudios, y que la gracia nos ayude a superar esta dificultad para que podamos no solo conversar, sino también predicar la Palabra de Vida». Ed escribió a sus amigos, quienes les habían prometido orar por ellos. Él y Marilou anhelaban tener su propia casa en la selva y dedicarse a la obra que tanto anhelaban. Un día, llamaron a Ed para que trabajara en la radio de onda corta.

—No leí bien esa transmisión. ¿Dijiste todos los edificios? —preguntó—. Cambio.

Todos los edificios de Shandia han sido destruidos por la inundación. Jim y Pete quieren que bajen lo antes posible. Cambio.

—Está bien. Está bien. Diles que bajo enseguida.

Ed McCully le devolvió el micrófono al operador de onda corta. El mensaje le había sido transmitido desde Shell Mera. Jim y Pete habían enviado un mensajero a Dos Ríos, una estación misionera a seis horas de camino de Shandia. Los misioneros allí habían informado a Shell Mera por radio sobre la inundación.

Ed estaba aturdido. Se acercó a la ventana y se quedó mirando el valle de Quito, hacia el Antisana, con la imponente capa de nieve entre él y la pequeña estación misionera que había visitado apenas unas semanas antes.

La estación misionera de Shandia había sido arrasada. En un día Tras una estruendosa crecida, seguida de una pesadilla que se prolongó durante las largas horas de oscuridad, el río desbocado lo destruyó todo. Quinientas tablas cepilladas a mano —cada una representando el trabajo de un día completo de un hombre—, apiladas para una nueva casa, una nueva clínica y una nueva cocina escolar, habían desaparecido durante la noche. La mayoría de sus pertenencias se salvaron, pero el invaluable manuscrito de vocabulario quichua de Jim y Pete quedó esparcido.

por todo el suelo y con huellas de barro. 90 metros de longitud fueron arrancados del final de la pista. Fue un conmovedor recordatorio para los hombres de la temporalidad de su actual «ciudad».

Tal como habían buscado instintivamente la ayuda de Ed, ahora él recurrió a Marilou. "¡Cariño, toda la estación de Shandia ha sido destruida por la inundación!"

Marilou estaba incrédula. Ed le contó del desastre y de que Jim y Pete le habían pedido que fuera al bosque. Ella aceptó de inmediato que esa era la mejor manera de proceder.

—Pero ¿qué pasa con Stevie y tú? —preguntó.

—Oh, estaremos bien —respondió Marilou—. Nos quedaremos aquí y nos avisarás por radio de lo que planees hacer. Seguro que todo saldrá bien.

Como de costumbre, Ed se sintió animado por su entusiasmo y comenzó a preparar el viaje. «Elliot», le había dicho un día a Jim, «me he casado con una esposa eficiente. Ella planifica, y me obliga a planificar. ¡Y lo logramos!».

Ella lo preparó en un tiempo récord y poco después estaba sentado en una silla de lona en la tienda de campaña que Jim y Pete habían montado en Shandia.

El desánimo dio paso a la planificación, y los jóvenes rápidamente se dedicaron a reconstruir la estación misionera y a preparar todo para los McCully. Tan pronto como pudo, Ed fue a Quito para mudarse con su familia. Un extracto del diario de Ed relata sus primeros días en la selva tropical:

Septiembre de 1953. Ya estamos bien instalados. La vida se convierte en una rutina: comprar, vender, atender enfermos, arreglar electrodomésticos de queroseno y gasolina, intentar aprender un idioma. Es una lucha encontrar tiempo para esto último. También para el estudio de la Biblia y la oración. Es difícil estar al tanto de todo, difícil seguir regocijándonos, difícil amar a estos indios desagradecidos. Es difícil mantener nuestro propósito principal en mente cuando estamos tan abrumados por cosas secundarias.

La vida de un misionero exige una adaptabilidad infinita: desde ganar un concurso nacional de oratoria hasta luchar con un idioma no escrito... desde brillar en el campo de fútbol universitario hasta enseñar a un grupo de pequeños indígenas a jugar voleibol... desde las perspectivas de una

carrera de derecho en una ciudad norteamericana hasta una vida en la jungla de Sudamérica. Marilou, que había sido directora de música en una gran iglesia, enseñó lenta y cuidadosamente a los indígenas a

Los niños cantaron canciones de dos versos que ella y Ed habían escrito en quichua. Con todo esto, estaban listos. Estaban completamente preparados para ser "tontos por amor a Dios".

CAPÍTULO V

“Prescindible para Dios”



Avioneta uyarimun! ¡El pequeño avión está entrando en el oído!

Estas palabras, gritadas por los indígenas, anunciaron a Jim, Ed, Pete y otros misioneros en Oriente que el brillante Piper amarillo de la Asociación de Aviación Misionera estaba a punto de aterrizar en la pista de aterrizaje de la estación. El sonido más bienvenido en la selva era el zumbido de su motor que se acercaba. El misionero interrumpía sus asuntos por la mañana: trataba a un bebé por impétigo, vendía un frasco de lombrices, impartía una clase de Biblia o serraba tablas para un edificio. Se armaba una gran carrera para despejar la pista, el misionero recorría la pista para una última revisión de la superficie y, luego, cuando los perros y los niños estaban a una distancia segura, el avión planeaba sobre el césped. Al detenerse la hélice, la puerta se abría y un hombre bronceado, de cabello rubio rojizo, con una amplia sonrisa y ojos azules francos, saltaba: Nate Saint, el hombre cuya visión había cambiado la vida misionera en la selva.

Nate desenterraría la carga indicada para esa estación, revisando en voz alta la lista que su esposa, Marj, había preparado para él de antemano:

Veamos: un saco de harina, quince galones de gasóleo, carne, verduras, dos escobas y el correo. Tu penicilina está en el saco. Supongo que eso es todo. ¿Cómo va todo, Ed?

Mientras los dos hombres conversaban junto al avión, los indios se congregaban con entusiasmo a su alrededor. Uno se quedaba de pie, frotando una pierna contra la otra, para ahuyentar las moscas. Un bebé lloraba, o un perro se escapaba del cautiverio de un niño; nada distraía a los indios de mirar el avión, por muchas veces que lo hubieran visto.

Y entonces, sin previo aviso, sonaba una pequeña alarma: ¡el reloj de Nate! Hombre metódico, había calculado exactamente cuánto tiempo podía pasar en esa estación y aun así llegar a casa antes del anochecer, o, si tenía otro vuelo programado, sabía con precisión cuándo debía despegar. Tras amontonar y atar las latas vacías de diésel en la parte trasera del avión para rellenarlas en su cuartel general en Shell Mera, y revisar su lista, subía, se abrochaba el cinturón de seguridad y el arnés de hombros, se despedía con la mano y despegaba. Era un momento brillante de la semana para el misionero aislado.

"Hombre, no hay nadie como el viejo Nate", le decía Ed a Marilou mientras caminaban de regreso a la casa.

Verdaderamente la llegada de Nate Saint con el Piper había marcado el comienzo de una nueva forma de vida en las aisladas estaciones misioneras de esta zona selvática.

Hasta entonces, el misionero y su familia habían estado completamente aislados del mundo exterior durante largos meses: cuatro, seis, ocho días de lucha desgarradora en un peligroso sendero selvático lo separaban de la ayuda médica y de otro tipo. Luego, una a una, se fueron abriendo pistas de aterrizaje en la selva. Se instalaron transmisores y receptores de radio, y el avión, cuando llegó, cubrió en cinco minutos la distancia de un largo y duro día en el sendero. Las viviendas mejoraron enormemente, desde el bambú infestado de alimañas hasta...

Desde techos de paja de corta duración hasta tablas cortadas y cepilladas con maquinaria transportada por aire. Nate diseñó un almacén especial debajo de su avión para transportar láminas de aluminio. Esto proporcionó un techo duradero y de fácil construcción. Plantas de luz eléctrica y combustible para su funcionamiento, refrigeradores de queroseno, archivadores, estufas, sierras eléctricas y cemento: todo contribuyó a que la vida en la selva fuera más segura, saludable y eficiente.

Nate y su esposa, Marj, llegaron a Oriente en septiembre de 1948. Su primer trabajo allí fue construir una especie de alojamiento para él y Marj en Shell Mera. Una tienda de campaña fue suficiente durante las semanas que estuvo construyendo una pequeña casa de madera, que pronto se convirtió en un almacén, dormitorio y cobertizo para herramientas. Pero la tarea de servir a los misioneros no pudo esperar hasta que los santos estuvieran cómodamente instalados. Nate había llegado como piloto de la

Confraternidad de Aviación Misionera, una organización interdenominacional.

Fundada por dos expilotos de la Marina, cuyo objetivo era transportar a misioneros evangélicos, sus provisiones y sus enfermos, desde y hacia puestos remotos. Así, al aliviar la carga física que soportaba el misionero debido a la naturaleza primitiva de su entorno, la Fuerza Aérea Militar (MAF) podía brindarle más tiempo y energía para su ministerio espiritual.

Casi de inmediato, Nate empezó a transportar misioneros en su avión, a transportar su carga, a realizar vuelos de cortesía y a encargarse él mismo de todo el mantenimiento del avión. Marj empezó a atender a todos los misioneros y sus visitantes que llegaban a través de Shell Mera. Eran numerosos y ella era la única anfitriona disponible en kilómetros a la redonda. Nunca sabía si la cena debía ser para dos o para doce. "¡Y comen como si fueran segadores!", dijo. "Cocino lo que creo que comería la gente común, y luego lo duplico".

Para las exigentes exigencias de su singular trabajo, Nate y Marj eran los candidatos ideales. Nate expresó su aprecio por el papel de Marj en una carta: «Me alegra mucho tenerte siempre a mi lado. Siempre he creído tener suficiente energía y empuje para los sprints, pero Dios sabía que necesitaría un impulso para mantenerme firme a largo plazo».

La primera preocupación de Nate al volar era que fuera seguro, eficiente y económico: “Los misioneros que solían recorrer los antiguos senderos se aseguraban de no llevar nada innecesario. Hoy, en el avión, nosotros también nos aseguramos de no llevar nada innecesario. Cuando nuestra misión compró el avión, tenía asientos cómodos y suaves. Pero descubrimos que estos asientos pesaban casi cuatro kilos cada uno, así que decidimos usar asientos más duros que pesaban solo cuatro kilos y llevar tres kilos de comida y carga extra”.

En un avión de este tipo, cada gramo contaba. Cuando Nate descubrió que los tapacubos aerodinámicos acumulaban barro, los quitó. Como era de esperar, Nate utilizó esta ilustración espiritual: “Cuando el vuelo de la vida termina y descargamos nuestra carga en el otro extremo, el que se deshizo del peso innecesario tendrá la carga más valiosa para presentarle al Señor”.

Nate siempre se había considerado prescindible para la causa de Cristo. En un breve sermón pronunciado por la emisora de radio misionera HCJB —La Voz de los Andes en Quito—compartió su creencia con otros:

“Durante la última guerra nos enseñaron a reconocer que, para obtener Nuestro objetivo era que estuviéramos dispuestos a ser prescindibles.

..... Estemuy

Por la tarde, miles de soldados son conocidos por sus números de serie como hombres prescindibles. Nosotros Sabemos que solo hay una respuesta a los problemas de nuestro país.

Exigimos que compartamos el precio de la libertad. Sin embargo, cuando el Señor Jesús nos pide que paguemos el precio de la evangelización mundial, a menudo respondemos sin decir palabra. No podemos ir. Decimos que cuesta demasiado.

Dios mismo estableció la ley al crear el universo. Al crearlo, supo cuál sería el precio. Dios no retuvo a su único Hijo, sino que lo entregó para pagar el precio de nuestro fracaso y pecado.

Los misioneros se enfrentan constantemente a la prescindibilidad. Jesús dijo: «No hay nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, esposa, hijos o tierras por causa de mí y del Evangelio que no reciba cien veces más ahora en este tiempo y en el mundo venidero la vida eterna».

Sin embargo, las convicciones de Nate sobre la prescindibilidad no disminuyeron esa cautela innata en cualquier piloto de primera. Al contrario, su cerebro rebosaba de ideas para mejorar la seguridad de su avión. «Intento evitar los trucos por el simple hecho de hacerlo», escribió. «Sin embargo, no puedo evitar los artilugios que me rondan la cabeza, pero sí intento encontrar cosas que puedan tener algún valor».

Uno de los dispositivos de gran valor que puso en funcionamiento fue un sistema de combustible alternativo. A menudo ponía a prueba sus ideas con su hermano mayor, Sam, piloto de línea aérea con amplia experiencia en el campo de la aeronáutica.

“Mientras me siento en la selva, atento a los síntomas de problemas que nunca quiero oír”, le escribió Nate a Sam, “tengo en mente pequeñas cosas como la línea de combustible que se me cayó en la mano en México hace unos años. La antorcha había roto un extremo de la tubería, pero la tensión natural del resorte la había mantenido en su lugar. También pienso en la rapidez con la que trabajan las avispas del lodo”.

Cuando deciden taponar un respiradero de combustible. Claro que también me impresionan las terribles consecuencias para mis pasajeros, por no hablar de mis propios huesos, si salgo perdiendo en algún lugar entre estos árboles altos.

Mientras reflexionaba sobre métodos para solucionar una avería en el sistema de combustible, Nate trabajaba un día en el hangar de Shell Mera cuando vio un camión camino a Ambato, en lo alto de los Andes. Los camiones en esa región no eran comunes y este tenía un detalle que llamaba la atención. Un niño pequeño se aferraba al techo de la cabina con una lata de gasolina de cinco galones y un sifón, mientras que un niño mayor, sentado en el guardabarros delantero, sujetaba el extremo inferior del sifón y señalaba el carburador bajo el capó parcialmente abierto. Cualquiera que hubiera causado la falla del sistema de combustible, allí estaba un camión preparándose para un ascenso de seis mil pies, la mayor parte del camino en segunda o tercera marcha con muchos cambios, mientras un niño dosificaba la gasolina del motor a través de una manguera de goma.

La vivaz imaginación de Nate adaptó de inmediato este método de alimentación de combustible a sus propias necesidades. Levantó el capó de su avión, retiró el conector del indicador de temperatura del colector de admisión y vertió gasolina. Cada presión en el tubo cargado de gas producía una explosión de potencia. Animado por su experimentación, fue a la cocina y tomó prestada una de las latas de aceite de cocina de Marj para usarla como tanque auxiliar de tres galones. Para lograr un carenado aerodinámico para el tanque, envió a un niño indio a buscar un trozo de madera de balsa, que el muchacho obtuvo talando un árbol de balsa de dos metros y medio. El tanque y el carenado se sujetaron entonces a los puntales bajo el ala izquierda. Con accesorios recuperados, filtros y una válvula de tornillo, el equipo quedó completo. Nate montó la válvula en el cortafuegos y extendió una varilla de control hasta el panel de instrumentos. Hasta ahí todo bien, pero la oscuridad lo obligó a esperar hasta la mañana para probar su dispositivo de seguridad casero.

Pasó una noche en vela, pensando en varias razones por las que su idea era totalmente impracticable, pero aun así, ese camión seguía avanzando en segunda sin su fuente de combustible habitual. Además, gracias a su larga experiencia como mecánico, sabía que la complejidad de un carburador moderno se debe a...

La necesidad de acelerar suavemente desde velocidades bajas a velocidades más altas. Y un motor muerto en el aire, se dijo, se moverá con la suficiente rapidez como para mantenerse fuera de esas velocidades críticas más bajas.

A la mañana siguiente, las primeras pruebas demostraron que el sistema de combustible alternativo funcionaba sin problemas en tierra. Había llegado el momento de probarlo en el aire. Describió la experiencia:

A dos mil pies sobre la pista de aterrizaje, bajé el control de la mezcla a ralentí. Fue una experiencia bastante novedosa para alguien que había escuchado tanto tiempo, esperando no oírlo nunca. Pero al girar la nueva manivela en T del panel de instrumentos, experimenté una sensación maravillosa al ver que el motor volvía a alcanzar la máxima potencia con suavidad. Durante los siguientes veinte minutos, el suministro normal de combustible estuvo completamente cerrado. Aunque el carburador se desvió por completo, el motor no falló en ningún momento. Remontó del estado de aspereza sin problemas.

“Puse el avión en todas las actitudes imaginables y con distintos niveles de potencia.

Nunca flaqueó. Buscar la mezcla óptima con la palanca de emergencia en T no fue más difícil que inclinar el motor con el control de mezcla normal. Lo mismo.

Todo el equipo, con tanque y todo, pesa solo cuatro libras. Lo único que tiene en común con el sistema de combustible de la nave es el motor. Este soluciona todos los problemas comunes, como respiraderos obstruidos y líneas rotas. Con la simplicidad y el bajo costo de un acuerdo como este, ¿por qué seguimos volando con nuestra única fuente de suministro de combustible en peligro en varios puntos entre el tanque y el motor, y sin alternativa? Todos estamos convencidos del doble encendido: ¿por qué no un sistema de combustible alternativo para emergencias?

Con el permiso del gobierno, cada avión MAF ahora sale a la jungla como una máquina más segura porque está equipado con el sistema de combustible alternativo de Nate.

Otro ingenioso invento de Nate ha asombrado a muchos en el mundo de la aviación. Desarrolló un método para bajar un cubo de lona desde un avión en pleno vuelo hasta las manos de una persona en tierra. Esta "técnica de la línea en espiral", como la llamó, posteriormente posibilitó el primer contacto directo con los Aucas. Un cubo de lona se deja caer detrás del

avión en un...

Línea de unos mil quinientos pies de largo. A medida que el avión entra en un viraje cerrado, el cubo se mueve hacia el centro del círculo; la resistencia del cable a través del círculo supera la fuerza centrífuga que tiende a lanzar el cubo hacia afuera. A medida que el cubo se mueve hacia el centro, cae hasta que finalmente cuelga casi inmóvil en el fondo o vórtice de un cono invertido. La persona en tierra no solo podía recibir correo, medicamentos y paquetes pequeños, sino que, lo que es más importante, podía enviar mensajes u otras cosas al avión mientras el cubo volvía a subir. A veces, Nate sustituía el cable por un cable telefónico, con un teléfono de campaña en el cubo. De esta manera, podía hablar por teléfono con un misionero en un banco de arena o en un claro de la selva en zonas donde no había pista de aterrizaje.

Una de las medidas de seguridad esenciales era mantener en todo momento contacto de onda corta con el avión. Esta era la tarea de Marj. Siempre que el avión estaba en el aire, ella estaba presente para comprobar regularmente su ubicación, altitud y carga de combustible. Comprobaba las condiciones meteorológicas en Shell Mera y se mantenía en contacto con el misionero a cuya estación volaba Nate para que lo revisara desde allí. Cada estación misionera estaba equipada con transmisor y receptor, y a las siete de la mañana los misioneros llamaban a Shell Mera. Si surgía una emergencia médica desde la llamada anterior, se podía obtener ayuda y organizar vuelos para evacuar al paciente. Se encargaban suministros de rutina y se programaban vuelos mediante este contacto. Significaba horas y horas sentada frente a la radio, pero Marj estaba tan convencida de que esta era su parte del trabajo misionero como Nate de que volar era la suya. Así, cualquier mañana, un visitante de Shell Mera podría haber escuchado algo como esto:

“Shell Mera está esperando a Macuma, Macuma. Cambio.”

“Macuma está esperando. Solo nos gustaría saber cuántos portaaviones...

Tenlo en la pista cuando llegue nuestra carga. Cambio.

Buenos días, Macuma. Creo que con dos basta. Cambio. Bien, gracias. ¿Y cómo está el chico que enviamos a la clínica? Cambio.

Lamaré a la clínica para ver si puede volver a casa en el vuelo del jueves. Por cierto, tendrás una visita el jueves. Un misionero acaba de llegar en autobús y le gustaría ver una estación típica de la selva. Cambio.

Bien, Marj. Nos alegrará tenerlo. Pero mejor envíanos un poco más de comida de lo que solemos pedir esta semana. Cambio.

Bien. Bien, Macuma. Shell Mera llamando a Shandia, Shandia. ¿Hay tráfico? Cambio.

Shandia esperando. Sin tráfico, Marj. Cambio.

Y así transcurría la mañana, Marj tomando pedidos de comida, suministros para las escuelas indígenas, medicinas para los dispensarios, esperando mientras una estación hablaba con otra, transmitiendo mensajes de los misioneros al médico, recibiendo su respuesta por teléfono y transmitiéndola al misionero, y llamando al "56 Henry", el avión de Nate, mientras volaba sobre la jungla, anotando cuidadosamente su posición cada cinco minutos.

En casa, algunos sonreían ante la constante preocupación de Nate por su seguridad. «Después de todo», decían, «¡un misionero debe confiar en el Señor!».

“Quizás mi razonamiento sea pagano, como me han dicho”, escribió Nate a casa. “Creo en los milagros. No significan nada para Dios, sin duda. Pero la cuestión es encontrar el modelo al que el Señor nos ha elegido para que nos conformemos. No estaría aquí si no confiara en el Señor. Lo más probable es que quienes lo ignoran diciendo: 'El Señor te cuidará', sean los mismos que difícilmente se expondrían a los riesgos bacteriológicos de trabajar en una misión de rescate en el centro. Perdónenme si me siento un poco fuerte en este momento. Me preocupa la seguridad, pero no dejo que me impida seguir con los asuntos de Dios. Cada vez que me voy, estoy listo para entregar la vida que le debo a Dios. Creo que debemos aprovechar rápidamente cualquier mejora posible para llevar a cabo la tarea que tenemos por delante”.

Además de facilitar la labor de los misioneros en la selva, Nate ejerció una influencia directa sobre los ecuatorianos que vivían en su propia tierra. Nunca parecía tener prisa, y muchos nacionales acudían a él simplemente para conversar, reconociendo en él un amor a Dios y una compasión que los atraía. Perfeccionó su español constantemente y fue respetado por este esfuerzo. Reuniones callejeras, escuela dominical, clases de alfabetización y charlas personales: todo esto hizo de Nate un misionero además de un piloto.

También le interesaron pequeños detalles para aumentar la comodidad y el disfrute de su familia. Construyó una cisterna de hormigón para recoger el agua de lluvia del tejado y un muro exterior más bajo para que los niños —Kathie, nacida en 1949, y Stevie, nacido en 1951— tuvieran un lugar donde meterse el agua que rebosaba del tanque más grande. Instaló un temporizador con timbre en la lavadora para que Marj no tuviera que caminar mientras estaba en la radio. La humedad es un problema importante en Shell Mera, así que Nate creó un cuarto de secado detrás de la cocina: empotró el refrigerador de queroseno a ras de la pared y empotró la calefacción en el pequeño cuarto, donde también instaló el calentador de agua. Así, la ropa y otros utensilios se mantenían secos.



¿Qué había llevado a un hombre con esta mentalidad inventiva e ingeniosa, con estas habilidades técnicas modernas, a la primitiva selva de Ecuador? Al igual que Ed, Pete y Jim, Nate provenía de una familia cuyos principios rectores de vida estaban profundamente arraigados en las enseñanzas de las Escrituras. De pequeño, comprendió las implicaciones personales del Nuevo Testamento y puso su fe en Cristo como la única base para su esperanza de salvación. En el hogar de los Santos en Filadelfia, donde nació Nate en 1923, no se permitían las películas ni el baile, ni ningún tipo de juego, desde apostar monedas hasta jugar al póquer. Pero no era un monasterio. Los niños pescaban, cazaban trampas, andaban en trineo en invierno, y se les permitía aventuras como dormir al aire libre. Nate diseñaba y construía maquetas de planeadores, barcos y locomotoras. Su hermana mayor, Rachel, era como una pequeña madre para él, leyéndole libros misioneros sobre África, Japón, India y Sudamérica. Su imaginación se aferró con entusiasmo a estas historias, y una vez dijo: “No espero ser nunca predicador, pero algún día me gustaría hablar con alguien que nunca haya oído hablar de Jesús”.

Su hermano mayor, Sam, lo llevó a volar cuando Nate tenía siete años; era tan pequeño que tenía que subirse al asiento para ver desde la cabina del viejo biplano. Desde entonces, quedó cautivado por las alas y el cielo infinito.

A los trece años sufrió una osteomielitis grave en la pierna, y la inactividad forzada le dio tiempo para reflexionar. ¿Será que Dios quería que fuera misionero?

Más tarde escribió: «Durante la secundaria, todo se evaluaba en términos de máquinas voladoras y todas las emociones se sintonizaban con aventuras aéreas imaginarias. Todo lo demás se volvió casi insoportablemente restrictivo; de hecho, cualquier ocupación que me mantenga sin poder ver el cielo durante un día sigue siendo una de mis mayores tribulaciones».

Las cuatro paredes del aula finalmente se volvieron insoportables, y en su último año de secundaria, Nate consiguió un trabajo diurno en un taller de soldadura y asistió a la escuela nocturna, completando su bachillerato en pocos meses. Un trabajo en un pequeño aeropuerto, donde aprendió a pilotar avionetas, le ocupó los siguientes seis meses.

Después de esto, trabajó en un taller de reparación de aviones y obtuvo su licencia de mecánico. El siguiente paso fue inscribirse en el programa de cadetes de pilotos de la Fuerza Aérea. "¡Parecía que el Águila estaba a punto de poner los huevos de oro!", dijo. "¡Veinticinco mil dólares en entrenamiento de piloto!" Para entonces, ya había pilotado una avioneta de 40 caballos de fuerza durante unas ochenta horas, pero siempre había soñado con volar los grandes y potentes aviones militares.

La noche antes de presentarse a su primera instrucción de vuelo militar, sintió dolor alrededor de su antigua cicatriz de osteomielitis. Al subirse la pernera del pantalón, supo la verdad. Estaba inflamada. Todas sus ambiciones de infancia de los últimos años, concentradas en esta brillante oportunidad de triunfar en el mundo de la aviación, se desmoronaron repentinamente. "No le dije ni una palabra a mi compañero de habitación, sino que salté a la cama y apagué la luz sin decir palabra".

Allí me encerré en los pequeños y oscuros confines de mi corazón, que ahora se había convertido en una mazmorra de aislamiento. De no ser por las sacudidas, la respiración entrecortada y luego los suspiros, nadie habría notado lo que casi me abrumaba. En serio; estaba destrozado.

La conmoción de perder la oportunidad de pasar de los "put-puts" voladores a aviones de verdad dejó a Nate aturdido, sin importarle casi nada. Al salir del hospital, la Fuerza Aérea lo nombró jefe de equipo de mantenimiento. En este trabajo tenía tiempo libre y lo usaba para leer la Biblia, algo que había descuidado. Un año después de estar en tierra, lo enviaron a Detroit en servicio destacado para estudiar motores nuevos y más grandes que pronto entrarían en servicio, y allí, en un servicio religioso de Nochevieja, sintió que el Señor estaba dirigiendo su corazón hacia el campo misionero. "Lo que sucedía en el servicio no era importante", recordó más tarde. De todos modos, no oía nada. Supliqué con desesperación a mi Padre Celestial por la respuesta que se interponía entre mí y la paz que Jesús había dicho que debía ser nuestra. Ya habrán oído hablar de personas a quienes Dios les habló. No sé el otro, pero esa noche vi las cosas de otra manera... ¡BING!... así. Como si me hubieran lanzado una diapositiva diferente de Kodachrome a la pantalla entre las orejas. En cuanto pude, salí del edificio y empecé a caminar... solo para alejarme de la gente. Nevaba y ya había una profunda capa de nieve virgen en el suelo, y el gemido del tráfico de la ciudad se había amortiguado como ocurre cuando hay nieve profunda. Una alegría, como nunca había sentido desde la noche en que acepté el perdón de Jesús por mis pecados, pareció dejarme casi sin fuerzas de gratitud. Era la primera vez que escuchaba realmente ese versículo: «Sígueme, y los haré pescadores de hombres». "La antigua vida de perseguir cosas de carácter temporal me parecía una locura absoluta".

Fue en ese momento, cuando Nate pensó que tendría que despedirse de los aviones y de volar y dedicarse a un par de años de universidad como preparación para el campo misionero, que oyó hablar de la Confraternidad de Aviación Misionera. Le escribió a su madre: «Me parece que la industria aeronáutica ha sufrido la pérdida de un 'gran operador', y el Señor ha ganado para sí un 'pequeño operador'».

Poco después del Día de la Victoria en Europa, fue enviado a Salinas, California, para trabajar como jefe de tripulación de la Cuarta Fuerza Aérea. Allí conoció a los dos expilotos de la Marina que habían fundado MAF. Parecía el avión perfecto, hecho a medida.

Un puesto de pedidos para Nate Saint. Consiguió un avión viejo y destartado de 40 caballos, lo arregló y empezó a volar en cada minuto libre, practicando, siempre practicando.

Mientras aún estaba en el ejército, conoció a Marj Farris, a quien más tarde describió en una carta: "Entre otras bendiciones, la mayor. Acababa de terminar sus exámenes estatales y ahora ejerce como enfermera titulada en California. Se graduó de la Universidad de California en Los Ángeles, es una ferviente estudiante de la Palabra y tiene un amor inquebrantable por los perdidos. Es la persona más desinteresada que he conocido en mi vida, excepto mi madre. Es una joven humilde, de profunda convicción, lista para servir al Señor de la Cosecha"....."

Cuando Nate fue dado de baja de la Fuerza Aérea, le pidió específicamente a Dios que le mostrara su próximo paso. De repente, se encontró con su primera asignación en la Fuerza Aérea Militar (MAF). A principios de julio de 1946, le pidieron que fuera a México para reparar un avión que se había estrellado allí durante un aterrizaje. "Cuando Dios tomó las riendas de mi vida un par de años antes", dijo Nate, "no había definido mis responsabilidades, pero de alguna manera me pareció inmediatamente claro que esta sería mi primera asignación [en la aviación misionera]". Menos de dos semanas después de aceptar el trabajo, se encontraba cerca de la frontera con Guatemala, en el pueblo de Tuxtla Gutiérrez, con un conocimiento de español "limitado a mi relación de infancia con el Llanero Solitario".

Sabía que era todo un espectáculo, con una bolsa de lona que contenía veinte kilos de herramientas, además de todos sus bienes. Se preguntó también si tendría dificultades en la aduana: «No es habitual que los turistas lleven hélices de avión de dos metros bajo el brazo».

Intenté imaginarme el avión dañado. No sería tan grave: un tren de aterrizaje dañado y probablemente una hélice astillada. Nunca imaginé que luego encontraría dos alas completamente destrozadas en un cesto de basura. El avión se había estrellado en el bosque, al borde de una pista de aterrizaje en la selva. Habían llevado trozos de puntales de ala, tren de aterrizaje y paneles al aeropuerto de Tuxtla para que Nate los reconstruyera. Con la ayuda de un ebanista mexicano, a quien tuvo que explicarle todo con planos, se puso a trabajar para volver a ensamblar las piezas. Le impidió hacerlo porque el plano que le habían dado no coincidía

con el avión y porque una fábrica...

El larguero de ala fabricado y enviado como reemplazo no coincidía ni con el plano ni con el avión. Cuando finalmente volvió a ensamblar las piezas, surgió el problema de llevar los paneles de las alas a la pista de aterrizaje en el bosque donde yacía el avión accidentado. No era viable embalarlos y enviarlos al sendero, donde había que escalar las estrechas paredes del cañón; las cajas nunca darían las vueltas. Así que las alas se construyeron como un kit de aeromodelismo, pieza por pieza sin pegamento, luego se etiquetó cada pieza, se desarmó todo, se ató en fardos y se envió por avión a la pista de aterrizaje en la selva. Cuando Nate llegó al avión accidentado, descubrió que habían robado algunas piezas y que se habían alojado avispas de lodo en el tanque de combustible y las tuberías. A falta de datos de montaje, tuvo que apoyar la cola en un tocón y montar las nuevas alas para que coincidieran con las antiguas a ojo, tal como solía montar aeromodelismo de niño. De esta manera culminó su primera misión en la MAF, y el avión despegó justo antes del límite de tiempo del permiso de trabajo.

Más tarde, Nate fue a Los Ángeles y pasó diez días felices con su niñera. Al despedirse, le dijo: «Bueno, Marj, por lo que a mí respecta, ¡todo está arreglado, menos lo del hardware!».

Durante el invierno de 1947-1948, se matriculó en Wheaton College, y en enero, Marj consiguió un trabajo de enfermería en un pueblo cercano, estudiando la Biblia en la universidad como preparación para la vida misionera que anhelaban juntos. Fundaron un club bíblico para adolescentes. Nate llamó al programa "una especie de caja de bombones, llena de dinamita evangélica".

Pero su período de prácticas fue más corto de lo esperado. Se les presentó la necesidad de un piloto en Ecuador. Acortaron sus cursos, juntaron sus fondos, compraron un anillo de compromiso y un Ford Modelo A, y partieron una medianoche hacia Long Island, Nueva York, a casi mil millas de distancia. Se alojaron con su hermano Sam y se casaron. Después de una luna de miel de cuatro días, pusieron rumbo al oeste en su viejo Ford, con todas sus pertenencias apiladas en el asiento trasero. Comían latas de comida calentadas en el motor. Finalmente llegaron a California y Nate comenzó los trabajos finales en un avión que había sido comprado por la Fuerza Aérea de Michigan para su operación en Ecuador. Marj aceptó otro trabajo de enfermería.

El 8 de septiembre, el avión estuvo listo y Nate, con otro piloto de MAF, voló a Ecuador, dejando a Marj para que lo siguiera más tarde ese mes en transporte comercial.



Los años en Shell Mera transcurrieron rápidamente. La casa se convirtió en un gran chalet de madera oscura, con amplios porches, amplios aleros para protegerse de las lluvias tropicales, un sistema de agua corriente para la cocina y la ducha, conectado con las tuberías de lluvia del techo de aluminio y con tanques bajo el alero. Después de levantar el techo y construir un segundo piso, había diez habitaciones para alojar a los numerosos invitados que llegaban, y una sala de radio donde Marj podía trabajar eficientemente y donde se podían reparar las radios de los misioneros.

Otro piloto, Johnny Keenan, llegó con un segundo avión para ayudar en las obras, y Nate pronto tuvo una casa cómoda en camino para los Keenan, además de alojamiento en el hangar para los dos aviones. Instaló una planta hidroeléctrica junto al río, detrás de su casa, para suministrar electricidad al establecimiento.

Ahora estaban preparados para operar con la mayor eficiencia; todas las estaciones de la selva estaban siendo abastecidas, y Nate y Marj comenzaron a preguntarle a Dios de qué nueva manera podrían impulsar Su obra en la selva ecuatoriana.



Nate, a pesar de la incesante carga de responsabilidad que pesaba sobre él, nunca había olvidado que los indígenas aucas vivían a solo unas sesenta millas aéreas de Shell Mera. Poco después de llegar a Sudamérica, Nate escribió a casa: «Hace poco hablamos con otro misionero que anhela llegar a una tribu de asesinos, los aucas. Pocas personas blancas los han contactado».

De forma amistosa y sobrevivió para contarlo. Esperamos que el avión sea esencial para llevar el Evangelio a estas personas. Nate usó su avión para realizar vuelos ocasionales de reconocimiento sobre el territorio auca, pero no se localizó gran cosa en ninguno de los vuelos; solo una o dos casas abandonadas. Empezaba a preguntarse dónde estaban. Entonces, un día de julio de 1954, los rumores en la selva corrieron la voz de que había habido otra matanza de aucas y esta vez Nate se involucró personalmente. Escribió a casa su propio relato de lo sucedido:

Ayer aterricé en Villano, a unas 45 millas al oeste de aquí. Justo después de aterrizar, un mensajero se acercó y me contó sobre una incursión de los Aucas. Más tarde, dos sobrevivientes quichuas llegaron a la pista de aterrizaje. La mujer era transportada en una camilla de bambú y tenía una herida de lanza de aspecto grave bajo la axila. Nos dijeron que la lanza se rompió en la herida. Su atacante iba a volver a apuñalarla, pero ella se agarró al extremo de la lanza y se aferró para salvar su vida. Tiene un embarazo de unos seis o siete meses. El hombre llegó por sus propios medios, aunque bastante lisiado, con heridas en el pecho, un agujero que le atravesaba todo el muslo y un agujero en la mano donde, al parecer, había intentado detener una de las flechas mortales. Subimos a los dos pacientes al avión. Una vez en el aire, le conté a Marj lo sucedido para que, al llegar aquí a Shell Mera, ella tuviera preparadas las camillas y, con la ayuda de otra mujer, los indígenas recibieran la mejor atención posible en las instalaciones locales.

No podemos hablar directamente con nuestros pacientes, pero la pareja que contratamos habla quichua y conversa con ellos con facilidad. Anoche, nuestro hombre les leyó la Biblia en español, traduciendo al quichua a medida que avanzaba. Nunca habían oído hablar de la Biblia. Al parecer, la verdad aún no había calado hondo, porque esta mañana el hombre me preguntó si no podía volver en el avión y matar al menos a uno de los aucas por él. El hombre volvió a explicar que no nos interesaba quitar vidas, sino salvarlas por medio del Señor Jesucristo.

Si bien este incidente intensificó en gran medida la urgencia de Nate por alcanzar a los aucas, también había otras tribus cuya ignorancia del Evangelio representaba un desafío espiritual para los misioneros. En 1954, se produjo un...

Una oportunidad inusual para que Nate se adentrara en las profundidades de la selva. Una de las figuras clave en esta nueva página de la historia misionera fue Roger Youderian.

CAPÍTULO VI

Misioneroy a los Jíbaros que encogen la
cabeza



En Macuma, una estación misionera en la selva sureña, servida por la avioneta amarilla, vivían Roger Youderian, su esposa, Barbara, y sus dos hijos, Bethy y Jerry. Macuma, dirigida desde 1945 por Frank Drown, evoca una granja concurrida en Estados Unidos. Al acercarse la avioneta, las gallinas se dispersan de la pista, mientras las vacas siguen rumiando tranquilamente. Los edificios no están hechos de bambú partido, sino de robustos tablones de madera, y una atmósfera de estabilidad y permanencia impregna el complejo. Macuma se encuentra en territorio jíbaro. Los jíbaros, cuyas vidas están marcadas por feroces disputas interfamiliares, son famosos en todo el mundo por su costumbre de encoger cabezas humanas. Viven a lo largo de siete mil millas cuadradas en la parte sur de la selva, independientes del hombre blanco que ha gobernado nominalmente su país durante

cuatrocientos años.

Roger, alto y delgado, con una mata de pelo negro, nació el 21 de enero de 1924 en un rancho cerca de Sumatra, Montana, el séptimo hijo de una familia ganadera. Recibió de su madre una devota y completa formación cristiana. Roger había sido un joven activo, y estaba en camino de convertirse en un buen pianista, cuando la polio lo atacó a los nueve años. Esto lo dejó tan lisiado que no solo perdió su talento musical, sino que durante el resto de su vida caminó y corrió como un anciano.

En la preparatoria en Lewistown, Montana, superó los efectos de la polio lo suficiente como para jugar al baloncesto. Después de la preparatoria, Roger asistió a Montana State College con tres becas. Planeaba ser profesor de agricultura. Fue elegido el estudiante de primer año más destacado de su año en 1942 y trabajó durante el verano siguiente dibujando mapas de granjas de los alrededores.

Lewistown, que aún utiliza el Banco Federal de Tierras. En octubre de 1943, Roger se alistó en el Ejército y con el tiempo se convirtió en paracaidista. Estuvo destinado en Inglaterra, donde se convirtió en asistente del capellán del Ejército, Paschal Fowlkes, quien escribió a los padres de Roger: «La labor cristiana en el Ejército no difiere mucho de la labor cristiana fuera de él, ya que el líder debe aprender a depender de un número relativamente pequeño para llevar la carga e inspirar a los demás. Pensé que estarían orgullosos y felices de saber que considero a Roger uno de esos 'pilares fuertes'». Durante este tiempo en Inglaterra, la fe de Roger se profundizó y fortaleció, y en diciembre de 1944, lo encontramos escribiendo a su madre:

El día más feliz de mi vida fue el día que acepté a Jesucristo como mi Salvador para la remisión de mis pecados, me arrepentí debidamente y, con la ayuda de Dios, espero y oro por la fe y la fuerza para glorificar a nuestro Padre a través de mi vida diaria como testigo y seguidor de Cristo. Escudriñar las Escrituras es mi mayor fuente de esperanza e inspiración, ya que aún no he aprendido todo el poder de la oración. Solía decir: «Este es un mundo maravilloso». Con esta nueva fe, este sentimiento se ha multiplicado por mil y me duele profundamente la felicidad y el regocijo al compartir las múltiples bendiciones que Dios da a este mundo con infinita misericordia y gracia.

Roger sobrevivió al salto del Rin en 1944 y fue condecorado por su participación en la Batalla de las Ardenas. La idea de dedicar su vida total y completamente al Señor se arraigaba en la mente de Roger, y en agosto de 1945 escribió desde Berlín: «Tengo un secreto que contarte, Madre. En esto, más que en nada del mundo, quiero que la acción preceda al anuncio. Desde que acepté a Cristo como mi Salvador personal el otoño pasado y quise seguirlo y hacer la voluntad del Señor, he sentido el llamado al trabajo misionero, social o ministerial tras mi liberación del servicio». No puedo decir ahora cuál será mi llamado, pero quiero ser testigo de Él y vivir siguiéndolo cada segundo de mi vida”.

Roger regresó a Montana en enero de 1946, y durante ese invierno se confirmó su convicción de que había sido llamado al campo misionero. Se matriculó en la Facultad de Artes Liberales de Northwestern Schools en Minneapolis, donde conoció a Barbara Orton, una chica tranquila y rubia que...

También estudiaba Educación Cristiana con el campo misionero en mente. Provenía de una familia bautista en Lansing, Michigan, y durante toda su infancia había oído hablar del trabajo misionero, escuchado a los misioneros predicar en su iglesia y los conocía en su casa. "Creo que el Señor me habló de niña", dice ahora, "y me hizo sentir que eso era lo que debía hacer". En septiembre de 1950, Barbara y Roger se matricularon en el curso de medicina misionera en las Escuelas Northwestern. Durante todo el invierno, estuvieron sentados uno junto al otro en un pequeño aula con otros nueve estudiantes, aprendiendo a entablillar huesos, asistir partos y poner inyecciones. Se comprometieron el día de Pascua de 1951 y se casaron en septiembre. Fueron aceptados como candidatos por la Unión Misionera Evangélica, una junta no denominacional, y partieron inmediatamente para un período de prueba de seis meses en Kansas City. Allí recibieron clases de español, aprendieron a abordar algunos de los problemas prácticos de una estación misionera, se turnaron para dirigir los servicios dominicales y trabajaron con grupos de niños de los barrios marginales de la ciudad.

En enero de 1953, partieron con Beth Elaine, de seis meses, rumbo a Ecuador. Tras un período de estudio de español en Shell Mera, los Youderianos fueron a Macuma. Frank y Marie Drown, misioneros mayores de la estación de Macuma, habían llegado a Ecuador ocho años antes desde la zona agrícola de Iowa. Fue a través de cartas que Marie escribió a Estados Unidos que Roger se interesó en trabajar con los jíbaros.

Una vez establecidos en la estación a la que Dios los había enviado, Roger y Barbara se sumergieron en el estudio del idioma jíbaro y pronto pudieron contribuir al desarrollo de un método para enseñar a los jíbaros a leer y escribir su propio idioma. Roger hizo pequeños dibujos a pluma y tinta de imágenes familiares: un perezoso colgado boca abajo de una rama, una cerbatana, una lagartija descansando en el tronco de un árbol, y junto al dibujo imprimió el sonido de las palabras jíbaras.

Aunque Roger había venido a predicar el Evangelio, un misionero debe lograr y aprender mucho antes de poder contactar con éxito a una tribu primitiva. Incluso después de dominar el idioma, construir un hogar y ganarse la confianza de los indígenas, aún tiene que dedicar mucho tiempo a lo que mejor se describe como...

Mantenimiento. La selva crece a una velocidad increíble y, por lo tanto, hay que mantenerla a raya con el uso constante del machete. Los generadores que se usan para la corriente en las estaciones más grandes se descomponen con una frecuencia irritante, los techos gotean con la fuerte lluvia tropical, y la única persona que puede lidiar con todo esto es el propio misionero. La habilidad de Roger como carpintero y su gusto por este tipo de trabajo le fueron muy útiles cuando llegó por primera vez a Macuma. Barbara escribió: «Roj está en su gloria en Macuma; tienen dos hombres aserrando tablas, dos compañeros cepillando, dos ranurando, dos más aserrando y cepillando tablas de 2x4. Roj tiene su sierra eléctrica funcionando y han vertido pilares para construir la casa. Roj ha plantado 74 tomates con las semillas que consiguió de la estación en Costa Rica».

Sin embargo, no fue para hacer obras de construcción que Roj dejó su hogar. Pronto se dedicó a alcanzar a los indígenas jíbaros con el Evangelio. Un pueblo ferozmente independiente, los jíbaros combinan una hostilidad guerrera con un gran sentido del humor. "Solo se ríen y escupen", dijo un misionero al describirlos. Parecen reírse sin apenas provocación y tienen una forma de acentuar su conversación escupiendo a través del segundo y tercer dedo con un sonido explosivo. Al igual que los quichuas, los jíbaros nunca se cansan de pegar la cara a la mosquitera de la ventana del misionero, observando todo lo que sucede adentro. Roj se acostumbró a esto al poco tiempo, aunque al principio sus comentarios en voz baja y sus repentinos estallidos de risa ahogada le resultaron molestos.

Con pantalones cortos, sudadera, gorra de algodón, leggings de lona y zapatillas deportivas, Roger pasaba gran parte de su tiempo visitando casas jíbaros. Siguió los tortuosos y agotadores senderos de la selva, la mayoría de las veces hundido hasta las rodillas en el barro. A veces se detenía, cautivado por una fragancia indescritiblemente dulce, más dulce que el azahar, pero debido al bosque, no podía localizar la fuente. Las flores más llamativas se encuentran en lo alto de las copas de los árboles, casi sofocadas por el omnipresente follaje verde. También debía estar en guardia contra la fauna más peligrosa de la selva: las serpientes. Su coloración protectora hace que muchas variedades sean casi imposibles de detectar. La pequeña víbora puede estar en el centro del sendero, pero el patrón moteado de su piel se funde tanto con el patrón de la luz solar sobre las hojas caídas que

El viajero rara vez la ve. El bushmaster lleva suficiente veneno en sus sacos como para matar a cien hombres. La serpiente coral, cuyo veneno ataca el sistema nervioso central y causa la muerte sin síntomas previos en veinticuatro a cuarenta y ocho horas, es una de las especies más pequeñas y, por lo tanto, más difícil de ver. De repente, el sendero del bosque terminaba y Roger entraba en un claro, con los ojos cegados por la luz solar directa tras la penumbra de la selva. Cada casa jíbaro se encuentra en su propio claro. Tiene forma oblonga, con una estrecha ranura de un metro y medio de altura en cada extremo que sirve de ventana y puerta, y está cubierta con un techo de palma de hojas puntiagudas, cuyos flecos casi tocan el suelo.

Estrictas reglas de etiqueta rigen el comportamiento del anfitrión jíbaro y del visitante que entra en su claro. Un saludo formal, que puede durar diez o quince minutos, es adecuado. Se trata de una serie de expresiones que pueden ser algo así:

“He venido.”

“¿Has venido?”

“Sí, he venido a tu casa.” “Bien has venido.”

Roj aprendió que no importa cuántas personas estén presentes, el recién llegado pasa por este diálogo con cada una de ellas.

Agachando la cabeza para pasar su metro ochenta por la rendija, entraba en el turbio interior, a través del cual apenas se veían las figuras borrosas de mujeres que se movían al fondo de la casa, seguidas por varios niños pequeños desnudos. La tierra compactada sirve de suelo en estas casas y pequeñas hogueras brillan a intervalos a lo largo del largo interior de nueve metros; el humo crea un olor acre y aumenta la falta de visibilidad. La casa jíbaro está estrictamente dividida entre la sección de los hombres, la parte delantera, conocida como tangamash —algo así como el porche de un pueblo pequeño, un lugar donde los hombres pueden sentarse y charlar durante horas— y la parte trasera de la casa, que es exclusivamente para uso de las mujeres. Las mujeres visten una tela larga que les llega hasta las rodillas, con los dos extremos atados a un hombro. Los hombres llevan el torso desnudo, pero una tela atada a la cintura. Al igual que los quichuas, los jíbaros llevan largas y rectas túnicas negras.

Cabello. Cae suelto sobre el rostro de las mujeres, sin apenas peinarse. Los hombres, como corresponde a su posición de superioridad, optan por un peinado elaborado. El cabello, largo hasta la cintura, se peina y luego se adorna con brillantes plumas de aves tropicales rojas, amarillas o azules.

Roger era invitado a sentarse en un banco junto a la pared, y frente a él, en un taburete bajo, se sentaba el jefe de la casa. Si el hombre intentaba impresionar a su visitante con su posición, realizaba una elaborada farsa durante los primeros cinco minutos antes de permitir que comenzara la conversación. Una de sus dos o tres esposas le traía un cuenco de agua, del que tomaba un sorbo, pero no lo tragaba. Lo escupía sobre sus manos y luego se lavaba la cara con las manos mojadas. Después, se peinaba lenta y deliberadamente. Toda la actuación se desarrollaba en silencio, con dignidad y deliberación. Luego le servían su chicha, le ofrecían el cuenco a su invitado y comenzaba la conversación. Así, Roger pasaba muchas horas hablando con los jíbaros en sus casas, aprendiendo poco a poco su idioma, absorbiendo su forma de vida y, sobre todo, contándoles la historia de Jesús.

Entre los jíbaros, la brujería, la hechicería, el odio y el asesinato se arraigan profundamente en las primeras etapas de la vida. A los niños, al dormirse por la noche, se les enseña a repetir una lista de nombres de aquellos a quienes deben aprender a odiar. Al escribir sobre la tribu, Nate dijo: “No son crueles, excepto que la religión del miedo y los espíritus malignos los ha vuelto así, con la que esperan de alguna manera lidiar con su problema del pecado. Por ejemplo, un brujo visitó a los indígenas Macuma hace un par de meses. Era de otra zona del bosque. Por alguna razón, se enfureció y maldijo a cierta mujer. Por lo general, los problemas de los jíbaros se deben a las mujeres, que son posesiones sin alma del hombre y con frecuencia son robadas o intercambiadas en negocios. En cualquier caso, la mujer que había sido maldecida murió en veinticuatro horas. Su esposo, hermanos y padre sintieron entonces el deber de vengar su sangre, porque la bruja era tan culpable como si le hubiera disparado directamente. Se unieron a la otra tribu y asesinaron brutalmente a la bruja y a otro tipo. El asunto ya tiene un par de meses, así que la vida sigue como siempre, pero un día de estos habrá otra matanza. Es una rutina en los jíbaros. Las matanzas no tienen fin.

Lo triste es que para pagar estas deudas, como las llaman, no necesariamente tienen que matar al asesino; cualquier familiar sirve. El miedo que les inspiran determina incluso la construcción de sus casas, que son como fortalezas militares. A menudo colocan trampas en los senderos para sus presuntos enemigos. No hace mucho, un misionero de la Jivaria estaba haciendo visitas en la selva. Su porteador descalzo iba delante y, al acercarse a un claro jíbaro, se detuvo de repente y con dolor. Una punta de palma, afilada como una aguja, sobresalía de la parte superior de su pie ensangrentado.

Estas eran las personas con las que Roger había vivido durante más de un año. Había aprendido su idioma en la estación Macuma y había ayudado a preparar cartillas para el programa de alfabetización. A veces, el ambiente de venganza y asesinato afectaba profundamente a Roger, pero con su energía habitual siguió adelante. Nate Saint dijo una vez de él: «Roj es uno de los pocos misioneros que conozco que demuestran un verdadero sentido de urgencia en la tarea de ganar almas».

Ahora bien, esta urgencia impulsaba a Roger a considerar mudarse. Sabiendo que Frank Drown podía continuar solo con la obra de esta estación establecida, Roj comenzó a orar por un alcance más amplio de servicio, como escribió el apóstol Pablo: «[Es] mi ambición predicar el Evangelio, no donde Cristo ya ha sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno».

CAPÍTULO VII

Interrumpir Barreras de la jungla



Entre las tribus donde Cristo aún no había sido nombrado se encontraban los atshuaras, primos hermanos de los jíbaros, pero sus enemigos acérrimos. Roger oraba a menudo por una oportunidad en este grupo y lo comentaba con Nate, quien compartía su preocupación desde hacía tiempo. Frank y otro misionero habían intentado contactarlos cinco años antes. En esa ocasión, Frank y su colega casi habían llegado a la casa del jefe cuando les salió al encuentro un muchacho con un mensaje verbal: «Si no se dan la vuelta de inmediato, los mataré». La reputación del jefe era tal que no cabía duda de la veracidad del mensaje. Los misioneros se dieron la vuelta.

Roger finalmente decidió acercarse a los Atshuaras. El 5 de junio de 1954, partió de Macuma y viajó dos días al sureste a pie hasta un lugar llamado Wambimi, donde la compañía petrolera Shell había abandonado una pista de aterrizaje y algunas casas en ruinas.

“Este lugar es particularmente importante como posible puerta de entrada [a los Atshuaras]”, escribió. “Fue maravilloso cómo el Señor obró por nosotros al preparar esta estación remota. Nos permitió erigir un nuevo edificio de 6 x 18 metros, con techo permanente, para complementar las

pequeñas casas que ya había en el lugar. Nos protegió durante esos once días de serpientes (pisé una), escorpiones, tarántulas, lesiones, complicaciones por clavos, derrumbes de techos al dismantelar edificios antiguos, etc.”.

La pista de aterrizaje solo necesitaba un poco de corte de césped y estaba lista para que aterrizara el avión de Nate. Nate grabó los eventos posteriores en cinta magnética: “Trajimos a Barb y a los dos niños, y ellos organizaron la casa, comenzaron el estudio del idioma y la alfabetización entre los jíbaros locales, así como...

Evangelismo. Mientras Roj estuvo allí, como cualquier misionero, se dedicó al ministerio médico. Una de las enfermedades que azota a los jíbaros es la leishmaniasis. Afecta la cavidad nasal, la nariz, la parte posterior de la garganta y el paladar. Es una enfermedad horrible, prolongada y persistente, que finalmente los mata y, por supuesto, es muy vergonzosa: desfigura terriblemente el rostro y los indígenas la temen con un terror apasionado. Hace varios años, médicos misioneros encontraron una cura, un medicamento llamado «Repodral». Roj llevaba consigo un poco y logró un par de curaciones notables entre los jíbaros locales.

A pesar de las constantes disputas entre los jíbaros y los atshuaras, así como dentro de ambos grupos, existe cierta conexión en el camino y la noticia de las curas llegó a los atshuaras. Uno de los jefes de la región atshuara se llamaba Santiaku (un jefe, como en la mayoría de las situaciones en la selva, es simplemente el líder en una zona pequeña; los jíbaros y los atshuaras no se agrupan; están dispersos por todo Tombuctú, y el más fuerte o el más temido en una zona pequeña es un jefe). El jefe, Santiaku, había contraído esta terrible enfermedad y, a pesar del miedo y los sucesos del pasado, finalmente se presentó en Wambimi.

Y, por supuesto, fue un hito y motivo de gran alegría porque fue la respuesta a sus oraciones. Roj lo ayudó; el Repodral mejoró su condición nasal y volvió a aparecer más tarde e invitó a Roj a volver a su casa. Claro que esto era lo que todos habían estado esperando, pero como en el caso de la araña y la mosca, Roj no iba a aceptar esta oferta.

Sin cuidado. Así que le dijo a Santiaku: «De acuerdo, iré a visitarte a tu casa si me llevas». Y así, bien, la escolta llegó y escoltó a Roj Youderian, Frank Drown y a otro misionero al territorio de Atshuara.

En algún punto del camino, Frank tosió y los Atshuaras se detuvieron allí mismo; no iban a ir más lejos porque tienen un miedo terrible a resfriarse. Al parecer, es un resfriado o gripe —lo que llamamos gripe— lo que los mata porque no tienen mucha resistencia, ya que la enfermedad nunca había afectado a su grupo mientras la generación era más joven. Frank tuvo gran dificultad para convencerlos de que solo estaba carraspeando. Frank dice que esa noche, cuando acampaban junto al sendero...

En algún lugar sintió un cosquilleo en la garganta otra vez y simplemente no sabía qué hacer, así que fingió que tenía asuntos en el bosque y se alejó de ellos y se aclaró la garganta, temiendo, por supuesto, que pudiera interrumpir toda la expedición al toser y ser escuchado por los Atshuaras.

Cuando llegaron a casa de Santiaku, resultó ser una casa enorme, aproximadamente tres veces más grande que las casas largas de los jíbaros. Roj dice que era justo lo suficientemente grande como para poner una cancha de baloncesto dentro. Los atshuaras hablan un dialecto ligeramente diferente, pero entienden el jíbaro; sus rasgos faciales son diferentes, y las mujeres tienen caderas estrechas, en lugar de caderas anchas como las jíbaros.

Al llegar, Frank empezó a darles el Evangelio en jíbaro, hablándoles del amor de Cristo y de cómo murió por nosotros. Se trataba de contarles a estos indígenas una historia desde cero, algo que nunca antes habían oído. Frank habló hasta quedarse ronco y exhausto. Llevaban un pequeño fonógrafo de cuerda y ponían grabaciones del Evangelio en jíbaro, hasta que Frank recuperaba la voz. Entonces los Atshuaras decían: «Muy bien, Panchu (apodo cariñoso para Frank), cuéntanos más». Y durante tres días, los Atshuaras siguieron así, sentados, escuchando la historia de Cristo. Fue una oportunidad increíble, y Santiaku mostró un interés genuino.

Debido al aislamiento de los atshuaras y la tensa situación con los jíbaros vecinos, parecía que la clave para llegar allí y realmente hacer algo bueno era la comunicación aérea. Frank sugirió de inmediato que construyeran una pista de aterrizaje. Me parece que fue una genialidad realmente audaz, y estoy seguro de que no habría tenido la fe para sugerirlo la primera vez. La idea prosperó; el Señor bendijo la sugerencia y la hizo realidad, porque comenzaron a limpiar una pista de aterrizaje; los misioneros, mientras estaban allí, les mostraron dónde podían talar los árboles en línea con sus huertos de yuca, para que tuvieran accesos naturales para aprovechar el bosque que ya habían talado. Luego, los misioneros se jubilaron.

Después de varios meses, pensamos que era hora de animar a los atshuaras, así que volamos hasta allá para ver cómo progresaban y descubrimos que habían despejado unos 90 metros de la selva para una pista de aterrizaje. Pero 90 metros con árboles a su alrededor, árboles que crecen hasta 30, quizás 36 o 45 metros, no es precisamente una pista de aterrizaje. Así que les tiramos un par de telas para animarlos, y luego nos fuimos de nuevo y pasaron unos meses más.

El otro día bajamos a echar un vistazo de nuevo. Y para nuestra decepción, descubrimos que la dirección de la franja en el bosque era tal que se alineaba justo con la gran casa, y, claro, no es ideal tener una casa justo en un extremo de la franja en el acceso. Y el trabajo no parecía haber avanzado mucho; parecía que necesitaban ayuda en ese momento. Así que volvimos y tuvimos un breve consejo de guerra y Roj dijo: «Bueno, me parece que necesitan ayuda y creo que debería ir». Tenía una pequeña radio de manivela, pero no tenía suficientes provisiones. La verdad es que no se había planteado hacer un viaje así. Bueno, supongo que tenía un machete. Pero la necesidad estaba ahí, la oportunidad estaba ahí, y podría llegar en dos días de caminata. Decidió intentar conseguir a algún jíbaro que le ayudara a llevar la radio y lo guiara por el sendero desde Wambimi hasta la región de Atshuara.

Dejamos a Roj en Wambimi un miércoles y el jueves lo buscamos por radio. Pensamos que quizá lo habría instalado en algún lugar del camino o que tal vez todavía estuviera en Wambimi. No supimos nada de él el jueves, el viernes ni el sábado. El lunes pensamos que seguro que lo sabríamos, que estaría con los Atshuaras y que seguramente estaría en antena. Seguimos sin saber nada de él y allí estaba, sin ningún otro misionero, sino con esos jíbaros inconversos que eran conocidos por ser unos sinvergüenzas. Y supongo que muchos de ellos han matado —son asesinos y algunos han sobrevivido a las matanzas—, no es el grupo más adecuado para tener como compañía en un camino peligroso. En cualquier caso, el lunes, al no saber nada de él, decidimos que debíamos ir a ver cómo estaba y asegurarnos de que estuviera bien. Así que reunimos provisiones, notas para que lo dejaran, comida y medicinas. Y sacamos el teléfono aire-tierra. Frank y yo

Fuimos juntos en el avión. Volamos con la puerta cerrada, por supuesto, para poder usar el teléfono si era necesario. Llegamos y cuando vi la tira por primera vez, me dio un vuelco. En primer lugar, porque no pude ver de inmediato que le hubiera pasado nada, y sabía que si Roj hubiera llegado, algo le habría pasado a esa tira, porque Roj no tiene nada controlado mucho tiempo antes de que algo le pase, sobre todo si necesita que le pase algo. Entonces empecé a buscar una camisa blanca. Buscamos con ansiedad durante varios minutos antes de que finalmente lo distinguimos allí abajo en la pista. Les aseguro que no me había dado cuenta de lo preocupado que estaba por su seguridad hasta ese momento en que lo busqué y la cosa estaba en la balanza: sí o no. Entonces me di cuenta de lo preocupados que habíamos estado por él en el sendero, con solo un guía jíbaro y algunas provisiones. Hay serpientes por ahí. Pero lo vimos y nuestros corazones se alegraron mucho al verlo.

Hicimos un par de pasadas rasantes sobre el campo. Primero, volamos a baja altura y redujimos la velocidad del motor para silenciarlo. Le grité a Roj que sacara a los indios de la pista, que teníamos algunas cosas que lanzarle. Nos escuchó perfectamente y apartó a los indios del camino. Hicimos unas cuatro pasadas, lanzando la comida, algunas hachas y tela a los indios como regalo. Necesitábamos saber cuál era la situación allá abajo, así que nos detuvimos y pusimos el teléfono en un cable doble, usando la técnica de la línea en espiral. Desenrollamos unos 450 metros de cable telefónico y comenzamos a dar vueltas. El teléfono en esa larga línea duplicó nuestra trayectoria, luego se deslizó lentamente hacia el centro y comenzó a descender. Finalmente, se quedó suspendido, flotando de forma ligeramente incontrolable, a una velocidad horizontal de quizás seis u ocho millas por hora, mientras que nosotros arriba volábamos en círculos a sesenta millas por hora. Con un poco de ensayo y error, y compensando la deriva, finalmente pudimos... El teléfono estaba cerca de Roger. Oí la voz de Frank diciendo: «Hola, Roj; hola Roj», y supe que teníamos contacto con él allí.

Frank habló con Roj por teléfono durante unos diez minutos, obteniendo datos de él. Al parecer, ya tenía toda la información que necesitaba y empezamos a acercarnos para tensar la línea. Mientras tanto, Roj había atado...

Colgó su saco de correo al cable —su correo saliente y una nota para su esposa— y soltó el teléfono. Salió volando casi verticalmente, superó todos los árboles y lo arrastramos en el extremo de 450 metros de cable que luego tuvimos que enrollar. Nos despedimos de Roj y partimos hacia Wambimi.

Cuando Nate aterrizó de nuevo en Wambimi, Frank le informó que Roger había solicitado aterrizar el viernes siguiente. "¡Es imposible!", dijo Nate. "La pista no estará lista. Pero claro", añadió, "supongo que no es mi responsabilidad. Será mejor que vaya allí como me han pedido y luego decida si la pista es apta para el aterrizaje".

Roger también había explicado por teléfono tierra-aire que necesitaba medicamentos. Los atshuaras se habían contagiado de gripe por un grupo de soldados que habían pasado por allí. Esto explicaba que Roger no tuviera radio. El jíbaro que había prometido traerla se había enterado de la enfermedad entre los atshuaras y, sabiendo lo mortal que puede ser la gripe, se negó a acercarse al lugar.

“Llegó el viernes y estaba un poco entusiasmado con esto de inaugurar un nuevo campo”, continuó Nate en la grabadora. “No es un juego de niños; no es un picnic de escuela dominical, como dicen; es un asunto muy serio, donde hay que hacer todo lo posible, calculando y comprobando dos veces, y luego confiar en el Señor: entrar y cumplir con el deber.

El viernes por la mañana amaneció, como dicen en español, lloviendo. Al mediodía sabíamos que era imposible ese día; el campo estaría mojado de todos modos, y no podíamos añadir lodo a los otros peligros inevitables de tal operación, así que cancelamos la salida ese día. Consideramos que era una indicación de Dios que no era el día para ir y lo dejamos pendiente para el día siguiente. A la mañana siguiente hicimos los preparativos y Frank y yo volamos a Wambimi después de comer. Frank salió y descargamos los bidones de gasolina extra y yo despegué solo con muy poco combustible. El avión estaba completamente desmantelado, incluso con el asiento derecho quitado, para que fuera lo más ligero posible y tuviera suficiente gasolina para...

Seguro. Tenía una reserva de seguridad: quizás una hora y media de gasolina a bordo, y el viaje de ida y vuelta a casa de Santiaku habría durado unos cuarenta minutos; así que tenía una reserva del cien por cien.

Al despegar, Nate se dirigió hacia un pequeño río a medio camino entre el río Macuma y el Pastaza, el único punto de referencia de la casa de Santiaku. Al encontrarlo, suponiendo que debía estar al sur, giró hacia el norte, oteando el horizonte, cerca y lejos, en busca de la pequeña isla en el mar verde. Nada. De repente, justo debajo de él, vio una casita, de estilo empalizado cuadrado, pero sin chacra [un claro agrícola en el bosque].

«Qué raro», pensó Nate. «Quizás sea de algún indio que acaba de matar a alguien y se esconde aquí un rato. Probablemente su chacra esté en otro lugar, para confundir al enemigo».

Desconcertado, continuó. ¡Ah, ahí estaba! Llamó a Marj por la radio:

56 Henry, voy a casa de Jimmy en dos minutos. 56 Henry, voy a casa de Jimmy en dos minutos. Cambio. Como Santiaku es una variante del nombre en español de James, le habían puesto ese apodo para mantener el secreto.

“Y he aquí”, continuó el registro de Nate, “cuando lo superé dos minutos después, ¡no había ninguna pista de aterrizaje! Parecía igual a la suya, pero no había pista. Fue un poco desconcertante, porque no llevaba mucha gasolina, así que volé un poco más al norte y seguí ascendiendo, ganando altitud, intentando decidir qué hacer. Decidí que mejor me preparaba para Wambimi. Aterricé allí sobre las cuatro y media. No había tenido prisa antes, porque quería llegar a casa de Jimmy a última hora de la tarde, cuando el aire es fresco y flota. Es más estable para este tipo de operación. Frank se sorprendió un poco de verme de vuelta tan pronto. Le describí la casa que había visto y la reconoció como una que habían pasado de camino a la de Santiaku. Me pasó unos cinco galones de gasolina, y despegué, rumbo al este, tomé el riachuelo y giré hacia el sur”.

Los ojos azules de Nate se entrecerraron a través del plexiglás. Ese día, la visibilidad era de unos 160 kilómetros, y «casi se puede imaginar el humo de un barco de vapor en el horizonte», pero en toda esa extensión no había ni una señal de vida.

“Fui al sur”, continuó. “Fui aún más al sur. Empezaba a apostar a que nunca había visto nada, y ¡caramba!, pensé, ¡no hay nada de malo en esto! Por aquel entonces me topé con una casa a la orilla de un río, bien cercada, y por su ubicación, era imposible verla a menos que la sobrevolaras, eso es todo. Escondida allí en el bosque, era diferente a las otras casas que había visto, quichuas o jíbaros. No me sentía precisamente en un barrio acogedor. Decidí que la mano del Señor debía estar en esto de alguna manera (estaba más al sur de lo que jamás había volado en un reconocimiento)”.

Aunque para entonces Nate estaba muy preocupado por encontrar a Roger, inspeccionó la nueva casa con atención y tomó nota mental de su ubicación: "Porque ellos también necesitarían escuchar el Evangelio, allá lejos, en sus lugares aislados. Estás convencido de que es la voluntad del Señor que hagamos todo lo posible para que cada indígena tenga la oportunidad de conocer la gracia de Dios y escuchar ese Nombre que está por encima de todo nombre".

Así que seguí adelante. Me sentí animado por el desafío del aislamiento de estas personas y el reto de ayudar a otros misioneros a llevarles el Evangelio, así que el riesgo parecía compensarse y justificarse ante el desafío espiritual de la situación.

Nate siguió volando hasta que se dio cuenta de que la carga de gas estaba bajando. Entonces encendió su transmisor:

56 Henry a Shell Mera. He buscado río arriba y río abajo. No encuentro el lugar de Jimmy. Estoy dando la vuelta, río arriba, ganando altura. ¿Me escuchas, Shell Mera? Cambio.

—Está bien, está bien —respondió Marj, y Nate empezó a buscar humo en el horizonte, pues seguramente debía estar en el país de Atshuara, y si Roj lo hubiera oído, habría armado una pólvora.

Al poco rato lo vio: allí, aparentemente al suroeste, había una columna de humo. Pero parecía estar en la dirección equivocada. ¿Se había equivocado de brújula? ¿O era que no estaba tan bien orientado como creía? La situación parecía incongruente, pero, pensó Nate, «de vez en cuando...

En una situación así, y la respuesta, cuando llega, es una especie de sorpresa. Así que con eso en mente, y con el hecho también de que donde hay humo hay fuego, y donde hay fuego hay gente, decidí confiar en el Señor y salir a través de la situación para ver qué estaba produciendo ese humo. Cuando llegué allí, fui bien recompensado, pero no de la forma que esperaba.

Al final de una empinada ladera que había sido despejada, en un pequeño río escondido entre los árboles, había un pequeño lugar llano. Y abajo, hundido hasta lo más profundo, había una casa enorme, con los extremos redondeados, y los indios por todo el claro. Nate volvió a anotarlo mentalmente para usarlo más adelante. Tras un vistazo rápido, con la gasolina agotándose, «salí de la curva, empecé a subir y miré a la izquierda, y, me voy a cambiar, había una casa enorme, más grande que la de la orilla del río, escondida allí, justo a un lado. No sé cómo es posible que no puedas ver algo hasta que estás justo ahí. Es como buscar agujas en un pajar».

Nate empezó a subir, sin dejar de dar vueltas. "Pensé que si subía muy alto, donde pudiera ver esos pequeños barriles de remansos aislados de humanidad", dijo, "podría ver cosas más interesantes. Estaba todo ojos, muy emocionado por estos hallazgos y me alegraba encontrarme completamente en los brazos del Todopoderoso, porque allá abajo no hay duda alguna. Si ese viejo motor se hubiera estropeado, solo Dios podría haberme salvado. Mejor lo admito con franqueza aquí mismo: no me gusta sobrevolar cosas así y necesito una buena razón para estar sobre ellas sin una buena comprobación de posición y un buen río para identificar mi posición. Pero estas son personas por las que Cristo murió, y hay que encontrarlas antes de poder llevarles el Evangelio, así que me alegré de haberlas encontrado.

Eché un último vistazo antes de dirigirme a Wambimi y, durante esa inspección, noté una pequeña imperfección al este. Pensé que podía permitirme volar un par de minutos para ver en qué se había convertido. Y así lo hice. En dos minutos distinguí una casa y, segundos después, un claro; tierra firme detrás de unos árboles, unos árboles altos que indicaban que era la casa de Jimmy, y allí, completamente oculto

Tras esos árboles altos, estaba la pista. Finalmente me di cuenta de que me había costado encontrar el lugar porque el sol del atardecer daba sobre las lomas bajas en un ángulo diferente al que estaba acostumbrado en mis vuelos anteriores por la zona. En fin, cuando vi ese claro, llamé por radio, pero rápido, y empecé a descender. Ese viejo avión bajó de velocidad de un plumazo y, cuando miré el indicador de velocidad vertical, iba a unos 450 metros por minuto. Bajaba en espiral a buen ritmo, informando a Shell, confirmando la posición, sobrevolando el claro y echando un vistazo —un vistazo desgarrador— a la pista. No era lo que se podría describir como una pista de aterrizaje. Me dio un vuelco el corazón. Sabía que Roj tenía que salir de allí, porque conozco su forma de trabajar; nunca se escatima. Llevaba allí casi un par de semanas y sabía que estaría hecho un desastre y que necesitaría salir de allí con urgencia. Así que estaba ansioso por hacer lo mejor que pudiera, en consonancia con la seguridad y nuestra responsabilidad hacia MAF y las demás personas a las que MAF sirve.

Mientras daba la vuelta, negué con la cabeza y me dije en voz alta: «No, eso no sirve de nada; es imposible». Sin embargo, pensé que le debía a Roj una mirada más cercana, así que pasé por debajo un par de veces, y en una ocasión estuve a punto de apagar el motor y gritarle a Roj: «Lo siento, no es jabón». Pero seguí adelante y le eché otro vistazo. Lo tenía bien marcado con vendas. Tenía 50 yardas marcadas en el extremo delantero hacia la casa grande, y luego tenía una línea con las palabras «RUEDAS». Sabía que podía aterrizar desde donde estaba el letrero de «RUEDAS». Al fondo, había marcado 250 yardas. Entonces pensé que no puedo decir «no» simplemente por una corazonada; pero también puedo. A veces una corazonada salva la vida, cuando una regla de cálculo dice «sí» y una corazonada dice «no». Así que pensé: "Bueno, el avión es ligero; unos 250 metros más o menos de pista; quizá debería intentar una aproximación". El aire era bastante estable y pensé que si podía bajar más cerca, se vería diferente. Así que me preparé para sobrevolar el campo, descendí abruptamente sobre los árboles y sobre el tejado de la casa de Santiaku, a unos 160 kilómetros por hora. Cuando bajé, había un árbol que sobresalía en el borde de la pista, y me dije a mí mismo como si alguien pudiera oír: "Roj, tío, esto sí que tiene...

Alas que sobresalen', me detuve y me puse a pensar en el problema. La superficie se veía bien; confiaba en Roj en eso; sé que es cuidadoso con asegurarse de que no haya puntos blandos; ha estado en otras dos inauguraciones de pistas conmigo. Es decir, se adelantó para preparar y revisar el terreno, así que me sentí seguro.

No quedaba mucho tiempo; estaba otra vez sin gasolina; así que, 'Aquí voy', me dije, 'quizás pueda pasar junto a ese árbol'. Y entonces pensé que quizá no podría salir de allí más tarde. Pensé que entre los dos, con los indios, podríamos talar suficientes árboles en un par de días para salir de allí. La radio del avión funcionaba; podía decirle a Marj dónde estábamos; le dije a Barb que Roj estaba bien. 'Bien', grité rápidamente, 'preparándome para aterrizar en casa de Santiaku'.

Recogí la antena, frené el avión y lo puse en aproximación hacia los árboles. Al pasar los árboles, hice un deslizamiento lateral muy pronunciado, puse los flaps a plena posición y me alejé de la casa de Santiaku a unos 4,5 o 6 metros. Al evaluar la situación, no solo medía el árbol que sobresalía, sino todo, viéndolo todo a la vez. De hecho, ni siquiera vi ese árbol; al menos, no era consciente de él. En una situación así, el subconsciente de un piloto lo guía prácticamente. Es una especie de piloto automático que toma el control porque no tienes tiempo para pensar en los problemas individuales. Los había pensado mientras volaba en círculos, analizándolos objetivamente, y había decidido que podía entrar allí con seguridad y, como decía un veterano, a partir de ahí, "la intuición te guía".

“Entré y derrapé el avión tan bruscamente como podía, a unas sólidas cuarenta y cinco millas por hora; me enderecé justo después del tramo accidentado de 50 yardas, bajé las ruedas justo después del cartel de 'RUEDAS' y me detuve en poco más de la mitad de las 250 yardas que estaban disponibles.

Ante todo, di gracias a Dios por haber llegado sano y salvo al suelo. Naturalmente, lo primero que se hace en una situación así es sacar la antena y transmitir la noticia de la llegada exitosa y sin incidentes a Marj y a otros seres queridos y colegas que escuchan con oración por la radio. Pero esta vez no lo hice. Nunca se me ocurrió; estaban sucediendo demasiadas cosas allí, demasiado rápido.

“Roj vino corriendo y dijo: '¿Tienes alguna medicina?' —Sí — respondí—; «está aquí dentro», y le tiré el saco. Lo tenía todo enrollado, listo para tirarlo del avión. No hubo ningún «Hola, me alegro de verte» ni «Dr. Livingstone, supongo». Roj estaba demacrado; tenía barba de una semana; una camiseta sucia y llena de agujeros; daba pena verlo; demacrado. Estaba con uñas y dientes en el bulto, sacando aquello. Entonces empezó a gritar a todo pulmón, con la voz casi quebrada, a los indios que estaban al final de la pista, dando órdenes. Nunca había visto a Roj comportarse así. Sé que puede ser brusco cuando la cosa se pone difícil, pero en este caso no sabía muy bien qué hacer con la situación, así que lo agarré del brazo con bastante fuerza y le dije: «Cálmate, Roj; cálmate; tenemos tiempo». Me miró con esos ojos y dijo: «No tenemos tiempo; no tenemos tiempo». Así que no discutí con él. Me dio dos frascos de penicilina y me dijo: «Toma, agítalos», así que lo hice. Estaba dando órdenes a los indios y pensé: «Dios mío, ¿cómo puede esta gente creer que es un amigo si les habla así?».

Lo primero que supe fue que todos, incluyendo a su hermano, estaban recibiendo vacunas. Pronto se hizo evidente que todos estaban enfermos de gripe. Algunos parecían estar a punto de morir allí mismo mientras trabajábamos con los medicamentos. Hice lo que pude para ayudar a Roj. Santiaku estaba sentado en un tronco, encorvado, con aspecto de enfermo, pintado como si estuviera listo para matar, haciendo todo lo posible por parecer un jefe, pero muy, muy enfermo. Roj me contó mientras disparaba que uno de los jefes ya había muerto la semana anterior. Cuando llegó, había disparado a todos los casos más graves y se habían recuperado, y esta era la siguiente tanda de casos leves que empeoraban cada vez más, y la gente... bueno, puedes imaginarte cómo se sentían sin ayuda médica.

Teníamos dos frasquitos de penicilina. Qué valiosos eran esos frasquitos, interponiéndose entre la vida y la muerte. Cuando Roj tiró el primero, le dije: «Cógelo y mira a ver si no queda otra gota». Las madres le acercaban a Roj a sus pequeños bebés, con el trasero desnudo, y él les daba un toque con un hisopo de algodón con alcohol. Era solo un frasquito diminuto que Roj podría haber volcado fácilmente porque le temblaba la mano como una hoja.

Les gritaba a los indios: "¡No se muevan!", y todos obedecían sus órdenes. Él era el jefe de ese grupo en ese momento, el verdadero dueño de la situación. No había duda al respecto.

Roj observó los rostros de los indios a medida que se acercaban. Los casos más graves recibieron la medicina. Miró al otro lado del claro, y allí, saliendo del bosque, estaba Tysha, un buen amigo de Atshuara. Los indios habían intentado salvarle la vida llevándolo a una base militar, pero el río era un obstáculo demasiado grande para él en su débil estado. Llegó a tiempo para sacar la última gota de penicilina de la aguja de Roj. "¡Alabado sea el Señor!", exclamó Roj, "¡es increíble, pero aquí está, y esto probablemente le salvará la vida!".

Roj se enderezó por primera vez, miró a Nate y sonrió. Ya no tenía la tensión en los hombros. Nate miró su reloj: faltaban solo unos minutos para la fecha límite para salir de allí. Mientras Roj caminaba hacia el avión, ahora por fin relajado y tranquilo, Nate corrió y le ofreció la mano al desconcertado jefe. "No sabía qué hacer con ella, pero simplemente la agarré y empecé a hablar en inglés. Lo entenderían tanto como el español. 'Hasta luego, me alegro de haberlos conocido', dije, y me dirigí al avión".

Roj meneaba la cabeza, sonriendo. «Bueno, Dios está metido en esto, sin duda».

Nate se fue solo para asegurarse de poder salir con la carga más pesada y luego regresó a recoger a Roger. En el avión, camino a Wambimi, Roj contó cómo el trabajo en la pista se había visto obstaculizado por una enfermedad; cómo, debido a la enfermedad, su transportista indio se había negado a traer la radio, y cómo él mismo había trabajado en la pista por falta de nadie más que lo hiciera. En un momento dado, un indio le gritó: "¡Cuidado! ¡Hay una serpiente junto a tu pie! ¡No te muevas!". Roj se quedó paralizado, y allí, a menos de dos pies de su pie, yacía un bushmaster, enroscado para atacar. El indio agarró un palo. "¡No puedo hacer nada, es demasiado corto!", gritó Roj. Con las palabras "¡Dios, ayúdame!" en los labios, Roj cortó con su machete la cabeza de la serpiente, cortándola limpiamente.

“No te imaginas cómo recé para que no pudieras venir el viernes, como habíamos planeado originalmente”, dijo Roj. El sábado recé para que llegaras y empecé a preguntarme si lo lograrías. Eran las cuatro y no había avión. Me estaba desanimando bastante. Finalmente, allí estaba. Lo oímos venir, sí, pero no, ¡se alejaba! Morí mil veces en ese campo. Estaba realmente herido. Después de trabajar todo el día bajo la lluvia el viernes, esforzándonos al máximo para terminar, y luego agudizando el oído todo el sábado, bueno... media hora después, te volvimos a oír. De nuevo, en lugar de hacerse más fuerte, el sonido se desvaneció. Los indígenas corrieron hacia la chacra y vieron desaparecer el avión. Eso era todo. Decidí dar por terminado el día y reuní a los indígenas para una reunión y una breve enseñanza del Evangelio. Apenas habíamos empezado cuando los indígenas gritaron que el avión regresaba. Algunos dijeron: "¡No, lo estás oyendo con el corazón!". Pero pronto lo vimos. ¡No te imaginas lo que le pasa a uno ver a este pequeño animal amarillo acercándose por entre los árboles!



Estos dos hombres, imbuidos del espíritu pionero cristiano del siglo I, utilizando las herramientas del siglo XX, habían ampliado los límites de su fe un paso más. No solo Roger y Nate, sino también Jim, Pete y Ed fueron pioneros misioneros, siempre con la mirada puesta en las regiones más allá del horizonte inmediato. Justo al otro lado de las crestas distantes estaban los aucas. «Un día de estos vamos a avistar a esos chicos», había dicho Jim Elliot, «¡y a partir de entonces serán hombres marcados!».

CAPÍTULO VIII

Los Aucas



Durante varios años”, escribió una vez Nate Saint, “los aucas han constituido un peligro para los exploradores, una vergüenza para la República del Ecuador y un desafío para los misioneros del Evangelio”.

Desde su llegada al Oriente, Nate había sobrevolado con frecuencia el territorio auca, buscando con su ojo experto casas o aldeas. No es fácil encontrar un pueblo de entre quinientos y mil habitantes en una densa selva de doce mil millas cuadradas. Por supuesto, nunca se ha realizado ningún censo; los quichuas simplemente estiman la superficie, sin duda mucho mayor de la que afirman los aucas, ya que los quichuas (comprensiblemente) los evitan. Esta parte de la selva se encuentra a unos ciento cincuenta kilómetros al este de Quito. Bordea tres ríos: al oeste el Arajuno, al norte el Napo y al sur el Villano. Al este desemboca en la frontera peruana.

La historia de la región se remonta a los primeros días de la conquista española de Ecuador. En 1541, Gonzalo Pizarro, hermano del famoso Francisco Pizarro, quien puso fin al Imperio Inca, cruzó los Andes, exploró sus laderas orientales y permitió a uno de sus aventureros lugartenientes seguir el Amazonas hasta su desembocadura. En sus asombrosas exploraciones, perdió a todos menos noventa y siete de sus cientos de soldados. Algunos murieron por las penurias, pero muchos fueron asesinados por indígenas hostiles. Algunos de estos indígenas fueron, sin duda, los antepasados de los aucas. A los conquistadores les siguieron en el siglo XVII los misioneros jesuitas, algunos de los cuales también fueron asesinados por indígenas hostiles. Poco se hizo para colonizar o explotar la

zona desde el siglo XVII hasta mediados del siglo XIX.

Decimonoveno. La demanda de caucho en las zonas industriales del mundo atrajo a los recolectores de caucho a la cuenca amazónica, en aquel entonces la fuente del mejor caucho del mundo. Sin escrúpulos, traicioneros y crueles, los recolectores de caucho cortejaban a los indígenas con regalos solo para asaltar sus aldeas, saquear todo lo de valor que encontraban, llevarse a los jóvenes sanos como esclavos para trabajar en las haciendas y asesinar al resto para que no quedara nadie que pudiera provocar represalias.

En 1874, un misionero jesuita posterior hizo un viaje por el Curaray con la intención de fundar una misión, pero en lugar de eso pasó su tiempo, según su propio informe, protegiendo a los indígenas de los rapaces cazadores de caucho.

Otro registro describió a los comerciantes de caucho como "salvajes civilizados contra salvajes no bautizados". Sin duda, desde entonces, el odio se extendió por todo el territorio auca, y un legado de represalias se ha transmitido de padres a hijos. Fue la conducta del hombre blanco la que cerró esta zona a la colonización. Hubo una época en que el país pudo haberse desarrollado con la cooperación de los aucas, pero esa época ya pasó. A principios de este siglo, las haciendas estaban dispersas por lo que hoy es un territorio "cerrado".

La creciente desconfianza de los aucas hacia el hombre blanco se ilustra en una historia que se cuenta en Oriente sobre un hacendado, el señor Santoval, quien vivió en el dominio de los aucas poco después del cambio de siglo. El señor Santoval tenía a dos familias aucas capturadas trabajando para él y logró mantener un activo comercio de caucho con los aucas que aún se encontraban en la selva. Le dejaban caucho en el límite de su propiedad y, a cambio, él les dejaba machetes, cuchillos y ropa. Durante unos diez años, este comercio pacífico continuó sin violencia por ninguna de las partes. Los aucas capturados eran trabajadores tan superiores que Santoval les pidió que se acercaran a sus tribus con ofertas de trabajo en la hacienda. A través de sus intermediarios, el patrón les ofreció un salario justo, buenas condiciones de vida, ropa, todo lo que quisieran. La oferta fue rechazada de plano y la respuesta fue que los aucas no querían nada del mundo del hombre blanco, que eran independientes y deseaban seguir siéndolo. Santoval murió en 1917 y su

La muerte fue la señal para un ataque a la hacienda. Casi todos sus trabajadores indígenas fueron asesinados; los que sobrevivieron, incluyendo algunos de los aucas capturados, se trasladaron permanentemente fuera del alcance de los ataques aucas.

La Shell Oil Company, que prospeccionó petróleo en el Oriente entre 1940 y 1949, tuvo que enfrentarse no solo a los peligros e inconvenientes habituales de la selva, sino también a los ataques de los aucas contra sus trabajadores. En 1942, tres de sus empleados murieron en el campamento de la compañía en Arajuno. El incidente se describe en una carta escrita por un ejecutivo de la Shell Oil Company:

Lamentamos informarles que el miércoles 7 de enero pasado ocurrió un lamentable incidente en nuestro campamento de Arajuno. Un grupo de indígenas hostiles atacó a un grupo de nuestros trabajadores que trabajaban cerca del campamento, y nuestro capataz y otros dos trabajadores ecuatorianos fueron asesinados con lanzas. Este ataque causó pánico entre los trabajadores, que se agravó cuando a la mañana siguiente estos indígenas reaparecieron y parecían estar rodeando el campamento.

..... Tememos que se vuelva más
“Es más difícil que antes contratar un número adecuado de trabajadores para nuestro campamento en Arajuno”.

Un año después, la compañía perdió ocho empleados. En un intento por ganarse la confianza de la tribu y evitar más asesinatos, se realizó una visita a una casa auca. Se dejaron machetes, camisas, revistas y botellas vacías como obsequios para los habitantes, quienes se encontraban ausentes cuando llegaron los hombres blancos. Los aucas respondieron con un regalo: una canasta tejida con bejuco, que dejaron en el camino. Esto animó a los petroleros, y uno de ellos informó: "Parece que nuestra esperanza de amistad va por buen camino. Creo que esto se hará realidad en un futuro próximo, siempre y cuando nuestro personal siga siempre la línea de conducta indicada, que podría definirse como 'absoluto respeto a la propiedad privada'". ' Una bala perdida podría, en

En mi opinión, constituiría algo así como una declaración de guerra, que podría ser fatal para nuestro partido”.

La gente de Shell Oil también intentó lanzar regalos desde un avión, pero, como Nate observó más tarde, "un transporte de dos mil caballos de

fuerza, rugiendo sobre el pueblo a baja altitud, seguramente asustaría a cualquiera, sin mencionar particularmente a un pueblo de la edad de piedra sin

conocimiento alguno de ciencia.” A pesar de todas estas propuestas, las esperanzas de la Shell Oil Company no se hicieron realidad y nadie hizo más intentos serios de ganar los Aucas.



Para estos jóvenes misioneros era cada vez más importante conocer toda la información disponible sobre los aucas. Leyeron los informes de la Shell Oil Company y hablaron con cualquiera que hubiera tenido contacto con ellos. Una fuente invaluable de información fue el señor Carlos Sevilla, propietario y administrador de una hacienda a unos diez minutos de vuelo de Sandia.

Don Carlos vivió en territorio auca durante veintiséis años, antes de ser expulsado por repetidos ataques. Es un ecuatoriano alto y delgado, de unos sesenta y tantos años, que probablemente ha tenido más experiencia con los aucas que cualquier otro hombre vivo. Su cuerpo aún conserva seis cicatrices infligidas por los aucas durante su último encuentro con ellos.

Su primera huida por los pelos se produjo en 1914, cuando siete indígenas y un colombiano que trabajaban para él fueron asesinados en la hacienda "El Capricho" en el Curaray. En 1919, mientras Sevilla buscaba caucho, dejó a quince familias indígenas en un campamento en el río Tsupino mientras remontaba el río en busca de medicinas. A su regreso, se encontró con un niño indígena herido en el brazo, el único sobreviviente de un ataque auca al campamento.

Tras reunir apresuradamente a sesenta quichuas, Sevilla partió en busca de los aucas responsables de la masacre en su campamento. Encontró una casa auca y a una mujer trabajando pacíficamente en el campo de yuca. La capturaron, pero cuando los hombres de Sevilla rodearon la casa, se escapó de sus guardias y corrió gritando hacia el monte. Esto dio la alarma, y quienes estaban en la casa lograron escapar mientras los guardias se apresuraban a capturar a la mujer. Al repetir Don Carlos esta historia, tantos años después, todavía hay un dejo de amarga decepción en su voz.

Ha podido observar de cerca la estrategia auka. Parece que los ataques siempre son por sorpresa, y que los aukas invariablemente superan en número a sus oponentes. Un método para sorprender a los viajeros es esperar en el recodo de un río hasta que la corriente empuje una canoa cerca de la orilla, y mientras los arqueros intentan frenéticamente devolverla a la corriente, se lanzan las lanzas, acompañadas de gritos salvajes para confundir a las víctimas. La ventaja está del lado de los aukas. El consejo de Sevilla a cualquier aventurero en territorio salvaje es que viaje con al menos dos canoas, para que una pueda disparar para proteger a la otra en caso de un ataque.

En 1925, Don Carlos y sus indígenas fueron atacados dos veces en cuatro meses. Sevilla y sus hombres viajaban en canoa río arriba por el Nushino cuando, en un recodo del río, se encontraron en el blanco de docenas de lanzas aukas. La canoa volcó, cinco indígenas murieron inmediatamente y Sevilla y otro más escaparon. Abriéndose paso entre la lluvia de lanzas, logró matar a dos de los atacantes con sus propias armas, pero él mismo salió gravemente herido. Ocho días después llegó a su hacienda en el río Ansuc, con el cuerpo descompuesto por una infección y las heridas carcomidas por los gusanos.

Un ataque en 1934 finalmente lo expulsó del territorio, pero eso no lo desanimó a seguir haciendo planes para un posible reingreso.

“No creo que sea demasiado tarde”, dice Sevilla. “Es cierto que hemos perdido nuestras mejores oportunidades, pero quizás si construimos una casa fuerte y a prueba de lanzas bastante cerca de las casas de los aukas, hacemos un amplio claro a su alrededor, mantenemos vigilancia constante y nunca usamos armas de fuego, al final aceptarían nuestra amistad”.

Pero hay hombres en el Oriente, que vagaban por la región buscando caucho, oro o petróleo en la época en que esto era "campo abierto", que dicen que los Aucas jamás permitirán que el hombre blanco viva en paz en sus tierras. Es demasiado tarde. A la luz parpadeante de las lámparas de queroseno en las terrazas de las haciendas, estos veteranos se sientan noche tras noche a recordar sus experiencias y a conjeturar sobre los verdaderos motivos de los Aucas. ¿Son asesinos natos? ¿Matan solo para proteger sus tierras de los forasteros? ¿Matan para robar? Nadie lo sabe y no hay un patrón establecido que muestre un motivo único detrás de los asesinatos.

Se sabe que algunos asesinatos han sido seguidos de robos. Se han robado objetos que los aucas consideraban útiles, en particular el machete. Otros objetos, cuyo uso desconocen, los abandonan. En algunos casos, todas las pertenencias de las víctimas han quedado intactas. Sorprendentemente, a los quichuas se les permite pescar en verano en el corazón del territorio auca; sin ser molestados, bajan en sus canoas por el Napo o el Curaray durante semanas. Luego, sin motivo aparente, los aucas atacan. Pueden matar o herir a un grupo de pescadores quichuas dentro de los límites aucas, o traspasar sus fronteras y atacar a una familia quichua que trabaja en su chacra. Un hecho parece firmemente establecido: el hombre blanco es indeseable. Cuando pisa la zona que los aucas se han marcado, arriesga su vida.

Sin embargo, también se producen asesinatos dentro de la tribu. La ira se expresa inmediatamente en un asesinato. Como ocurrió con los Hatfield y los McCoy de las montañas de Kentucky, las disputas estallan con frecuencia, y cada muerte es vengada por los miembros supervivientes de la familia, lo que desencadena una reacción en cadena de asesinatos. Así, quitar la vida no es ajeno a los aucas. Desde pequeños, se entrena a los niños en el uso preciso de sus lanzas de madera noble de casi dos metros y medio. Don Carlos cuenta que llegó a una choza auca desierta y encontró allí una figura humana de tamaño natural tallada en madera de balsa. El corazón y los rasgos faciales estaban claramente delineados con achiote rojo brillante y toda la figura presentaba marcas de lanza. Este método, tan moderno como el entrenamiento con bayoneta para tropas de combate, se había utilizado para desarrollar la puntería letal por la que los aucas son famosos.

Don Carlos tiene trabajando para él en su hacienda a una mujer auca que escapó hace unos años de una matanza tribal. Hubo una típica disputa familiar, en la que sus padres y hermanos fueron asesinados por un grupo vecino. Dayuma, entonces una adolescente, logró escapar ocultándose en la chacra hasta que los invasores se marcharon. Luego se dirigió al asentamiento quichua más cercano, quienes la llevaron ante Don Carlos.

Como cualquier refugiado, Dayuma pasó sus primeros años entre los quichuas, adaptándose lo más rápido y completamente posible a sus costumbres. Una de sus adaptaciones más difíciles fue la comida de sus anfitriones. Los aucas no tienen sal y...

Le tomó casi un año antes de que pudiera disfrutar de la comida sazónada. La ropa fue otro cambio importante. Los aucas están completamente desnudos, excepto por las enredaderas que están atadas firmemente alrededor de las muñecas, los tobillos y la cintura. Ahora Dayuma usa el vestido de algodón sin forma habitual de la mujer quichua. En un esfuerzo por ocultar su ascendencia auca, se peina el cabello hacia abajo para cubrir los lóbulos desfigurados de sus orejas, lóbulos que alguna vez estuvieron adornados con tapones redondos de madera de balsa de más de una pulgada de diámetro. Al verla trabajar en la hacienda, alimentar a los animales, ayudar en la cocina, hay poco más que la distinga de sus compañeros de trabajo quichuas. Los aucas tienen el mismo cabello negro liso, la misma piel color té y aproximadamente la misma altura, unos pocos centímetros más de un metro y medio.

Dayuma ha podido aportar muchos datos de interés etnológico. Aunque los aucas beben chicha, hecha igual que los quichuas, la beben sin fermentar; por lo tanto, Dayuma nunca vio la embriaguez hasta que llegó al mundo exterior. Tampoco conocía los golpes a las esposas. Las casas aucas son largas y oblongas, con pisos de barro y hamacas que sirven de camas colgadas del techo. En cada casa pueden vivir entre veinte y cincuenta miembros de un clan. Las mujeres trabajan en las plantaciones de mandioca y algodón. Los hombres trabajan en sus lanzas, dándoles forma con machetes robados. Cada hombre de la casa tiene su colección de nueve o diez lanzas, que lleva consigo en sus incursiones en busca de comida o en sus incursiones. Dayuma dice que los aucas pueden reconocer una huella; de la misma manera que nosotros reconoceríamos un rostro familiar, ellos pueden identificar al indígena que ha pasado por allí. Le contó a Don Carlos que su gente conocía cada paso que había dado en la tierra de Curaray.

También pasaron muchas horas espionando el campamento de la Shell en Arajuno. En un momento dado, durante la ocupación de la Shell, la gente había considerado acercarse al hombre blanco. Habían hablado seriamente entre ellos sobre la posibilidad de enviar a dos hombres como grupo de exploración y, si no los mataban, el resto del grupo los seguiría. En realidad, ocurrió todo lo contrario: los aucas atacaron y mataron a tres empleados de la Shell.

Las mascotas son comunes entre los aucas; atrapan loros, monos y jabalíes cuando aún son jóvenes y los mantienen en pequeñas chozas que rodean la gran casa principal. Al igual que otros pueblos del mundo, tienen sus leyendas y cuentos de hadas. En una época, según la leyenda auca, «cayó fuego del cielo», se extendió por todo el mundo y quemó todos los árboles. Los aucas se escondieron bajo las hojas del camote hasta que el fuego se extinguió y luego salieron y repoblaron la tierra. Temen a los malos espíritus, como todos los habitantes de la selva. Aman a sus hijos y los entretienen con cuentos. Dayuma cuenta uno de los cuentos cuyo héroe es una tortuga:

Un día una cría de tortuga se encontró con un poderoso jaguar en el camino.

—¡Ja! —dijo el jaguar—. Tus padres están lejos y no hay nadie que te proteja.

La pequeña tortuga, asustada, metió la cabeza. «Saca la cabeza», ordenó el jaguar.

Y la tortuga, al oír la poderosa voz, asomó la cabeza. Luego, mirando dentro de la feroz boca del jaguar, dijo: "¡Qué dientes tan impresionantes tienes!".

El jaguar se sintió halagado. Abrió aún más la boca para mostrar todos sus finos y feroces dientes. Entonces la pequeña tortuga, mucho más rápida de lo que parecía, saltó a la boca del jaguar y le mordió la garganta con tanta fuerza que el jaguar murió al instante.

Entonces la tortuguita dejó al jaguar y fue a ver a los aucas vecinos, donde les contó que había matado a un jaguar y lo había dejado tirado en el camino. Los indígenas fueron a verlo, y allí estaba el jaguar muerto. Felizmente, le arrancaron los dientes y las garras para hacerse adornos y se fueron, olvidándose por completo de agradecerle a la tortuguita. Así que la tortuguita simplemente regresó a la selva y creció hasta convertirse en una gran tortuga.

A Dayuma le preguntan constantemente por qué matan los aucas, y solo puede responder que son asesinos. «Nunca, nunca confíes en ellos», repite con énfasis; «pueden parecer amigables y luego se dan la vuelta y matan».

Sin embargo, hay quienes no han aceptado ni aceptarán este veredicto como definitivo: quienes no pueden descansar en paz mientras generaciones

de aucas permanezcan más allá de las fronteras del cristianismo. Pete Fleming fue uno de ellos.

No podía estar contento mientras los aucas permanecieran en la oscuridad. En su diario escribió: «Es un problema grave y solemne; un pueblo inalcanzable que asesina y mata con extremo odio. Siento con fuerza que Dios me guía a hacer algo al respecto, y me asalta la idea y la impresión de que debo dedicar la mayor parte de mi tiempo a recopilar datos lingüísticos sobre la tribu y a realizar estudios aéreos intensivos para buscar casas aucas».....Sé que esto puede ser lo más importante. decisión de mi vida, pero tengo una paz tranquila al respecto”.

CAPÍTULO IX
Septiembre de 1955



Septiembre de 1955 fue el mes en que realmente comenzó la Operación Auca, el mes en que el Señor comenzó a tejer cinco hilos separados en una sola tela resplandeciente para Su propia Gloria. Cinco hombres con personalidades muy diferentes habían llegado a Ecuador desde el este de Estados Unidos, la Costa Oeste y los estados del Medio Oeste. Representando tres "misiones de fe" diferentes, estos hombres y sus esposas compartían la creencia en la Biblia como la palabra literal, sobrenatural y perfecta de Dios al hombre. Cristo dijo: "Id"; su respuesta fue: "Señor, envíame a mí".

Los misioneros que estaban a punto de unir fuerzas en la Operación Auca habían realizado varias maniobras. Tras la inundación, se decidió reconstruir Shandia, mantenerla como la estación principal de la zona y construir puestos remotos. La técnica de mantener varios puestos remotos es particularmente importante en el Oriente, ya que los indígenas de esta parte del mundo, como ya se ha señalado, no se congregan en grandes aldeas, sino que se encuentran dispersos en pequeños grupos por extensas zonas de la selva.

Se acordó establecer una estación avanzada en Puyupungu.

Jim, Ed y Pete habían visitado este pequeño asentamiento de quichuas en un viaje de reconocimiento por el río Bobonaza en agosto de 1953. Allí conocieron a Atanasio, el jefe que los había invitado a fundar una escuela para sus hijos. «Por Dios, ¿no se quedan?», les preguntó. «Los necesitamos mucho. Tengo, a ver, trece, catorce y otro, sí, quince niños. Nadie les ha enseñado. Quieren aprender a ver el papel. También tengo huérfanos en casa. ¿No vienen?»

Generalmente es una ardua tarea ganarse la confianza de la gente en una nueva zona. Sin embargo, aquí no solo se les abrió una puerta, sino que se les ofreció una invitación directa. Los tres hombres lo vieron como la respuesta a su deseo de ampliar las fronteras. Así que hicieron planes. Los McCully se mudaron a Shandia para comenzar a estudiar quichua, y Pete, quien aún estaba soltero, fue elegido para quedarse y ayudarlos a aprender el idioma y a establecerse. Jim y yo decidimos que era el momento de que Dios nos casara para que, juntos, pudiéramos abrir la estación en Puyupungu.

Así fue como Jim y yo llegamos allí en noviembre de 1953, con todas nuestras pertenencias en cuatro canoas. Tras recibirnos con palmaditas en la espalda, apretones de manos y risas, los hombres subieron la increíble cantidad de equipo del hombre blanco por la ribera alta, donde las dos esposas de Atanasio y sus numerosos hijos aguardaban expectantes.

La construcción de la casa y la pista de aterrizaje no le tomó todo el tiempo a Jim. Juntos comenzamos a tener reuniones para los indígenas, contándoles en su propio idioma la historia más maravillosa del mundo: la del Hijo de Dios que vino a la tierra y pagó el precio del pecado del hombre con su propia sangre. El reconocimiento del gran amor de Dios se abría paso lentamente en la mente indígena. Pero un día nos regocijamos cuando Atanasio le dijo a Jim: «Soy muy viejo. Quizás demasiado viejo para entender bien. Pero me parece que tus palabras son ciertas. Moriré en tus palabras».



Mientras tanto, los McCully progresaban a buen ritmo aprendiendo el idioma en Shandia. Pete Fleming se había construido una pequeña choza cerca de su casa de bambú y comía con ellos. Escribió en su diario: «Es sorprendente la alegría y el placer que sentí al construir mi pequeña casa de dos habitaciones. Realmente me encantó, y aunque solo me llevó cuatro o cinco días, estaba deseando mudarme. Es muy cómoda y un auténtico lujo tener un lugar para mí solo, una cama, un escritorio y una silla donde no estaré bajo...»

Observación. Lo mejor de todo es que me ayuda a llevar una vida disciplinada, todo está en un lugar conveniente y ahora puedo orar en privado. He comenzado a ampliar mi sistema de archivos del Nuevo Testamento, algo que no hacía desde que me fui de Estados Unidos. Me siento feliz de poder hacer las cosas de nuevo con orden. Sin duda, así es como debí vivir: con un horario regular para dormir, tardes libres para estudiar y una hora completa de devoción por la mañana.

Mientras Pete observaba cómo los McCully se orientaban en el trabajo, empezó a pensar más específicamente en su propio futuro. Y en su prometida, Olive Ainslie, una joven delgada y hermosa, de cejas oscuras que contrastaban marcadamente con su cabello más claro y ojos azules. Se habían comprometido a intercambiar cartas mientras él estaba en la selva. Con su habitual franqueza, este hombre tranquilo y estudioso se preguntó si habría algún conflicto entre su inminente matrimonio y su «llamado» a los Aucas.

“Anoche Nate y yo hablamos largo y tendido sobre el problema de los Aucas”, escribió. “Curiosamente, no creo que mi futuro matrimonio me impida ser elegible para ayudar en los esfuerzos por alcanzarlos. Siento que, si se le obligara, Olive preferiría que muriera después de haber vivido juntos antes que posponer indefinidamente nuestra boda por la posibilidad de que algo fatal pudiera suceder. Nuestra vida se ha vuelto una sola, y no creo que Dios nos separe en nuestro discernimiento de la voluntad de Dios”.

En junio de 1954, Pete se sintió libre de regresar a Estados Unidos para casarse con Olive. Tras la partida de Pete, Jim y yo regresamos a Shandia con Ed y Marilou McCully. Habiendo establecido Puyupungu como estación remota, organizamos futuras visitas y sesiones de enseñanza. Shandia, con una escuela, una clínica médica y una pequeña tienda, se consideró nuestra base de operaciones permanente.

Todos estuvimos de acuerdo en que Jim y yo podíamos asumir las responsabilidades de la estación Shandia, así que Ed y Marilou comenzaron a considerar mudarse a una zona propia, otro lugar donde el Evangelio no se había difundido. Los McCully conocían Arajuno, la base abandonada de la Shell Oil Company en los límites del territorio auca. En vuelos de reconocimiento sobre la zona, Ed había estimado que la población indígena quichua rondaba los 10 ...

Cien. ¿Por qué no aprovechar la excelente pista de aterrizaje que la compañía había construido y mudarse allí por un tiempo para predicar a estos indígenas? La pista solo necesitaría un día de trabajo como máximo para limpiarla de hierba, y la base de grava quedaría como nueva. Arajuno, uno de los varios proyectos de la Compañía Shell destinados a encontrar petróleo en la zona, había sido fabulosamente caro. Se había excavado una pequeña ciudad en el bosque; se habían construido carreteras; se había incluido en el proyecto un hotel, canchas de tenis, una panadería e incluso un ferrocarril de vía estrecha. Ahora, abandonados desde 1949, los edificios habían sido reclamados por la podredumbre y la ruina de la selva. Sin embargo, se podrían rescatar algunos materiales útiles. La idea de abrir una estación en Arajuno parecía buena.

Ed comenzó a visitar Arajuno cada fin de semana, volando con Nate los viernes. Visitaba las casas de los indígenas y les ofrecía reuniones los sábados y domingos. La bienvenida que recibió lo animó a construir una casa sencilla, usando los cimientos de uno de los edificios abandonados de Shell Oil y tablas rescatadas de los alrededores. Finalmente, cuando Ed decidió quedarse a tiempo completo en Arajuno, trasladó a Marilou y a los dos niños a su "nuevo" alojamiento. Marilou pronto tuvo una casa atractiva: cortinas de colores vivos en las ventanas con mosquiteros, un "sofá" hecho con una pila de ladrillos rescatados cubierto con un colchón y una lámina de plástico, cuadros en las paredes de bambú y coloridas alfombras ecuatorianas sobre el suelo de losa de cemento. Nate Saint pasó varias noches instalando un sistema de alarma antirrobo y una cerca eléctrica, ya que los McCully y sus compañeros de trabajo en otras estaciones eran plenamente conscientes de los peligros de vivir cerca de los aucas. El río Arajuno forma el límite occidental del territorio auca y la nueva estación misionera estaba en la orilla auca del río. Fue el mismo lugar donde los empleados de Shell Oil habían sido asesinados años antes. Estas incursiones esporádicas, con los aucas saliendo de la selva para matar rápidamente y desaparecer de nuevo, habían hecho que los aucas fueran temibles y fascinantes para sus vecinos quichuas.

Los quichuas nunca permitieron que los McCully olvidaran la posibilidad de una visita de los aucas. Se negaron a quedarse después de las cuatro de la tarde en esa orilla del río Arajuno. «Esta es la parte auca», decían.

De vez en cuando corrían rumores de que cerca de la casa se habían encontrado huellas de Aucas, o que la hierba estaba aplastada, lo que indicaba que los Aucas habían estado tumbados allí, espiando a los extranjeros.

La cerca eléctrica estaba instalada a unos treinta metros de la casa, fuera del alcance preciso de una lanza, y Ed y Marilou siempre tenían una pistola o revólver a mano. "Aunque no creemos que estén cerca", dijo Ed, "da buena sensación saber que la cerca vibra. ¡Con las luces de la casa encendidas por la noche, seríamos un buen blanco!"

Así fue como el Señor colocó a Ed y Marilou en el lugar estratégico que se convertiría en la base de la Operación Auca.



Mientras tanto, Pete había regresado de Estados Unidos a Quito con su esposa, Olive. Pasaron un año en las montañas mientras ella aprendía español y él traducía las Escrituras al quichua, hablaba en reuniones indígenas y repasaba sus conocimientos de español. En el otoño de 1955, Pete y Olive llegaron al Oriente para comenzar juntos la obra indígena en Puyupungu, donde se instalaron en la pequeña casa de paja que Jim y yo habíamos construido. Pete reanudó sus enseñanzas a los indígenas, lenta y cuidadosamente, repasando lo aprendido y guiándolos hacia nuevas verdades.

La iniciación de Olive en la vida selvática incluyó un espectáculo espectacular junto al volcán activo Sangay, visible desde la sala de estar de Puyupungu. "De noche", escribió Pete, "parece una enorme hoguera de la que salen bengalas formando un arco largo y elegante que aterriza a unos doscientos metros de ladera. Con los binoculares podíamos ver cómo estallaban bolas de fuego individuales y se dispersaban por todas partes. Era un verdadero espectáculo. Nubes de vapor provenientes de la lava sobre la nieve ocultaban momentáneamente el espectáculo pirotécnico, solo para que se despejara y comenzara de nuevo".

A veces, sus corazones se entristecían por el comportamiento ebrio de muchos indígenas en una fiesta. Los resultados de tales fiestas son imaginables.

—maridos golpeando a sus esposas; lastimosos niños desnudos abandonados a su suerte, buscando su propio lugar para dormir por la noche, mientras sus padres se tambaleaban hasta quedar completamente borrachos. En una ocasión, una madre borracha se revolcó sobre su bebé de dos semanas, asfixiándolo. Un indígena a veces intenta encontrar el camino a casa a través de la oscuridad del bosque, y suele acabar dormido en el sendero fangoso, despertando horas después y encontrando enormes escarabajos carroñeros escarbando bajo sus piernas intentando enterrarlo.

Pero también había señales de que el mensaje del Evangelio estaba llegando a estos hijos de la selva. Registros del diario de Pete: “Hoy los ángeles se regocijan por Puyupungu, y nosotros también. ¡Qué fiel es Dios! Esta mañana, varios indígenas se decidieron por Cristo. Sentí la inspiración de hablar sobre el bautismo, ya que había notado varios malentendidos al escuchar a los indígenas hablar. Así que, después de hablar de la historia de Felipe y el eunuco, intenté explicar de forma sencilla y clara la diferencia entre la fe y el bautismo. Tras una pelea inicial con bebés que lloraban, la atención fue excelente y sentí el Espíritu obrando en los corazones, así que pedí que levantaran la mano después de explicar cuidadosamente lo que implicaría decidirse por Cristo. Varios levantaron la mano: Tito, Benito, Pascual y otros. Algunos más comenzaron a levantar la mano cuando Alejo salió de la parte de atrás diciéndoles que significaría dejar la bebida y la inmoralidad. Algunos bajaron la mano al oír eso. Terminé con una oración, invitando a los que estaban realmente arrepentidos a pasar a la trastienda de la escuela donde podría tratarlos con más cuidado. Vinieron doce. Los animamos y exhortamos, y Organizó una reunión de creyentes el viernes por la tarde. Hay varios más muy cerca. ¡Qué alegría! Para eso vinimos.

A mis veintiséis años, ¡qué bueno ha sido Dios y qué plenitud y bendición tiene sus caminos! Cuántas gracias le doy a Dios constantemente por haberme traído hasta aquí, casi superando lo imposible y empujándome. Me sentí impulsado y cuán agradecido estoy por el impulso de Dios.



En septiembre de 1955, el impulso divino impulsó a cinco familias misioneras pioneras a concretar sus planes de meses y años en acción común. En realidad, estaban siendo impulsados a llevar la Palabra de Dios a los aucas. Los McCully, en la estación de Arajuno, pusieron la vanguardia. Jim y yo estábamos en Shandia. Los Fleming estaban en Puyupungu. Roger Youderian y su familia habían regresado de su puesto remoto en Wambimi y estaban de nuevo ayudando a los Drowns en Macuma. Nate Saint, con su avioneta amarilla, y Marj, en la radio, permanecieron en Shell Mera, su base permanente en el centro de estas estaciones remotas en la selva.

CAPÍTULO X

Operaciónn Auca comienza



En la tarde del segundo día de octubre de 1955, Nate Saint introdujo un pañuelo de papel amarillo en su vieja máquina de escribir y comenzó:

“Este será un intento de señalar los acontecimientos que han llevado a la reciente

Decisión de iniciar esfuerzos para contactar a la tribu auca. Estas notas, por supuesto, solo registrarán puntos de vista personales sobre la situación y no abordarán esfuerzos previos de otros misioneros.

Anoche, Ed McCully, Jim Elliot, Johnny Keenan y yo estábamos en el suelo de la sala, agazapados, estudiando detenidamente un mapa de las selvas orientales de Ecuador. Acabábamos de decidir que era el momento del Señor para intentar contactar con la salvaje tribu auca, ubicada al este de la estación misionera quichua de Ed en Arajuno.

Más tarde, en la cocina, tomando una taza de chocolate caliente a medianoche, decidimos que nuestros esfuerzos debían llevarse a cabo de la forma más secreta posible para evitar que otros grupos no misioneros se unieran a la competencia. Sin duda, sus esfuerzos requerirían una invasión fuertemente armada por tierra. Tememos que esto podría retrasar durante décadas el esfuerzo misionero entre estos pueblos de la Edad de Piedra.

Esta tarde, al meditar sobre la situación, me pareció una lástima que el secretismo requerido pudiera negar a nuestros colegas que nos apoyan en la oración desde casa la bendición de un informe actualizado, de primera mano, sobre nuestros esfuerzos y la bondad del Señor sobre ellos. Por lo tanto, me he encargado de establecer el statu quo y espero ampliarlo a medida que avancemos en los próximos días.

Se han realizado varios esfuerzos esporádicos para cambiar la situación de estos asesinos de los bosques. Los ataques armados y contraataques de los blancos solo debilitaron la tribu y avivaron el furor del odio ya presente. El miedo a las armas de fuego no disminuyó el deseo de venganza de los aucas, aunque esta tuvo que ejecutarse mediante emboscadas con lanzas de madera noble.

La historia de la exploración que Rolf Blomberg, un explorador sueco, intentó realizar bajo la guía de un misionero en 1947, ha sido descrita con todo detalle. El grupo se acercaba al paradero de los auca en balsas de balsa cuando fueron emboscados en un punto donde la corriente empujó las balsas cerca de la orilla del río. Un porteador indígena del grupo abrió fuego inmediatamente y luego se zambulló en el río, siguiendo al misionero que nadaba bajo el agua. Esta experiencia nos hace cautelosos al unir nuestros esfuerzos con quienes no sienten ningún cariño ni consideración especial por estas personas.

Cuando Ed McCully trasladó a su familia a Arajuno, le pidió a Nate un reconocimiento aéreo del territorio auca, y juntos recorrieron el valle del río Nushino, donde se sabía que los aucas habían estado unos siete años antes. No encontraron nada más que lo que Pete y Jim habían visto dos años antes: solo el vasto océano de copas de árboles verde oscuro que se extiende hasta un horizonte borroso. El efecto de un océano se ve acentuado por las colinas agitadas y ondulantes que rompen el terreno. Los ríos color café con crema que serpentean entre los árboles sirven como recordatorio de que es paisaje, no paisaje marino. Sin embargo, solo el ojo entrenado podría detectar la presencia humana en este desierto, tal vez una columna de humo irregular que se eleva sobre el verde, o la mancha infinitesimal que indica una chacra indígena.

El diario de Nate continúa: «La búsqueda propiamente dicha no comenzó hasta la mañana del 19 de septiembre, cuando descendía hacia Arajuno para mi recorrido semanal de verduras. Eran alrededor de las 8:30 a. m., según recuerdo, y la atmósfera estaba inusualmente despejada. La visibilidad era de unos ciento veinte kilómetros y todos los pequeños valles fluviales, que suelen estar camuflados por las combinaciones más comunes de follaje con neblina y luz, se distinguían claramente a lo lejos.»

Cuando bajé del avión y saludé a Ed, le pregunté cómo le gustaría ir a buscar a sus vecinos. Estaba totalmente de acuerdo, así que nos pusimos manos a la obra: saqueamos la despensa de Marilou en busca de conservas y rebuscamos otros equipos especiales de emergencia, y despegamos media hora después.

Seguimos el Nushino hacia el este, pero esta vez sobrevolando la vertiente norte. Pudimos explorar un sweth de seis u ocho millas. A unas cincuenta millas al este de la casa de Ed, en medio de la nada, giramos hacia el norte, rumbo a Coca, en el río Napo. Unos cinco minutos después, divisamos algunos lugares que parecían haber sido plantaciones de mandioca años atrás. Es difícil estar seguro desde el punto de vista de un pájaro, incluso después de haber estudiado el bosque durante un tiempo. Dimos vueltas y luego continuamos hacia el norte hasta que el Napo se acercó, sin ver nada más. El giro a la izquierda hacia casa era inevitable. No teníamos suficiente gasolina para seguir adelante y ya habíamos cubierto lo que habíamos planeado para este viaje en particular. Sin embargo, era difícil rendirse. Se tarda tanto en llegar tan lejos, y es tan difícil encontrar un clima tan ideal. Había estado observando una mancha, apenas perceptible en la selva, a unas cinco millas de distancia. Ed no pudo distinguirla, pero decidimos... volar de esa manera por solo un par de minutos, y si no encontrábamos nada más concreto, nos iríamos a casa.

La mancha se convirtió en una marca bien definida, y luego en un amplio claro cubierto de mandioca bien limpia. Eso era todo. Habíamos estado navegando muy despacio y el consumo de combustible estaba bajando, pero aún podíamos quedarnos quince minutos sin cortar la reserva. Así que nos quedamos. En total, debimos ver unos quince claros y algunas casas. Fue una época emocionante... una época que habíamos esperado.

Nunca decepcionamos a la hora de observar de cerca. En primer lugar, teníamos que controlar el consumo de combustible; en segundo lugar, no queríamos que nadie se asustara en nuestra primera visita. Volveríamos con más ideas sobre la mejor manera de abordar a estas personas.

De regreso, Ed comentó que creía que debía haber otros claros más cerca de su casa. Pensaba que sería una larga caminata para que los aucas llegaran a su casa o a sus alrededores. Yo no lo creía.

A mí me pareció lógico que todos estuvieran allí, en el

Desde que hubo una redada en su antigua ubicación en Nushino, decidimos seguir reflexionando sobre el asunto y comparar nuestras impresiones más tarde. También decidimos mantener el «hallazgo» en familia hasta que estuviéramos seguros de que podíamos revelarlo.

La noticia emocionó a Marj, Ruth y Johnny Keenan. Al reflexionar, nos pareció providencial haber investigado ese pequeño lugar que se convirtió en el primer claro auca que vimos.

Un par de semanas después (el 29 de septiembre), debía llevar a Jim Elliot y a Pete Fleming a Villano, donde pasarían varios días predicando a un grupo de quichuas que nunca habían escuchado el Evangelio. Nuestra ruta sería vía Arajuno, así que decidimos que, dado que sobrevolaríamos territorio auca y que se necesitarían dos viajes para trasladar a los hombres, su equipo y dos guías indígenas (lo que significaría que cruzaría la zona cuatro veces), estaríamos atentos y volaríamos rutas ligeramente diferentes cada vez.

En el primer viaje con Jim y el equipo, no vimos señales de vida. El viaje de regreso tampoco arrojó resultados. Entonces Pete, los dos guías y yo partimos. Tras decidir ir lo suficientemente al este para ver una zona que no habíamos visto en las dos travesías anteriores, zigzagueamos lentamente, priorizando los valles selváticos de aspecto más acogedor.

A unos quince minutos de Arajuno, vimos unos claros. Pete y yo solo hablábamos inglés, pero no podíamos ocultar nuestra emoción. Nuestros guías indígenas también los vieron. Eran muy listos y enseguida dijeron "aucas". Era su primera vez en avioneta, pero sabían exactamente dónde estaban y sabían nombrar los ríos. Volamos río abajo y vimos media docena de casas grandes rodeadas de otras más pequeñas. Eso fue todo. Allí estaban, tan claros como la nariz, y a solo quince minutos en avión de la casa de Ed en Arajuno.

Al acercarnos a Villano, hablamos sobre el problema de mantener a los guías en silencio. Decidimos que tendríamos que convencerlos del peligro que corrían personalmente si se divulgaba la ubicación de los aucas y si, como resultado, se producían ataques contra ellos por parte de los quichuas u otros, seguidos de incursiones de represalia por parte de los aucas.

Aterricé en el extremo habitado de la pista de Villano, acercándome rápidamente para que pareciera que tenía que usar la mayor parte de la pista. Eso nos alejó de la multitud que esperaba y le dio tiempo a Pete para amonestar a los guías según lo acordado. Acordaron guardar el secreto... (probablemente tan secreto como un elefante de juguete de tamaño real bajo un árbol de Navidad).

Todos los que participaban en nuestro plan volvieron a emocionarse con la noticia. Para algunos, lo más significativo no fue la información obtenida, sino el hecho de que, tras una búsqueda infructuosa, habíamos localizado al primer grupo de aucas y, en un par de semanas, habíamos dado con el otro. Parecía significar que había llegado el momento de que el Señor actuara al respecto. De nuevo, acordamos orar sobre el asunto y comparar nuestras experiencias, después de que todo el episodio se hubiera asimilado.

Varios días después, cuando Johnny Keenan trasladaba a Jim, Pete y sus guías de Villano a Arajuno, se topó con mal tiempo y finalmente tuvo que regresar a Shell Mera para desembarcar y pasar la noche. Esa fue la noche en que el mapa estaba en el suelo de la sala, rodeado de cuatro hombres que ahora trabajaban con la convicción de que el Señor nos guiaba a hacer algo con los aucas.

Esa noche y hasta altas horas de la madrugada, repasamos el problema una docena de veces. Es fascinante imaginar cómo responderían esas personas a diferentes enfoques.

Uno de los problemas que los misioneros enfrentaron esa noche fue el idioma. La necesidad de convencer a los aucas de que allí había hombres blancos amigables se solucionaba mejor comunicándose con ellos en su propio idioma. Esto era esencial. Mientras los hombres discutían sobre este problema, Jim Elliot dio con la solución. Recordó haber visto a Dayuma en la hacienda del señor Carlos Sevilla, que se encontraba a solo cuatro horas a pie de Shandia. Se ofreció a ir a hablar con ella para aprender frases útiles en caso de que se estableciera contacto.

Unos días después, Jim viajó. Encontró a Dayuma dispuesta a ayudar, aunque tuvo mucho cuidado de no revelarle el motivo de su deseo de aprender algunas frases sencillas en auca. Entre los quichuas, el chisme se extiende como...

tan rápido como en cualquier otro lugar. Por suerte, Dayuma, acostumbrado a las peculiaridades de la gente desconocida, asumió que solo estaba interesado casualmente en aprender el idioma.

Jim escribió cuidadosamente en su cuaderno: «Biti miti punimupa», que significa «Me gustas; quiero ser tu amigo». A esto le siguió «Biti winki pungi amupa», «Quiero acercarme a ti», o, más coloquialmente, «Quedémonos juntos».

“¿Cómo se dice ‘¿Cuál es tu nombre?’?”, preguntó Jim en quichua.

“Awum irimi”, respondió Dayuma en auca.

Y así Jim construyó una lista de vocabulario práctica.

Así, uno de los obstáculos que se interponían en el camino de los misioneros quedó parcialmente superado. La entrega de regalos parecía el siguiente paso obvio.

Tal vez un programa de entrega de regalos cuidadosamente planificado y regular, realizado a lo largo del tiempo, mostraría a los indios que las intenciones de estos hombres blancos eran amistosas, y la repetición los convencería gradualmente.

CAPÍTULO XI

Una línea del plano al suelo



Los hombres decidieron comenzar a entregar los regalos a los salvajes aucas lo antes posible, empleando la técnica de la línea en espiral que Nate Saint había desarrollado en el territorio de los atshuara. Allí, la precisión en la entrega había sido de suma importancia. En la nueva aventura, la técnica tendría el valor adicional de dejar claro a los aucas que los visitantes en el avión tenían el poder de entregar o retener el regalo hasta el momento de la entrega. De los aucas cautivos se supo que los indígenas creían que los regalos del avión Shell se habían caído del estómago al ser herido o asustado por las lanzas que le habían lanzado.

Nate escribió su registro continuo del inicio de la Operación Auca:

“Esa noche, en el suelo de la sala de estar, decidimos que haríamos. Nuestras visitas aéreas eran regulares, dejando algo diferente cada semana para despertar su curiosidad. Calculamos que, dadas las circunstancias, tarde o temprano el espíritu hostil se disiparía.

Al día siguiente, Johnny llevó a Jim y Ed de regreso a Arajuno. En Shell Mera, comencé a hacer pruebas con la cuerda para ver qué mecanismo sencillo y fiable podíamos usar para liberar nuestros regalos al tocar tierra.

Johnny y yo volamos juntos en la mayoría de las pruebas, y Marj y Ruth se engancharon a las pesas de prueba y observaron cómo se soltaban en la pista. Marcamos un objetivo en la pista e intentamos acertar.

Finalmente estábamos listos para el ensayo general. La prueba salió bien, excepto que al sobrevolar la pista para soltar la cuerda, esta chocó con el puntal y tuvimos que atar un cuchillo a un palo para intentar soltarla.

No había ningún peligro excepto que se pudiera haber soltado por sí solo mientras

No estábamos sobre el campo. Y eso fue precisamente lo que pasó. Vi la línea enredarse en unos árboles altos justo al final de la pista. Sin embargo, para cuando aterrizamos y entramos a buscarla, estaba demasiado oscuro, así que tuvo que quedarse allí hasta la mañana.

Esa noche estaba tan nervioso que no pude dormir mucho. Por otro lado, me di cuenta de que todo estaba en manos del Señor. No tenía forma de saber cuánto tardaría la mañana siguiente en sacar la línea de los árboles, pero le dije a Marj que si podía estar listo para partir a las 9 a. m., lo haríamos; si no, lo cancelaríamos hasta el día siguiente.

A la mañana siguiente, preparé un sedal con un peso que podía lanzar por encima del sedal perdido en lo alto de los árboles. Con eso y mucho esfuerzo entre la maleza, finalmente recogí todo el sedal y a las 9 de la mañana estábamos listos para despegar.

6 de octubre de 1955. El primer regalo fue una pequeña tetera de aluminio con tapa.

Dentro pusimos unos veinte botones de colores brillantes, ¡obviamente no para su ropa inexistente! Pero los botones sí que sirven de adorno.

También incluimos una bolsita con unos cuantos kilos de sal de roca. Sabemos que no tienen sal propia. Si tan solo descubrieran para qué servía, estábamos seguros de que ganaríamos amigos. A estas cosas les atamos unas quince cintas de colores brillantes de aproximadamente un metro de largo. Todo estaba listo.

En Arajuno todo era preparación y feliz expectación. Estaba muy preocupado por si, por alguna culpa mía, fallábamos en este primer intento.

Cargamos nuestro equipo de emergencia, montamos nuestro equipo especial, hicimos un simulacro de lanzamiento y despegamos hacia el este. Casi no podíamos creer que íbamos a tener el privilegio de realizar el primer intento. Quince minutos de vuelo nos llevaron a los primeros claros. Fue la primera vez que Ed vio a sus vecinos, y estaba muy emocionado.

Decidimos intentar encontrar el límite río abajo de su dominio para, en caso de un aterrizaje forzoso, poder alejarnos río abajo de su territorio. Tras unos quince minutos más de observación, nos aseguramos de que estábamos sobre la casa que nos interesaba.

Estábamos a unos 900 metros del suelo y no podíamos ver a nadie abajo; sin embargo, todo indicaba que la casa estaba ocupada. La casa grande tenía techo de paja, con extremos redondeados, al estilo jíbaro, y a su alrededor había varias casas más pequeñas, de forma cuadrada, con techos de paja y extremos rectos.

Senderos bien marcados conectaban las casas más pequeñas con la casa central. La casa principal estaba a unos cuarenta metros de la orilla del arroyo y tenía una bonita playa [banco de arena] frente a ella, de unos setenta y cinco metros de largo y veinticinco de ancho en su punto más ancho. Un sendero indicaba que usaban la playa con frecuencia. Sería nuestro objetivo.

Reducimos la velocidad del avión a ochenta kilómetros por hora y sujetamos los regalos por la borda (la puerta se había quitado en Arajuno) y conectamos el mecanismo de liberación automática. Bajamos lentamente el paquete de regalos hasta que estuvo bien separado del avión. Luego, dejamos que la velocidad aerodinámica subiera a noventa y cinco kilómetros por hora y comenzamos la angustiosa tarea de desenrollar el sedal. Digo...

Es desgarrador, porque si hay un nudo mal hecho en cualquier parte del manojo de cuerda, todo el esfuerzo se pierde. Pero todo salió bien y empezamos a dar vueltas a unos cien kilómetros por hora.

Como nuestro altímetro solo marca la altitud sobre el nivel del mar, no teníamos forma de saber a qué altura estábamos del suelo. No había señales de vida abajo. Seguimos dando vueltas hasta que el regalo se desplazó en un pequeño y tranquilo círculo bajo nosotros, con sus cintas ondeando suavemente. Si nadie nos observaba, era más importante colocar el regalo en un lugar visible. El regalo seguía pareciendo bastante alto, así que empezamos a descender en espiral, notando una considerable deriva de viento del norte, que requería corregir cada vez para mantenernos sobre el objetivo.

Finalmente, el regalo parecía estar bastante cerca de los árboles de abajo. Era hora de intentarlo. El viento lo dificultaba y las colinas a ambos lados del arroyo estaban cubiertas de árboles altos. En un par de ocasiones, pareció que logramos subir nuestra presa justo a tiempo para evitar que cayera sobre los árboles que bordeaban el banco de arena. En una ocasión, creo que las cintas se arrastraron por un árbol y se quedaron atrapadas

momentáneamente. En cualquier caso, eso nos dio nuestra altitud de trabajo. Hicimos unos seis intentos para alcanzar esta altitud, arrastrando gradualmente el premio contra el viento hasta que pasó por encima del banco. Luego, hicimos la curva más pronunciada.

Y aguantamos la respiración mientras descendía hacia la tierra. No sería ideal que tocara el agua, y se dirigía cerca... cerca... más cerca... ¡plaf! Cayó a unos dos o tres pies del agua, justo en línea con el camino a la casa. No podían fallar, ya que probablemente conseguían el agua para cocinar justo en ese lugar.

Ahora, otro problema. Creí ver que nuestro regalo se movía un poco al iniciar un ascenso lento, aún en círculos. Eso planteó la duda de si se había soltado o si arrastraba la cuerda. Pero finalmente estuvimos seguros de que la cuerda estaba libre... y allí estaba nuestro mensajero de buena voluntad, amor y fe, 600 metros más abajo, en el banco de arena. En cierto sentido, habíamos entregado el primer mensaje del Evangelio por señas a un pueblo que se encontraba a un cuarto de milla verticalmente, a ochenta kilómetros horizontalmente, y a continentes y vastos mares psicológicamente de distancia.

¿Cuánto sabe esta gente? ¿Qué opinan de lo poco que han visto del mundo exterior? Sabemos que solían ver los aviones de la Shell Oil Company aterrizar y despegar en Arajuno, pues los trabajadores de Shell vieron los lugares donde se escondían en la maleza para observar a estos monstruosos mensajeros de otro mundo.

El viaje de regreso a Arajuno fue corto y feliz. De vuelta a casa, todos los que conocían el secreto querían saber si habíamos visto a algún auca. Se mostraron un poco escépticos de que alguien encontrara nuestro regalo cuando confesamos que no habíamos visto a nadie. Sin embargo, habíamos empezado.

“Viernes, 14 de octubre de 1955. No he traído la narración al momento, pero en lugar de dejar que las cosas más candentes se enfríen mientras me pongo al día, voy a seguir adelante con lo que acaba de suceder hoy.

Esta mañana hacía buen tiempo, así que despegamos alrededor de las 8 a. m. Al salir, pudimos ver algo de niebla matutina que aún persistía en los valles fluviales al este, así que no teníamos mucha prisa. Aterrizamos en Arajuno y comenzamos a prepararnos para el «lanzamiento», que sería un nuevo machete. Entendemos que esta gente ha matado por machetes. Es decir, han matado a personas que trabajan en el campo para robarles sus machetes o hachas. Es fácil imaginar la importancia de tales artículos entre un pueblo de la edad de piedra. Envolvimos la hoja en lona para que nadie se cortara y luego la atamos.

En varias serpentinas de cintas de colores. Tras activar el dispositivo automático de liberación por contacto, subimos al avión para un ensayo general. Tras repasar todos nuestros planes y precauciones, parecía que estábamos listos, así que rezamos por el éxito del viaje y despegamos.

Siempre me cuesta un poco desenrollar la cuerda en el aire. Pero reduje la velocidad del avión y bajamos con cuidado a nuestro segundo "mensajero de buena voluntad" por la borda. Cuando la cuerda estuvo completamente desenrollada, casi llegamos a nuestro destino. Usamos un poco menos de cuerda esta vez que la anterior.

Nuestro plan era revisar el banco de arena donde dejamos el regalo la semana pasada. Había algunas nubes bajas, pero encontramos la casa y el banco de arena. El regalo había desaparecido. Los binoculares despejaron cualquier duda. O lo habían "aceptado" o se lo había llevado una inundación. No vimos a nadie, pero era evidente que el sitio estaba ocupado. El plan era volar río arriba hasta la siguiente casa esta vez y dejar el regalo allí. Pensamos que si nos concentrábamos en una casa, los demás podrían sentir envidia o sospechar que su ocupante estaba conspirando con nosotros o era de alguna manera un traidor a su causa. Cuando llegamos a la casa objetivo, la encontramos justo debajo de una nube, así que dedujimos que Dios quería que fuéramos a la siguiente.

Al acercarnos a la casa que habíamos elegido, vimos tres o cuatro canoas estacionadas en la orilla del arroyo frente a la casa. Fue interesante porque, según un informe, no tenían canoas... pero allí estaban. Eso también significaba que alguien debía estar cerca.

Al empezar a dar vueltas a unos 767 metros sobre la casa, se hizo evidente que íbamos a estar dentro de la nube aproximadamente el diez por ciento del tiempo, pero todas las demás condiciones parecían tan favorables que decidimos seguir adelante. El machete de altura funcionaba bien. Ed estaba pegado a los binoculares. De repente, soltó un grito y prácticamente salió a rastras por la puerta abierta para ver mejor. ¡Estábamos viendo a nuestro primer auca! Corría por ahí, pero no se escondía. Enseguida había tres de ellos frente a su gran casa cubierta de hojas. Ahora estábamos seguros de que habían recibido nuestro regalo de la semana pasada y de que la idea había calado hondo. Si para ellos era la mitad del deporte que para nosotros, su entusiasmo era comprensible.

Después de unas cuatro vueltas, compensamos el viento, etc., y empezamos a soltar el regalo. Ya no me preocupaba que lo cogieran porque estábamos seguros de que ya estaban viendo el premio que colgaba. Lo soltamos. Al principio parecía que iba a chocar contra la casa, pero se fue a la deriva hacia el arroyo. ¡Chapoteo! Entonces, más rápido de lo que te imaginas,

Otro chapoteo; un auca se había lanzado tras el tesoro. Minutos después, debía haber entre media docena y ocho hombres en la orilla examinando el premio. Nos sentimos agradecidos. No esperábamos ver esto en meses. Claro, nos preguntamos qué estarían pensando.

Varias cosas parecían evidentes: Recibieron nuestro primer regalo. No les asusta este tipo de enfoque. Están tan entusiasmados, de una forma u otra, con esto como nosotros.

De vuelta en Arajuno, Ed se enteró de otra noticia interesante. Los indígenas de su localidad reportaron las huellas de unos aucas que, al parecer, se habían escondido entre la maleza cerca de su casa para observar lo que ocurría allí. Aunque no había forma de verificar esta conjetura, era creíble. Una mujer quichua, Joaquina, que había sido capturada por los aucas y luego escapó, le había contado una vez al Dr. Tidmarsh que los aucas tenían la costumbre de sentarse en cierta colina con vistas al campamento de Arajuno para observar lo que ocurría. Parecía que contaban con un complejo sistema de espionaje, que quizás en ese mismo momento operaba cerca de la casa de los McCully.

Los hombres planearon hacer un modelo de madera del avión, con cintas colgando de él, para colgarlo afuera de la casa de Ed con el fin de identificarlo con la operación.



Ocho días después de escribir el informe anterior, Nate Saint escribió un título en una hoja nueva de papel de seda:

Informe sobre la tercera visita a los vecinos. Continuó:

“Nos referimos a los Aucas como ‘vecinos’ y a su zona como ‘el barrio’ para evitar el uso del nombre en la radio o ante quienes no se supone que estén interesados.

No pudimos salir de visita el jueves como lo habíamos planeado porque el Ejército nos llamó para un vuelo por el río Curaray, en el interior, en busca del cuerpo de un soldado que se había ahogado. No vimos ninguna señal del hombre desaparecido, pero sí vimos gran parte del Ecuador que se encuentra inhabitable. Entendemos que más allá de la zona que revisamos, hacia el Napo, reaparecen algunos vestigios de civilización. Sin embargo, volamos durante cuarenta y cinco minutos, siguiendo cada curva del río sin ver ni una sola señal de vida humana... vimos algo de vida silvestre: varios tapires, algunas tortugas gigantes y una gran cantidad de aves del paraíso... hermosas aves planeando sobre el bosque.

“Al día siguiente, Ed y yo nos alejamos de Arajuno alrededor de las once en punto mientras Marilou mantenía a todos los indios en la escuela para que no hicieran demasiadas preguntas difíciles.

Primero, sobrevolamos el Curaray en busca de posibles campamentos o pistas de aterrizaje temporales. (Esto estaba a sesenta o ochenta kilómetros por encima del inicio de la zona donde ayer se buscó al soldado desaparecido). Vimos algunas posibilidades interesantes, pero nada ideal para una pista de aterrizaje.

Sin embargo, en el horizonte, a lo largo de las crestas, vimos algo parecido a humo. Parecía estar cerca del lugar donde viven los aucas, así que decidimos echar un vistazo. Quizás los chicos estaban fumando para que los encontráramos con nuestra bolsa de regalos. El humo resultó ser el remanente de una nube baja, pero nos encontramos sobre el barrio auca a una altitud más baja que nunca, y aprovechamos para rodear cada una de las cuatro casas principales y tomar algunas fotos. Vimos indígenas por todas partes, algunos corriendo por el lecho del arroyo desde el campo de yuca hacia casa, otros viniendo de otras direcciones. No parecían asustados en absoluto. Gritamos frases aucas hasta quedarnos roncos.

“Después de rodear la casa donde habíamos recibido una recepción tan abierta la semana pasada, y volar hacia la siguiente casa, los indios aparentemente pensaron que el espectáculo estaba programado allí para esta semana, y todos tomaron

Bajamos por el cauce del arroyo para intentar participar. En fin, cuando decidimos repetir en la misma casa para recompensar su confianza, volvimos y encontramos el lugar desierto, salvo por lo que parecían ser dos mujeres. Pero pronto los hombres volvieron a subir por el cauce del arroyo. Debíó de haber habido mucha agitación allí abajo.

Esta semana, nuestro regalo iba a ser otra olla de aluminio con un montón de baratijas y cuentas, bien encintadas. También atamos una pequeña cesta india de veinticinco centímetros (vacía) con la esperanza de que le metieran algo y la enviaran de vuelta. Pero, por alguna razón, después de que la sacamos del avión, el mecanismo de liberación automática falló y la olla cayó en la selva, a unos 280 metros de un pequeño campo de mandioca. Parece probable que la encuentren, pero no demasiado probable, ya que todos estaban en el claro esperando a que comenzara el espectáculo. Ya estábamos un poco cansados de tanto fotografiarlos y gritarles, pero sentimos que no debíamos irnos sin darles algo, así que atamos un machete nuevo de nuestro kit de emergencia, lo dejamos en la pequeña cesta y bajamos todo sin ningún mecanismo de liberación.

Uno de los elementos más agotadores de este viaje fue el viento agitado. Estábamos constantemente dando tumbos y la corriente del noreste era muy brusca, por lo que nuestro machete se desplazó con fuerza. Varias veces, cuando bajaba la lluvia cerca de ellos, se apresuraron a toda velocidad en esa dirección. Es un deporte realmente genial. No sabemos si tienen algún sistema para determinar quién se lleva el premio. Pero mientras haya suficiente suministro, todos deberían seguir animándose.

Finalmente, tras un par de intentos fallidos, pusimos el paquete a tres metros de la puerta de su casa. Lo atraparon enseguida y lo llevaron a la orilla del río. Allí, el viento lo complicó todo, ya que cada vez que daba la vuelta tenía que salirme completamente de la curva para compensar la deriva y así mantenerme sobre la casa. Y cada vez que salía de la curva, la cuerda se volvía muy difícil de tirar. Debieron de tenerla sujeta durante varios minutos.

No pudimos distinguir si estaban metiendo algo en la cesta. Quizás pusieron algo demasiado pesado para levantarlo, o quizás ataron la cuerda a algo. En cualquier caso, finalmente vimos a un compañero correr.

Se metió en diagonal al río y se detuvo bruscamente e hizo algo, sugiriendo que estaba desenganchando la cuerda. Sentí que la cuerda se aflojaba y quedamos libres. Nos gritábamos sobre la emoción de sostener una cuerda, cuyo otro extremo sostenía un auca.

Nuestra siguiente decisión fue pasar volando a baja altura para que pudieran vernos. Eso implicó reunir a toda la fila, una tarea difícil, pero después de diez minutos de trabajo duro, lo logramos. Luego, descendimos en círculo. A medida que descendíamos, la multitud, que antes era de ocho o diez, se redujo hasta que solo quedaron dos o tres a la vista. Teníamos otro pequeño paquete de cinta para lanzar al pasar. Lanzamos la cinta desde unos 60 metros y un hombre de piel morena la agarró como una araña a una mosca. Gritamos. Por los gestos del hombre y por mi experiencia previa en operaciones similares con otros indígenas, estoy seguro de que nos gritó, agitando los brazos. Era el único a la vista y, cuando rodeamos la casa por el otro lado, entró corriendo por un lado y salió por el otro.

Sentí una profunda decepción al pensar en lo asustados que debieron estar cuando volamos a baja altura. Sin embargo, a medida que volábamos en círculos cada vez más altos, parecieron recuperar la confianza y reaparecieron poco a poco.

Por fin todos parecían estar presentes. ¡Cuánto esperamos que hayan recuperado el espíritu festivo y se hayan reído del susto!

“Al alejarnos, volamos directamente hacia el Curaray, pues cada vez sentimos más que ese será el sitio del primer contacto si al Señor le place seguir bendiciendo nuestros esfuerzos”.

CAPÍTULO XII

Los salvajes responden



Al parecer, los aucas comprendieron el intento del hombre blanco de presentarse. Parecían reconocer la regularidad de los vuelos y, en semanas sucesivas, aparecieron en gran número, más deseosos que nunca de recibir los regalos. ¿Acaso pensaban corresponder? ¿Cuáles fueron sus verdaderas reacciones?

Para el cuarto vuelo, Nate equipó el avión con un altavoz a pilas. Al acercarse a los claros, Jim gritó las palabras aucas: "¡Me caes bien! ¡Soy tu amigo! ¡Me caes bien!". Luego lanzaron otro machete, envuelto y decorado como siempre. El diario de Jim describe la reacción:

Un grupo corrió de vuelta a los árboles detrás de la casa, y un hombre solitario caminó hacia la playa. Ahuecó las manos y pareció gritar, luego blandió el machete nuevo por encima de la cabeza. Dejamos caer una pequeña olla de aluminio con cintas. Contenía una camisa amarilla y cuentas. Los aucas que estaban debajo de nosotros se abalanzaron sobre ella «como mujeres en un mostrador de ofertas», como dijo Nate, y uno de ellos pronto empezó a agitar la camisa. Al acercarnos a la casa, dos canoas que iban río abajo a cierta distancia dieron la vuelta y regresaron río arriba a toda prisa. En un momento vi a gente subir corriendo por el agua hacia la playa, y en otro a una sola con una tela blanca.

“Regresamos por el Curaray, buscando posibles playas de desembarco. Las esperanzas no son buenas. Guíanos, Señor Dios.

De vuelta en Arajuno, los tres pioneros celebraron un consejo de guerra y decidieron que la siguiente luna llena sería testigo del primer intento de

contacto terrestre con este pueblo remoto que había conquistado sus corazones. Nate escribió que

Noche: "Que Dios siga poniendo su buena mano en el proyecto y que lo abandonemos cuando no estemos completamente seguros de su dirección. En este momento, sentimos unánimemente que Dios está en ello. Que la alabanza sea Suya, y que algún Auca, revestido de la justicia de Jesucristo, nos acompañe al elevar nuestras voces de alabanza ante su trono. Amén".

En el siguiente viaje, su recibimiento fue aún más favorable. McCully tomó el micrófono y gritó: "¡Nos caen bien! ¡Nos caen bien! ¡Hemos venido a visitarlos!". Los aucas danzaban con entusiasmo, agarrando el machete que los hombres les habían lanzado y desmontando su lona para que brillara al sol. Mientras volaba en círculos, Ed se asomó por la puerta y extendió ambas manos. Los indígenas, unos tres, respondieron extendiendo las suyas también.

Las observaciones de Ed en este viaje fueron:

Hoy no se manifestó ningún miedo, ni siquiera cuando el avión volaba a baja altura. No se podía entrar ni salir corriendo. La mayoría se paraba bajo los bananos, posiblemente por el sol. El avión se acerca, pero de alguna manera uno anhela acercarse. No había señales de malicia ni ira. No se vieron lanzas. Si hubiera una escalera que bajara del avión hasta ellos, parecería seguro pasar entre ellos.

Para entonces, cada miembro del equipo había tenido tiempo de formarse una opinión. "El equipo tiene un espectro que va desde la impaciencia hasta el conservadurismo", escribió Nate. Pete, quien consultaba constantemente con los otros tres, no creía que la siguiente luna llena fuera el momento adecuado para el primer intento de contacto. Era demasiado pronto para asumir que se había superado un odio arraigado hacia los hombres blancos. El problema del idioma era grave, y estaba en sus manos aprender más al respecto, trabajando con Dayuma, la mujer auca fugitiva de quien Jim había obtenido su material. La reacción de Ed fue que el siguiente paso no debía ser necesariamente un intento de contacto, sino más bien el establecimiento de una pista de aterrizaje utilizable río abajo del Curaray, quizás a menos de ocho kilómetros del "vecindario". Mientras tanto, Jim estaba "meditando". Si se establecía un contacto amistoso, Jim y yo estábamos preparados para dejar el trabajo en Shandia por un tiempo e irnos a vivir entre los aucas. Nate sentía que...

Los hombres deben seguir el curso ya establecido de hacer contactos regulares y no hacer nada de repente, sino permitir que cada avance “penetre” antes de presionar con otro.

El 12 de noviembre, Nate Saint retomó su tarea autoimpuesta de llevar el registro de la Operación Auca. Escribió:

Esta fue la sexta semana consecutiva que visitamos a los vecinos. Era una hermosa mañana de sábado. No había mucha carga para llevar, ni mucha niebla en los valles fluviales, así que llegué a casa de Ed sobre las 8:30 a. m. Me esperaba en la pista de aterrizaje cuando llegué.

Despegamos con el sistema de megafonía y subimos a bordo. Ed tenía un machete, una pequeña olla de aluminio y otra grande, equipadas con cintas. Volamos de nuevo río abajo por el Curaray a baja altura para familiarizarnos con los bancos de arena y los posibles puntos de aterrizaje a lo largo del río. Con la familiaridad, los bancos de arena nos resultaron cada vez más útiles. Cuando llegamos al punto más cercano a los "vecinos", decidimos que, en lugar de desviarnos hacia ellos, seguiríamos volando río abajo para ver si había algún punto de aterrizaje ideal más abajo. No encontramos ninguno. Entonces, ya que estábamos tan abajo, decidimos ir un poco más lejos y regresar por el pequeño brazo del río donde viven los aucas.

Volamos quizás de ocho a diez minutos río arriba antes de toparnos con una casa... una que no habíamos visto antes. Tenía un tejado de hojas gruesas que se inclinaba hasta el suelo, un tejado a dos aguas. Los extremos de la casa también eran de hojas y estaban inclinados unos diez o quince grados con respecto a la vertical. No vimos a nadie que nos permitiera calcular el tamaño de la casa. Parecía más pequeña que las demás, pero si

En realidad, es más pequeña, y las puertas de los extremos requerían agacharse bastante para entrar. Fuera de la casa había dos plantaciones distintas: dos parcelas. La más alta era de un verde más oscuro y cubría quizás un acre. No parecía ser mandioca, ya que era más alta y densa. Pero lo interesante era que la parcela estaba rodeada por una cerca bien construida, compuesta por postes verticales separados por unos dos metros, entrelazados.

con lo que podría haber sido una canasta de bambú abierta, de modo que aparentemente un animal más grande que un gato no podría pasar a través de la cerca.

Después de dar tres vueltas para observar bien, nos dirigimos río arriba hacia la siguiente casa, que supusimos que estaba más al este del grupo. En esta casa también hicimos la primera "línea" de dejar caer el pequeño cubo de botones. Aquí, por primera vez en este viaje, vimos gente, unas seis, supongo. Uno salió al banco de arena donde habíamos dejado la tetera y esperó pacientemente. Cuando saludamos y gritamos, saludó, pero no con el entusiasmo que siempre se muestra en el otro lugar. Supusimos que era un hombre mayor. Su cuerpo parecía estar manchado con algo opaco, como arcilla. No había ropa a la vista. Corrimos y le lanzamos un machete en caída libre. Aterrizó justo en el banco de arena y se lo llevaron con relativa poca ceremonia y entusiasmo. Sin embargo, no pareció haber ninguna muestra de hostilidad; ni miedo. Seguimos adelante, después de gritar por el sistema de megafonía que éramos amigos.

En la siguiente casa nos topamos con algunos vecinos en el banco de arena. Volamos bastante bajo, gritándoles y saludándolos sin usar el sistema de megafonía. Luego les dejamos caer la pequeña olla. Cayó en la playa cerca de ellos y fue recibida con entusiasmo. Saltaron emocionados.

También en esta casa (numeraremoslas desde el este, siendo esta la número 3) notamos dos cosas en particular. Primero, a ambos lados de la puerta había tablas de unas veinticinco pulgadas de ancho y unos cinco pies de alto, decoradas con llamativos adornos rojos brillantes. Supongo que son puertas de algún tipo. Otro detalle destacable fue que los dueños habían hecho un remate de hojas tejidas para su casa; hasta entonces, había estado abierto en la parte que daba al río.

De allí pasamos a la casa número 4, que es la que hemos visitado con más frecuencia y donde nos han recibido con el mayor entusiasmo. Había una buena multitud para darnos la bienvenida. Y para nuestra sorpresa, detrás de su casa, donde antes había un grupo de árboles y

Tras la maleza, ahora había un claro limpio de unos setenta y cinco a noventa metros de diámetro. Algunos tocones aún estaban allí, pero aparte de eso, estaba tan limpio como una cancha de baloncesto. Por la reacción de la gente de abajo, supongo que no sabían si esperar la caída en su nuevo claro o si la dejaríamos caer junto a la casa, como era costumbre.

El diario de Ed retoma el relato de la operación de ese día:

Nos agachamos y lanzamos un hacha envuelta en lona. Cayó justo al oeste del claro, entre los arbustos. Se abalanzaron sobre ella de inmediato. Entonces gritamos: "¡Les daremos una olla!", y subimos más alto. Atamos la olla y la desenrollamos. Fue una clara guía de Dios, pues casi habíamos decidido soltar la olla en lugar de molestarnos con la cuerda. Nate hizo una caída perfecta. Sujeté la cuerda y pude sentir cómo la sujetaban. Cortaron la olla y ¡le ataron algo! Nate la vio y alabó al Señor.

Al regresar a Arajuno, descubrimos que era un llaitu o diadema de plumas tejidas. ¡Una verdadera respuesta a la oración; otra señal para seguir adelante, un aliciente de que es posible establecer relaciones amistosas y de que escucharán el Evangelio!

El 26 de noviembre, Nate Saint registró acontecimientos posteriores:

La semana pasada, como Ed no regresó de Quito a tiempo para el viaje habitual, Jim Elliot se encargó de ello. Lo recogí en Shandia después de hacer algunos viajes entre Pano y Tena, y entre Pano y Shandia. Paramos en Arajuno y recogimos el equipo. Había dos indios cerca del avión y, a pesar de nuestra cautela, aparentemente lograron averiguar qué contenía el material y le preguntaron a Jim: "¿Por qué, locos, les dan todo ese material a los aucas?". Jim ignoró la pregunta; pero eso significaba con toda seguridad que el secreto estaba prácticamente descubierto, aunque no podían conocer los detalles.

Volamos, según recuerdo, directamente al barrio y empezamos a visitarlo. En la casa número 4, dos hombres habían subido a lo que previamente habíamos considerado un refugio: un techo o plataforma de bambú alto, a unos dos metros del suelo. Volamos en círculos a baja altura varias veces y decidimos seguir adelante con un plan previamente discutido: que talaran los árboles al otro lado del claro como una especie de aproximación o "ir-

alrededor', lo que nos permitiría volar lo suficientemente bajo como para que nos vieran y nos reconocieran más tarde en tierra. El plan era dejar caer nuestros regalos en los árboles que queríamos derribar.

Primero dejamos caer un hacha. Desafortunadamente, cayó al pie de los árboles en cuestión. La siguiente vez, lanzamos cuatro peines de plástico con tiras de vendaje atadas. Por suerte, al menos un par de ellos se quedaron atrapados en los árboles.

Después fuimos al número 3. Todos salían con gran estilo. Un hombre llevaba una de nuestras camisas de regalo. (Los demás llevaban el uniforme más típico). Dimos una vuelta, saludamos y luego bajamos a la casa del anciano. Estaba con sus dos esposas. No nos pareció que mereciera un buen regalo, así que le lanzamos unos pantalones de tienda. Después de dar una vuelta para asegurarnos de que los hubiera recibido bien, volvimos al número 3. Les lanzamos a los presentes un machete con un pantalón corto.

“Desde aquí subimos por el nº 4 para prepararnos para bajar la tetera para el último acto del día.

Olvidé mencionar antes que, al rebuscar en el botiquín de emergencia que Ed había preparado, encontramos un rollo de papel de seda. Pensamos que sería útil para derribar esos árboles altos si lo colocábamos en las copas. Podría parecer que se aprovechaban de su curiosidad, pero por otro lado, se vieron recompensados con creces por cualquier molestia que se tomaran. Sin embargo, cuando lanzamos el rollo, se deslizó unos dos metros y luego el viento lo arrancó. Este proceso se repitió hasta que una curiosa línea blanca de puntos flotó hacia los árboles.

Hoy el viento era bastante fuerte y me costó mantenerme sobre el claro mientras soltábamos la tetera. Tuve que hacer unos seis u ocho intentos antes de que cayera en el pequeño río al borde del claro. Lo hicieron enseguida. Pero en ese mismo instante tuve que salirme del giro contra el viento para no alejarme demasiado del claro. Eso provocó una fuerte tensión en la cuerda justo cuando intentaban trabajar con ella. En unos treinta segundos la soltaron. Parecía tener un regalo... algo pequeño, quizás, como los peines [que había recibido antes con la diadema].

Al salir de la zona, llamé para informar que estábamos de regreso. Marj me respondió que el bebé ahogado estaba enfermo y que debía aprovechar el mejor tiempo posible para poder volar a Macuma si era necesario. Así que volé a ciento diez kilómetros por hora y en algún punto del trayecto perdimos el regalo. A mitad de camino me di cuenta de que faltaba. Fue una gran decepción.

En el relato de Jim sobre la operación de ese día, dijo: «Vi algo que me emocionó: parecía que un anciano, de pie junto a la casa, nos hacía señas con ambos brazos para que bajáramos. ¡Aucas, haciéndome señas para que viniera! ¡Que Dios me envíe pronto a los Aucas!»

Al final de su registro de la octava visita, Nate escribió: «Uno de los problemas que enfrentamos ahora es conseguir a otro hombre para reforzar nuestro equipo. ¡El Señor es sumamente capaz!».

Aunque cinco hombres finalmente conformarían la "Operación Auca", solo tres —Nate, Jim y Ed— estaban definitivamente comprometidos en ese momento. Pete, quien había estado tan interesado como estos tres, no tenía claro si la guía de Dios era que se fuera o que se quedara.

Fue entonces cuando Nate pensó en Roger Youderian. Habían trabajado juntos abriendo el territorio de Atshuara y construyendo otras dos pistas de aterrizaje remotas, y Nate estaba seguro de las capacidades de Roger. Lo veía como un soldado de Cristo, «un hombre capaz de un gran esfuerzo, entrenado y disciplinado», escribió sobre él. «Él conoce la importancia de la conformidad inquebrantable con la voluntad de su Capitán. La obediencia no es una opción momentánea; es una decisión predefinida tomada de antemano. Era un paracaidista disciplinado. Dio lo mejor de sí al Tío Sam en esa batalla y ahora está decidido a que el Señor Jesucristo no reciba menos de lo que le corresponde. ¡Todo lo que lo hizo un buen soldado ha sido consagrado a Cristo, su nuevo Capitán!».

Ed y Jim apenas conocían a Roger; al trabajar con otros indígenas en otra parte del Oriente, apenas habían tenido oportunidad de conocerse más que de pasada. Pero confiaban plenamente en el criterio de Nate.

Dio la casualidad de que Roger estaba en Shell Mera en ese momento. Había venido de Macuma para ayudar a construir un hospital patrocinado por la misión allí. Así que un día, mientras Roger clavaba láminas de aluminio en el techo, Nate se acercó a...

Le habló de la Operación Auca y le pidió que fuera con él como el tan necesario cuarto hombre. Nate no quería dejar su avión en la playa de noche, donde podría sufrir daños. Tampoco quería dejar a los dos hombres solos durante la noche. ¿Iría Roj?



Roger aceptó de inmediato. Pero, sin que los demás lo supieran, en ese momento atravesaba una profunda lucha espiritual y empezó a preguntarse si debía unirse a los demás en la aventura física cuando no estaba con ellos completamente en espíritu.

Solo él y Bárbara eran conscientes de la lucha que atravesaba. Se preguntaba si, después de todo, estaba logrando algo en el campo misionero. Había superado la barrera del idioma, sin duda, pero ¿por qué no había habido un fruto inmediato de su labor?

Un misionero avanza con dificultad durante el primer o segundo año, pensando que las cosas serán diferentes cuando hable el idioma. Se desconcierta al descubrir, con frecuencia, que no es así. Se ve despojado de todo lo que pueda llamarse "romance". La vida se ha vuelto más o menos una rutina. Día tras día, en una sucesión ininterrumpida; no hay crisis, ni conversiones masivas, a veces ni siquiera uno o dos a quienes pueda señalar y decir: "Hay una vida transformada. Si no hubiera venido, nunca habría conocido a Cristo". Habrá quienes entre los indígenas digan que aceptan a Cristo, pero ¿qué hay del abandono de las costumbres paganas y la conversión del pecado a una vida de santidad? El misionero observa, anhela, y su corazón se entristece.

Las fuerzas del mal, que durante tanto tiempo no habían sido desafiadas, ahora se han alineado contra el misionero.

Roger Youderian estaba descubriendo el poder de estas fuerzas. Escribió en su diario: "Estoy a punto de dar por terminada la relación. Me parece que no hay futuro para nosotros en Jivaria, y lo más sensato sería retirarnos. Esperaré hasta tener la oportunidad de hablarlo con Barb y ver qué tiene que decirme".

Digamos. Podríamos pasar la Navidad aquí, terminar el hospital en Shell y regresar a casa. La razón: no haber estado a la altura de la misión ni haberme acercado a la gente. En lo que respecta a mi corazón y mis aspiraciones, el asunto está resuelto. Es un poco difícil discernir la causa de mi fracaso y las fuerzas que lo impulsan. Desde marzo, cuando salimos de Wambimi, no hemos recibido ningún mensaje del Señor. Simplemente tomé mi Biblia para compartirla con el mismo Señor que me hizo una nueva criatura en Inglaterra hace once años.

No hubo palabras de aliento de Él. Nos había mantenido a salvo maravillosamente y había suplido nuestras necesidades, pero el problema es mucho mayor. No hay ministerio para mí entre los jíbaros ni los españoles, y no voy a intentar engañarme. No apoyaría a un misionero como sé que soy, y no voy a pedirle a nadie más que lo haga. Tres años son suficientes para aprender una lección, y aprenderla bien. Hay gente que tarda en comprenderla. Será duro para Barb y los niños, pero siempre he estado convencido de que la honestidad y la sinceridad dan sus frutos. Ya se ha derramado la leche; no voy a llorar por ello. La causa de Cristo en la jibara no sufrirá por nuestra presencia, pero debo ser honesto y confesar que no ha recibido ayuda. No creo que a muchos les sorprenda tanto y solo será un "ya te lo dije".

“No hay ninguna presión espiritual en el asunto y, de hecho, muy poca emoción o estrés; tal vez ninguna.

“Me doy cuenta de que muchos a lo largo del camino dirán que nos rendimos demasiado fácilmente.

Quizás. Pero creo que la manera de Dios es afrontar el asunto y dejar que nuestro sí sea sí y nuestro no sea no. Estoy de acuerdo con la causa de Cristo, pero creo que la parte que... no, no puedo decir la parte que elegí; creo que el Señor eligió la Jivaria para nosotros, pero simplemente no estuve a la altura. Dirás que cuando el Señor llama, Él provee. Puedes tener mis botas cuando quieras. No está ahí. No se me da bien fingir.

No culpo a las personalidades ni a las circunstancias; el fracaso es mío, y de mi incapacidad para alcanzar la experiencia personal de Cristo que pudiera satisfacer las necesidades aquí. No funcionó. No es por mi esposa ni mi familia. La estación de Macuma tiene suficiente espacio para albergarlos y se nos ha ofrecido todo lo que necesitamos.

El asunto es personal, y seguirá siéndolo. ¿Cuál es la respuesta? No la sé. Y me desanima encontrar una solución satisfactoria. Llevo meses dándole vueltas al asunto. No hay respuesta. Es una combinación de situaciones y talentos lo que me tiene desconcertado. Es la primera vez en mi vida que le doy la espalda, pero dicen que para todo hay una primera vez.

Somos una familia feliz. Él nos ha cuidado bien y nos ha dado cuerpos sanos y, confiamos, mentes sanas. Todo lo que Él tiene para nosotros está bien, pero me temo que cualquier cosa relacionada con la misión me ha asustado. Si no pude lograrlo aquí en Macuma, no soy tan insensato como para esperar que un cambio de entorno me cambie. Este es mi "Waterloo" personal como misionero.

“Parece extraño intentar sentarse y verlo de manera impersonal. De esto estoy seguro: me llevará a leer más Su palabra, a ser más tolerante con los demás y a ser menos aventurero en mis actividades.

Algunos se preguntarán por qué no buscamos un lugar en el trabajo con el español o el quichua. Francamente, no me interesa. Y, sobre todo después de esta experiencia, no pido más dolores de cabeza. Solo un tonto comete el mismo error dos veces. Me parece que un desastre debería ser suficiente.

Aquí estoy, sentado a las 11 de la mañana del miércoles, escuchando los servicios. Les dije desde la ventana que no iría. Primero cantaron 'Maravillosas Palabras de Vida' y luego 'Oh, di, pero me alegro'. Encontré un himnario en inglés para ver si algún himno me consolaba. No lo hay. Me supera. ¡Cuánto tiempo he perdido! Las rutinas están muy arraigadas y no será fácil cambiar de hábitos y ceder el terreno perdido o dejar que el Señor lo gane. Pero sin duda valdrá la pena la batalla. Mi mente fue hecha solo para amarlo; mi cuerpo también, que incluye mi lengua en todas sus actividades. ¡Qué lentos somos algunos para aprender!

Seré guiado y enseñado por el Espíritu Santo. Dios desea el pleno desarrollo, uso y actividad de nuestras facultades. El Espíritu Santo puede guiarme, y lo hará, en proporción directa al tiempo y esfuerzo que dedique a conocer y hacer la voluntad de Dios. Debo leer la Biblia para conocer la voluntad de Dios. En todo momento obedeceré y haré lo que me plazca.

“Una semana que pasé en Shell Mera, antes de este período, cuando repetía muchas veces al día ‘hágase tu voluntad’, me ayudó mucho a fortalecerme para esta lucha”.

Roger aún no había salido de su "noche oscura del alma" cuando Nate se acercó a él. Los días siguientes lo encontraron en una lucha desesperada por conocer la voluntad de Dios. No dudaba de su propio deseo: se iría si eso fuera lo único que importara. Pero irse sin la sonrisa de Dios...

—Eso sería imposible. «Si tu presencia no nos acompaña, no nos saques de aquí». Roger reconoció algo de lo que esta decisión podría significar para él, y las horas que pasó de rodillas con Dios fueron testigos de la agonía de su alma. Pero Dios, «quien nos hace triunfar», lo sacó de su abatimiento.

“Fue purificado por el Espíritu para la tarea que tenía por delante”, dijo Bárbara después, “y partió con una mente feliz y expectante y con el corazón lleno de alegría”.

El 19 de diciembre escribió en su diario: «Moriré a mí mismo. Comenzaré a pedirle a Dios que me ponga al servicio de circunstancias constantes donde, para vivir a Cristo, deba morir a mí mismo. Estaré vivo para Dios. Para que pueda aprender a amarlo con mi corazón, mente, alma y cuerpo».

Justo antes de dejar Macuma para unirse a los cuatro en Arajuno, escribió:

“Hay una búsqueda de amor
honesto extraída de un alma
sacudida por la tormenta, una
búsqueda de la ganancia de
Cristo,
Para bendecir a los ciegos, a los golpeados, a los perdidos.

“Aquellos que buscaron encontraron el
Amor Celestial y se llenaron de alegría
divina,
Caminan hoy con Cristo arriba

.....”

La última línea se le escapó y, mientras dejaba el lápiz, dijo: "Barb, lo terminaré cuando llegue a casa".

CAPÍTULO XIII
La búsqueda de “Palm
Beach”



Aunque los planes para reunirse con los Aucas sobre el terreno ocupaban cada vez más tiempo, las visitas semanales regulares a "Ciudad Terminal", el nombre que los hombres habían dado a la aldea Auca, continuaron sin interrupción. El 3 de diciembre, Nate registró la novena visita:

Salimos de Arajuno sobre las 8:45 con buen tiempo. Antes de despegar, Ed y yo tomamos algunas fotos que esperamos que se puedan ampliar casi a tamaño natural para que los vecinos nos reconozcan al vernos en tierra. Nos tomamos primeros planos de la cara, junto con los peines y el tocado que nos habían regalado.

Al pasar la primera casa, la número 4, vimos que habían talado un par de árboles bastante grandes donde habíamos tirado los regalos para ese propósito. Ya no quedan muchos árboles entre los dos claros. Si logramos que talen el resto, podremos hacer pasadas bajas.

Esta mañana, una vez, descendimos tan bajo que los dos hombres que estaban en la plataforma dirigiendo el tráfico se agacharon. Cuando volvimos a descender, ambos se contentaron con observar el proceso desde el suelo. La plataforma parecía estar a unos dos metros y medio del suelo. Los dos hombres llevaban camisas, y punto: camisas que les habíamos dado, por supuesto. En estas bajadas, dejamos caer un hacha, un vaso de plástico y un cuchillo barato. Intentamos de nuevo dejarlos en los árboles que aún separan los dos claros. Había quizás media docena de personas más alrededor del número 4.

De allí fuimos al número 3. Al hacer un vuelo rasante, casi nos caemos del avión, pues allí, en el tejado de hierba de la casa, ¡había un avión a escala! Nos preguntamos si lo habrían hecho después de ver el avión a escala en casa de Ed. En cualquier caso, indica buena voluntad y una destreza hasta entonces insospechada entre tan primitivos.

Observamos otra plataforma, más grande y alta que la otra, hecha de chonta. Calculo que está a unos cuatro metros y medio del suelo. Encima había un hombre con su uniforme (camisa). Nos saludó con la mano mientras nosotros le saludábamos. Hicimos un par de pasadas y lanzamos un machete, que cayó justo detrás del director. Observamos que el muro este de hojas estaba al lado de la casa, para poder ver el interior... los lugares de las fogatas, etc. Parecía un trato muy amistoso, pero es posible que vayan a poner un muro de chonta para reemplazar las hojas. Sí, acabo de ver la foto del número 3, tomada hace un tiempo, y muestra un muro de hojas por todas partes, excepto en el extremo del río, que estaba abierto. Es fácil ver cómo la disponibilidad de una herramienta tan simple como el machete puede alterar profundamente una cultura.

Luego decidimos observar de cerca un claro recién abierto en la cresta, justo encima del número 3. No había nadie. Hablamos brevemente sobre los posibles beneficios de intentar atraerlos y decidimos intentarlo. La primera vez que lo intentamos, lanzamos una tetera de aluminio. Fue un tiro malo y cayó en el bosque, afortunadamente en la ladera frente a la casa número 3. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que estaban despejando la maleza de la ladera. Eso significa que estarían derribando los árboles en ese borde del claro, lo que nos permitirá volar a menos de seis metros de ellos con total seguridad. Como cebo adicional, Ed decidió que debíamos lanzar un cuchillo barato con mango de plástico. (Todos estos regalos vienen generosamente cubiertos con cintas y vendas). Al ver que la tetera no había acertado, le dije a Ed mientras nos acercábamos: «Pongamos esta justo encima de la casa», refiriéndome al refugio precario que debe servir de parasol mientras trabajan en el nuevo proyecto de desmonte. Y ahí fue exactamente donde aterrizó... justo en el tejado.

“Vamos a ver qué tal le parecen sus pantalones nuevos al viejo”, sugerí. “De acuerdo”... así que fuimos. Está a unos dos minutos del número 3. Nos esperaba en pantalones y camiseta. Sus dos mujeres también estaban fuera. Una

Uno llevaba un bebé y el otro nada. El área alrededor de su casa estaba impecablemente limpia, con el césped cortado hasta las raíces, etc. El anciano mostró su habitual reserva y falta de entusiasmo. Le dejamos caer un machete. Una de las mujeres tuvo que ir a buscarlo. Sus gestos son voluntariosos, pero lentos. Pasamos volando a menos de 60 metros de ellos unas tres veces y regresamos río arriba hasta el número 3.

De vuelta en la zona del número 3, revisamos de nuevo el claro de la colina. A unos cuatrocientos metros de distancia, vi que alguien estaba allí. Nos emocionó este rápido resultado, ya que pensábamos que nos llevaría semanas convencerlos. Resultó que eran dos mujeres jóvenes; diría que de unos dieciséis y veinte años, quizás. Tenían el cuchillo y pasamos a quince metros de ellas tomando fotos. Hicimos unas cuatro pasadas y, por primera vez, vimos de frente el rostro de una auca. Era guapa, con el pelo corto y un flequillo al frente. El "controlador" del número 3 seguía en la plataforma. Lo despedimos con la mano y continuamos hacia el número 4.

De vuelta en el número 4, los chicos esperaban el último acto, la "caída del cubo". Ascendimos a 900 metros y redujimos la velocidad a 72 kilómetros por hora sin motor. En este planeo lento, sin motor, el hervidor se despegó del avión con gran facilidad. Solo necesitó unas tres vueltas para colocarlo en medio del gran claro detrás de la casa. Corrieron de un lado a otro en grupo, algo que nos llamó la atención. Temía estar amontonando cuerda suelta detrás del hervidor... pero parecía tener demasiada tensión. Finalmente, después de un minuto y medio, lo soltaron y subió con un regalo... rojo brillante y de buen tamaño.

“Volamos de regreso a Arajuno a cincuenta y cinco a sesenta millas por hora, así que

Para no perder el regalo si podíamos evitarlo. No tuvimos problema en dejarlo en la pista y luego dejamos caer la cuerda. En tierra, corrimos al lugar. Encontramos otra corona de plumas, una nueva, recién hecha, y le atamos una madeja de hilo de algodón hilado a mano. Todo estaba atado a nuestra cuerda de caída con un nudo llano.

Esa noche, Ed anotó en su diario: “Es hora de que nos acerquemos más a ellos en el terreno”. A Jim le escribió: “He estado pensando en el viaje y siento esto: deberíamos establecer un límite definido en el número de

Los esperaremos en el Curaray durante unos días, y si no aparecen, deberíamos estar listos para entrar. Personalmente, estoy definitivamente listo para entrar y creo que sería razonablemente seguro... ¡si alguna vez podemos usar ese término en nuestro primer contacto terrestre con esta gente! Deberíamos entrar (1) con los tocados puestos, (2) llevando avionetas como las que tengo colgadas aquí, (3) llevar regalos envueltos como los hemos estado envolviendo, (4) gritar «biti miti punimupa» (te quiero) u otras frases que nos resultan familiares desde el avión. Con la presencia de Dios —y hasta ahora confiamos plenamente en que lo está— creo que esto nos ayudaría. Todo el proyecto avanza más rápido de lo que nos atrevimos a esperar, y aunque no estoy a favor de adelantarnos a Dios, creo que no deberíamos quedarnos atrás.

El 10 de diciembre, el diario de Nate continúa con un relato de la siguiente visita:

A pesar de nuestra maniobra evasiva, los indígenas de Ed le cuentan que estuvieron río abajo por el Curaray la semana pasada y nos vieron pasar. Dicen (¡qué sentido del humor!) que se desnudaron al oírnos llegar y cogieron palos como lanzas para que pensáramos que eran "vecinos". Probablemente pensaron que les dejaríamos regalos.

Durante la semana, en conversaciones con los miembros del equipo, se decidió que el 2 de enero sería la fecha tentativa para el intento de entrada. Pensábamos en bajar con los indígenas, establecer una casa y que luego se retiraran mientras el equipo esperaba un contacto. Luego, con el avión, intentaríamos que los "vecinos" vinieran a visitarnos. Sabemos decir "ven a mi casa" y también "Curaray" en su idioma. Y estoy seguro de que, al sobrevolar repetidamente la cresta desde donde están, podremos usar su curiosidad para atraerlos al gran río.

En líneas generales, la estrategia exige que solo el personal misionero porte armas, y que estas sean ocultas. Suponemos que el primer disparo presagia el fracaso de todo el proyecto y el fin de cualquier esperanza en el futuro cercano. Por lo tanto, se tendrá sumo cuidado y las armas se usarán solo para atemorizar a los salvajes en caso de necesidad de defensa propia.

Se consideraron dos perspectivas o dos posibilidades: (1) Establecer una casita en Palm Beach [nombre acordado para la playa fluvial elegida para el aterrizaje del avión] y luego retirarse hasta que los "vecinos" tuvieran tiempo de visitar el lugar y regresar más tarde; o (2) Establecernos e intentar establecer contacto en ese primer viaje. Dado que los sucesos de esta mañana influyen aún más en esta decisión, dejaré un comentario más detallado para más adelante.

“Esta mañana despegamos de 'Centerville' [Arajuno] alrededor de las 9:15, armados con machetes envueltos en papel de regalo, hachas y cuchillos pequeños, y artículos de plástico.

También teníamos tres pares de paquetes de papel de una libra de pigmento de pintura en polvo en tres colores brillantes. Estos servían para medir zonas de playa que podrían servir para Palm Beach. Ayer hicimos pruebas aquí en Shell y descubrimos que, al volar a 95 kilómetros por hora, podíamos lanzar pequeñas bolsas de harina a intervalos de siete segundos y marcar con bastante precisión entre 180 y 190 metros. Esta medida se tomó ante la imposibilidad de estimar satisfactoriamente la longitud de los bancos de arena donde no hay nada que sirva como base de comparación.

Tomamos una ruta río abajo por el Nushino, ya que algunos indígenas de la estación de Ed estaban pescando de nuevo en el río Curaray esta semana. Poco a poco, nos dirigimos hacia el sur y encontramos el Curaray en la zona donde esperábamos encontrar un buen sitio para Palm Beach. No tardamos en encontrar una posibilidad. La mayoría de las playas más grandes están en curvas y, por lo tanto, no son útiles sin tener accesos previamente. El río es tan serpenteante que hay pocas posibilidades de encontrar un banco de arena en un tramo recto. Arrastramos [sobrevolamos a baja altura] el primero. Parecía razonable. El único inconveniente era que esta playa requeriría despegues con el viento predominante... una seria dificultad. Sin embargo, después de arrastrarla una o dos veces, la "bombardeamos" con pigmento y descubrimos que tenía unas 200 yardas utilizables. Otra dificultad era un gran árbol muerto tirado en la arena, que obligaba a la zona de aterrizaje a estar muy cerca de la vegetación de la ribera.

El siguiente que encontramos estaba a una milla o menos río abajo. Parecía mejor: mejores accesos, especialmente con el viento predominante. El acceso sería empinado, pero posible. La playa está baja al nivel del

agua, así que

Una inundación lo cubriría fácilmente, pero es de guijarros y se ve firme. Lo bombardeamos y encontramos una superficie útil de 200 yardas, aunque es conservadora. No me sorprendería que una medición mostrara que es más bien de 230 yardas. Además, es tal que un aterrizaje forzoso solo nos llevaría a aguas poco profundas. Lo arrastramos una vez, manteniendo buena velocidad aerodinámica hasta que nos familiarizamos con la zona de salida. En la zona de salida, los árboles de la orilla sobresalen lo suficiente como para que cruja un poco, pero volcando dos árboles después de aterrizar, podemos solucionar ese problema.

Empezaba a parecer que esta sería nuestra 'Palm Beach'. Decidimos grabar un aterrizaje simulado. De cerca, podía ver bien la superficie y pisé ligeramente las ruedas dos veces mientras acelerábamos de nuevo para la subida. La superficie era lisa como una pista de grava y parecía dura. Es realmente ideal, salvo por su vulnerabilidad a las inundaciones.

Este hallazgo pone de relieve la posibilidad de que el equipo llegue allí mismo con una casa prefabricada en el árbol y techo de aluminio. Esto significaría que ningún indígena tendría que participar en el acuerdo y, salvo inundaciones, podría trasladarlos a todos en avión tras un contacto o cuando estuvieran listos para venir.

La imagen sería algo así: (1) Un viernes por la mañana, si Dios quiere, se lanzan suministros y equipo en caída libre al sitio de Palm Beach desde muy bajo (justo al lado de la pista) para asegurarnos de que no estuvieran en la zona de aterrizaje. (2) Aterrizamos con Jim y Roger, manteniendo el avión muy ligero.

(3) Aterrizamos con Ed y aluminio. (4) Aterrizamos con Pete y más suministros (si Pete se siente impulsado a ir).

Al llegar, Jim y Roj se ponían a derribar los dos o tres árboles medianos o pequeños que se aproximaban. Luego, elegían un árbol adecuado para montar la casa prefabricada y comenzaban a limpiar su alrededor. Cuando los demás estuvieran con ellos, todos irían río abajo hasta la primera curva y derribarían al menos uno de los dos árboles en orillas opuestas, lo que estrechaba bastante el paso. (Esto no es imprescindible, pero sí muy recomendable). Durante esta parte de la operación, alguien siempre debía tener a mano un arma dentro de una bolsa para poder dispararla en cualquier momento y así desestabilizar a cualquier posible lancero.

A continuación, de vuelta al banco de arena, dos hombres ensancharían el claro al pie del árbol mientras otros dos se encargarían de instalar la casa del árbol y el techo de aluminio. Una vez lista la casa, los hombres se turnarían en el claro, quizás con un compañero aún concentrado en subir los víveres, la estufa, el agua, etc., a la plataforma. Un hombre, que descansaba del equipo de limpieza, podría sentarse en la plataforma y cubrir a los hombres en tierra, manteniendo siempre las armas fuera de la vista. Al anochecer, debería haber un claro considerable al pie del árbol, conectado a la playa por el claro. El avión regresa a Arajuno después de revisar la instalación de la radio en la casa del árbol, etc.

Al día siguiente, el avión comienza a invitar a los vecinos al sitio de Palm Beach, tanto con frases como con insistencia, dando vueltas en esa dirección desde donde se encuentran y luego aterrizando en Palm Beach, repitiendo el proceso aproximadamente cada hora hasta que estemos seguros de que lo han captado. Otro detalle será la instalación de un avión a escala de buen tamaño en el sitio.

Quizás dedicaríamos cinco días a la iniciativa. Si no teníamos éxito, nos retiraríamos, ya sea por aire o enviando una tripulación de indígenas río abajo en canoas. Los suministros en la casa del árbol deberían ser suficientes para dos semanas, ante la posible pérdida de la playa por inundación o asedio, las dos posibilidades más difíciles a las que nos enfrentábamos.

“Se debe considerar la viabilidad de una balsa compuesta de colchones de aire y bambú como una salida río abajo hacia una base del ejército en el Curaray en caso de que los indígenas se nieguen a acudir al rescate.

Volviendo a la narrativa: Comprobamos el rumbo y la distancia desde la posibilidad de Palm Beach hasta Terminal City: 135 grados y tres minutos a 90 millas por hora. Eso equivale a unas cuatro millas y media desde la playa en el Curaray hasta la aldea Auca.

Al descender, nos dirigimos al este, hacia la casa del anciano. El anciano no estaba allí, pero un joven agitaba algo parecido a una tela de corteza, claramente ofreciéndola a cambio. En cuatro pasadas dejamos caer (creo) un cuchillo pequeño, un vaso de plástico y posiblemente alguna prenda de vestir... no estoy seguro de esto último.

Luego subimos al claro de la colina sobre la casa del avión, o la número 3. Había dos mujeres allí. Dejamos caer un cuchillo pequeño. El jefe estaba junto a la casa en su plataforma, dirigiendo el tráfico. Llevaba una camisa a cuadros rojos y negros que habíamos dejado caer la semana pasada. Le hicimos señas y le gritamos que subiera a la cima.

Mientras seguíamos dando vueltas, desapareció de la plataforma y dos chicos más jóvenes ocuparon su puesto. Después, hicimos un pase bajo para dejar caer un hacha más allá de la plataforma. Debimos haber asustado a los más jóvenes, porque uno de ellos llevaba una lanza en la mano mientras volvíamos. Fue un gesto poco amable, así que volvimos a descender en picado para ver si mostraban alguna hostilidad. Alguien debió haberles dado la orden, porque la lanza había desaparecido y todo parecía ir bien. Ahora, vimos al jefe de la camisa a cuadros en la colina. No podíamos permitirnos menospreciarlo, así que hicimos dos pases y en el segundo le dejamos caer un pantalón que atrapó en el aire. (Estos tipos estarán vestidos como hombres antes de que los veamos en tierra).

Luego, subimos al número 4 y el acto principal. Los peces gordos, cuatro de ellos, vestían camisetas blancas. Los jóvenes y las mujeres llevaban el uniforme más antiguo. Los árboles que habíamos intentado que talaran tirándoles cosas, ya estaban talados. También las paredes (chonta) estaban fuera de la casa. (Olvidé mencionar que también estaban fuera de la número 3). Y junto a la casa habían construido una plataforma nueva y más alta, como la de la número 3.

Hicimos un par de pasadas bajas, llamándolos: 'Me gustan, me gustan', etcétera. En la última pasada baja, les lanzamos un machete. Mientras pasábamos bajo, vimos una de las cuatro ruedas grandes sosteniendo un paquete, redondo y marrón. Pensamos que era nuestro artículo de intercambio. Nos detuvimos y ascendimos lentamente. Ed se sentía bastante mal. Había sido un entrenamiento inusualmente extenuante y Ed había tenido que atender a un bebé enfermo al otro lado del río desde su casa temprano en la mañana. No se sentía muy bien entonces. También me sentía como si me hubieran arrastrado por el ojo de una cerradura, pero valió la pena. A 3000 pies, reduje completamente la velocidad, bajé los flaps y me acomodé en la tranquilidad de un planeo de 72 kilómetros por hora mientras Ed subía el regalo por la borda en la cuerda. Esta semana les dimos un par de pequeños paquetes de

Cuerda, algunos objetos pequeños y cuatro retratos de los miembros del equipo de 15 x 23 cm, coloreados y con la insignia de la operación, además de un dibujo del pequeño avión amarillo. Estos fueron pegados sobre tablero de masonita.

Cuando esta cosa bajó junto a los árboles, la recogieron y rápidamente la llevaron al centro del claro. Se apiñaron completamente sobre el contenido del saco de tela blanca que contenía los artículos mencionados, excepto el tipo que estaba ocupado abrochándose el regalo. Vi cómo el regalo se alejaba, derrapando perezosamente. Salí de la curva y aceleré. En tres o cuatro segundos, el paquete salió disparado hacia el cielo y el último hombre se unió al grupo para observar las fotos. ¡Cuánto habríamos dado por ver a esos chicos estudiando nuestras fotos y sus reacciones!

Volvimos a casa a cien kilómetros por hora con el premio colgando al final de la cuerda. En Arajuno lo dejamos al borde de la pista, cortamos la cuerda y aterrizamos. En tierra, me abrí paso entre la maleza al borde de la pista mientras Ed perdía el desayuno. Es la primera vez que le gano el premio. (Sus patas son al menos treinta centímetros más largas que las mías). Cuando llegué a la bolsa de tela de corteza, se movía. Como les habíamos dado un pollo la semana pasada, pensé que sería un pájaro, pero al empezar a asomarme por un agujero, pensé en una serpiente. Sin embargo, era un bonito loro en una cesta cubierta de corteza. Estaba bien atada y, además, ¡llevó un plátano mordisqueado para el viaje!

Almorcé con Ed y Marilou y hablamos de las posibilidades que nos brindaba encontrar una playa donde pudiéramos desembarcar. Alabamos a Dios por esto, otra muestra de su guía y cuidado. Creemos que pronto tendremos el privilegio de conocer a estos muchachos y contarles la historia de la Gracia de Dios.

CAPÍTULO XIV

Un auca en el camino



¡Viernes por la mañana!” Nate tecleó esta apertura en una máquina de escribir prestada en Arajuno, y continuó: “Esta mañana en Shell Mera, mientras me vestía en el dormitorio contiguo a la sala de radio de la oficina, escuché a Marj revisando un mensaje que acababa de recibir de Marilou McCully, quien estaba atendiendo sola a Arajuno mientras Ed ayudaba en un ministerio de conferencias en Puyupungu.

Marilou dijo que tenía razones bastante sólidas para creer que había Aucas en el vecindario.

“Dos cosas pasaron por mi mente: primero, la oportunidad de hacer contacto con ellos, luego el peligro de que un disparo de uno de los indios locales arruinara todos los esfuerzos realizados hasta ahora, y el consiguiente cierre de la puerta que parece estar abriéndose para nosotros.

Mientras Marj le transmitía el mensaje a Ed en Puyupungu, yo sacaba el avión del hangar. Había demasiado en juego como para dudar. Además, el tiempo amenazaba con empeorar hacia el norte. La casa de la misión en Puyupungu está a unos cinco minutos de la pista. Llegué a la pista aproximadamente un minuto antes que Ed. Regresamos a Shell Mera de inmediato. Luego, mientras Johnny cargaba el avión, Marj y Ruth prepararon carga y verduras. Ed cargó, y yo preparé equipo para la naturaleza especial de la expedición. Me pareció que la pequeña pistola de fogeo que acababa de comprar en Quito se sentía muy bien en mi bolsillo.

Debe ser porque creo que seguramente dispersaría un ataque, pero puedo estar seguro de no herir a nadie accidentalmente con ella. También dispara cartuchos de gas lacrimógeno, pero como señala Ed, si hay un ataque y me acerco lo suficiente como para usar gas lacrimógeno... bueno.

El tiempo se mantuvo bien hasta que sobrevolamos los valles de la cabecera del Arajuno. Allí, el cielo despejado nos impulsó hacia el valle y, a cinco minutos de Arajuno, las nubes ya cubrían las mesetas que bordean el valle de 800 metros de ancho. Mantuve la vista puesta en el valle, eché un último vistazo a la zona despejada más allá del límite del cielo nublado y sopesé las alternativas. En caso de problemas, podía ascender en espiral a 5000 km/h y dirigirme al suroeste hacia la zona despejada a cinco minutos. Guiñé el avión para comprobar el indicador de viraje y alabeo, sin el cual esta maniobra sería imposible. Todo iba bien.

Una lluvia ligera, más intensa a ratos, nos obligó a dar un par de vueltas para ver bien el horizonte. Cruzamos la cresta y bajamos por el otro valle. En aproximadamente un minuto más (de esos largos minutos que parecen durar unos cinco cada uno), teníamos la pista bajo nuestros pies.

Supusimos que los Aucas querrían echar un vistazo al avión en tierra y, al no haberlo encontrado en Arajuno, podrían haber regresado a casa.

Entonces dimos varias vueltas para avisar a los "vecinos" que habíamos venido a darles la bienvenida. Aterrizamos sobre las 8:30. A medida que el mal tiempo se desplazaba hacia el suroeste, se hizo evidente que si nos hubiéramos retrasado cinco o diez minutos, habríamos llegado demasiado tarde.

Caminando desde la pista hasta la casa, nos preguntábamos si nos estarían vigilando. Ed se adelantó con las manos ocupadas. Si buscaban filetes grandes con hueso largo, esta vez no lo encontraron. Yo tenía una mano en el bolsillo, activando y desactivando el seguro de mi pistola de fogueo con indiferencia, mientras me preguntaba cuánto debíamos avanzar antes de permitir que un disparo señalara el fin de toda la operación. Una vez más, sentimos la necesidad de la guía e intervención de Dios de una manera especial.

Al acercarnos a la casa, escuchamos un villancico en quichua. Ed explicó que Marilou estaba ensayando con los indígenas locales para un programa navideño. Al entrar, Ed tomó la iniciativa durante unos minutos y les dio a los lugareños una charla motivadora sobre "Cómo ganar amigos e influir en las personas", exhortándolos también a respetar nuestra obligación cristiana de llevar el Evangelio a los aucas. Parecería que, en este punto, el grado de fervor misionero entre estos nuevos conversos dependería en gran medida de quién vio a quién primero y en qué

circunstancias.

El ensayo del programa navideño transcurrió con cierta debilidad unos minutos más y luego se dio por terminado. Ed amablemente pidió a los indios que se marcharan a casa. Pero se quedaron. Finalmente, Ed les ofreció dulces si iban. Accedieron. Les dio a los dos líderes unos dulces especiales para que fueran más valientes.

Cuando por fin estuvimos solos, Ed entró tranquilamente en la sala, como el amable policía local, y le dijo a Marilou: «Tranquilízate, señora. Todo va a salir bien. Solo queremos los hechos». (La capacidad de estos tipos para meter algo así en una situación tan grave es una gran ventaja. Es como si te obligara a meter la segunda marcha cuando has estado acelerando demasiado).

Parece que a las 5:40 a. m., Fermín, el indígena que había estado durmiendo en la escuela para ayudar a vigilar mientras Ed estaba ausente, bajó por el sendero hacia la chacra para atender las exigencias de la naturaleza. Cuando llegó casi al poste que sostiene el avión a escala, vio a un hombre al final del sendero.

...desnudo, con una lanza y el pelo recogido en un moño. Al verse, el auca corrió hacia el bosque. A las 5:40 y diez segundos, Fermín llamaba a la ventana de Marilou. Por suerte, su arma (en el aula) no estaba cargada y necesitaba pólvora y munición. Por supuesto, Marilou no le dio nada. Estaba seguro de que se había vuelto loca y procedió a intentar convencerla con buenos consejos sobre cómo cuidar a los aucas. Estaba realmente pálido y excitado. Parecía de verdad.

Primero, Marilou le quitó el arma descargada al pobre hombre. Luego, aunque tenía siete meses de embarazo, tomó un machete de regalo y se dirigió por el sendero gritando 'biti miti punimupa'... Me gustas... Me gustas. Entre sus gritos, podía oír a Fermín llamándola en quichua... 'Estás loca... estás loca... te matarán primero'. Cuando estaba a dos tercios del camino hacia el lugar donde habían visto al salvaje, Fermín y Carmela, la niña india que vive con Marilou para ayudar en la casa, llegaron corriendo y la alcanzaron justo a tiempo para que los tres vieran una huella fresca y húmeda en una tabla seca al otro lado de una pequeña zanja. La huella se dirigía hacia la casa. Al otro lado del sendero encontraron hierba recién pisada, que conducía al bosque. Marilou arrojó el machete al sendero fresco y gritó...

Un poco más, y regresó a la casa. Media hora después, cuando el brujo local llegó a la escuela, acompañó a Marilou al lugar.

Al no encontrar más indicios de visitas, Marilou tomó el machete y regresaron a la casa. Carmela expresó un sentimiento común al decir que habría sospechado que Fermín imaginaba ver un auca hasta que vio la huella. Cuando Marilou le preguntó si tenía miedo, dijo que solo un poco y que estaba segura de que Dios los cuidaría. Entonces Marilou oyó a Fermín llamar a Carmela y preguntarle si la Señora tenía miedo. Carmela respondió que, por lo que ella sabía, no; a lo que Fermín respondió que sí lo tendría cuando llegara la noche y él no estuviera allí para protegerlos. Marilou entonces le preguntó si se quedaría esa noche. «Me quedaré», dijo, «si tengo un arma cargada. Sin un arma, todos moriremos».

Charlamos mientras Ed preparaba un machete y una olla, como hacemos cuando los repartimos en el barrio. A las 10:30 (con una llovizna aún tenue), desfilamos por la pista ataviados con los tocados de plumas que nos regalaron en la línea y gritando frases aucas mientras ondeábamos los regalos sobre nuestras cabezas. Debíamos parecer un par de Don Quijotes en el papel de Papá Noel repartiendo dulces a los árboles.

A las 2:30 p. m., hicimos otro safari hasta el otro extremo de la pista de aterrizaje, presentando nuestra oferta más inusual. Decidimos que esa noche sería el mejor momento para contactarlos aquí, así que volaríamos al barrio, contaríamos las cabezas y haríamos el lanzamiento de mañana hoy. Nos preparamos y despegamos, llegando a Palm Beach a las 3:30 p. m. Pasamos unos diez minutos allí revisando la playa. Todavía había tinte y vendaje en la arena, aunque las playas cercanas parecían haber estado bajo el agua desde la visita de la semana pasada. Rodamos las ruedas del avión por la playa unos setenta y cinco metros y luego echamos el carbón. La aproximación es realmente difícil, pero la salida es buena, excepto por un estrecho, pero eso está bastante río abajo. Todo el sitio nos pareció agradable esta vez. Revisamos los árboles a lo largo de la playa que podrían ser adecuados para la casa del árbol y luego hicimos el viaje de tres minutos al barrio.

Encontramos a nuestros amigos dispersos, sin ningún supervisor de tráfico esperando, lo que nos hizo pensar que tal vez los habíamos encontrado trabajando siete días a la semana por la regularidad de las visitas anteriores. Hicimos un par de sobrevuelos rasantes sobre la casa del anciano, grabando películas a cámara lenta. Una persona apareció con el mismo material que la semana pasada. No dejamos caer nada. En la casa del avión encontramos a unas cuatro personas alrededor de la casa y la plataforma, y tres arriba en la colina despejada. El tipo en la cima llevaba el bañador rojo [un regalo anterior]. Le dejamos caer un pequeño cuchillo con las cintas correspondientes y nos apresuramos a la casa principal, ya que para entonces estábamos convencidos de que faltaban hombres, lo que hacía probable que la visita a Arajuno fuera real.

Hicimos un par de pasadas rasantes grabando y luego nos detuvimos y dejamos caer una trampa en la línea. El contenido de la trampa esta semana eran pequeños paquetes de comida envueltos en hojas de plátano, carne, chocolate, yuca, galletas, dulces y algunas cuentas. Recibieron estos regalos y se sirvieron de unas veinte a cincuenta yardas de línea y ataron un regalo. Era más grande y pesado que cualquier otro hasta ahora. Le hicimos rastros a Arajuno con él. La dejamos caer, cortamos la línea, aterrizamos y nos lanzamos a través de la maleza, confiando en que cualquier serpiente inteligente sabría lo suficiente como para apartarse de nuestro camino. (Hay antídoto en el avión). El regalo era un gran pájaro negro, aparentemente su gallina, en una jaula de cesta reforzada con red y un trozo de tela de corteza. Todavía no hemos decidido qué hacer con el pájaro. También en la jaula había una rueca de hilander cargada con hilo de algodón, un regalo bien recibido.

“Tarde y noche en Arajuno...”

CAPÍTULO XV
¿Por qué se fueron los
hombres?



El momento se acercaba rápidamente. Los hombres, las otras esposas y yo pasamos largas horas discutiendo este proyecto con el que habíamos soñado durante tantos meses y años. Olive Fleming recordó lo que había leído en el diario de Pete sobre su disposición a dar la vida por los aucas. Le recordé a Jim lo que ambos sabíamos que podría significar si se iba. "Bueno, si así lo quiere Dios", fue su tranquila respuesta. "Estoy dispuesto a morir por la salvación de los aucas". Siendo aún estudiante universitario, Jim había escrito: "No es tonto quien da lo que no puede conservar para ganar lo que no puede perder".

Marilou McCully dijo: «Espero que nadie sienta presión sobre Ed para que se vaya. Esto es algo que cada pareja debe afrontar por sí sola».

Quedaban dos vuelos de regalo antes de que comenzara la operación terrestre. El 23 de diciembre, cuando los Elliot y los Fleming fueron a Arajuno a pasar la Navidad con los McCully, Nate llevó a Jim sobre el asentamiento auca. Al ver al mismo anciano que habían visto antes en un claro, descendieron en picado junto a él a no más de quince metros de distancia.

“¡Guau!” dijo Jim. “¡Ese tipo está muerto de miedo!”

Nate estuvo de acuerdo. "Es como si se hubieran preparado para no hacer nada que expresara miedo u hostilidad", escribió más tarde.

"Posiblemente temiendo asustar a la gallina de los huevos de oro. Pero sus ojos no mienten: están llenos de terror. Es comprensible, sin embargo. La expresión es la de un niño de seis años en primera fila cuando el payaso del circo le apunta con un arma enorme directamente a la cara. Está seguro de que todo es broma, pero

. . . ¡oh, hermano!

En la casa principal, el 'jefe de tráfico' vestía uniforme completo — camisa y pantalones—; todos los demás vestían o desvestían de forma más típica. Jim contó trece. En nuestra primera pasada, uno de ellos levantó lo que aparentemente era nuestro regalo. Les dejamos caer una red de transporte con tela blanca, una linterna, un par de pantalones y otras baratijas. ¡Qué no daríamos por verlos intentando entender esa linterna!

Jim anunció el despegue de su regalo en la línea, y yo me salí de la curva para sostenerlo. Es el más pesado hasta ahora. Volamos a cien kilómetros por hora de regreso a Arajuno, y el bulto de tela de corteza cayó con fuerza. Golpeó contra unos arbustos a unos veinte metros de la casa de Ed. Contenido:

“Pescado cocido

Dos o tres paquetitos de maní Un par
de pedazos de yuca cocida Un
plátano cocido

Dos ardillas, aparentemente muertas por la fuerte caída.

Un loro, vivo pero un poco nervioso.

Dos plátanos con el loro.

Dos piezas de cerámica, de arcilla, rotas en la caída.

Un trozo de carne cocida y una cola de mono
ahumada.

Este es, sin duda, el mayor esfuerzo de los vecinos por lograr un acuerdo de comercio justo. Estamos todos encantados. Jim y Ed probaron la carne, y todos comimos un poco de cacahuets. Luego, sin ofender a la amable gente que nos envió todas esas delicias, nos sentamos y disfrutamos de la comida que Marilou había preparado.

Aunque Pete aún no había tomado su decisión final, él, Olive y otras tres parejas que participarían directamente en el proyecto se reunieron el 23 para conversar. (Roger y Barbara Youderian aún se encontraban en su puesto en la selva del sur). Las esposas estaban especialmente preocupadas por saber exactamente qué medidas de seguridad se tomarían. Se decidió que se llevarían armas ocultas, y que si la situación...

Parecían estar poniéndose delicados, se les mostraba, simplemente para que los aucas supieran que el hombre blanco tenía la ventaja. Por si fuera poco, se disparaban con la única intención de asustarlos.

Roger había elaborado un plan de operaciones. A Jim se le asignó la tarea de prefabricar una casa para colocarla en un árbol. Esto garantizaría la seguridad nocturna, especialmente si se mantenía encendida una lámpara de gasolina a presión para iluminar la zona al pie del árbol. Ed era responsable de recolectar artículos para intercambiar con los aucas. Roj prepararía el botiquín de primeros auxilios, Nate se encargaría de las comunicaciones y el transporte, Jim se encargaría de las armas y municiones, y cuando más tarde Pete decidiera ir también, sería responsable de ayudar a Nate en los vuelos de ida y vuelta a Arajuno, en los vuelos sobre las casas aucas cuando gritara por el altavoz, y de mantener los suministros en la playa. Roj preparó un conjunto de señales de código para dibujar en la arena de la playa en caso de emergencia, y dibujó mapas para cada hombre con los nombres en clave que había creado para los puntos estratégicos.

El material de idioma que Jim y yo habíamos reunido en las semanas anteriores fue organizado y memorizado por cada miembro del grupo. El puesto de Marj sería en la radio en Shell Mera, estando siempre presente durante el vuelo del avión y manteniendo horarios fijos de contacto con los hombres en tierra. Se decidió que Barbara se quedaría en Arajuno, ayudando a Marilou con la preparación de la comida que Nate llevaría diariamente a Palm Beach.

La aparición de los aucas en Arajuno, el hecho de que los quichuas estuvieran adivinando con demasiada astucia, el gran estímulo de los vuelos de desembarco —de hecho, incluso el propio clima— parecían catapultarlos hacia su día D con una urgencia ineludible. En un mes comenzaría la temporada de lluvias, inundando los ríos e imposibilitando los desembarcos. El momento ideal para establecer su cabeza de playa en territorio auca sería a principios de enero, durante la luna llena.

Fijaron la fecha para el martes 3 de enero de 1956.

La Navidad en Arajuno se parecía lo más posible a la Navidad en casa gracias al ingenio de Marilou. Incluso tenía un pequeño árbol de Navidad, hecho de bambú y decorado con luces y espumillón. Ed y Jim, que ya...

Tenían asientos reservados para el viaje a Palm Beach y estaban emocionados. Pete seguía esperando en Dios en oración antes de tomar la decisión final de ir.

Las otras esposas y yo hablamos una noche sobre la posibilidad de enviudar. ¿Qué haríamos? Dios nos dio paz de corazón y la confianza de que, pasara lo que pasara, su Palabra se mantendría. Sabíamos que «cuando saca a sus ovejas, va delante de ellas». La guía de Dios fue inconfundible hasta ese momento. Cada una de nosotras sabía que, al casarnos con nuestros esposos, nunca habría duda sobre quién era primero: Dios y su obra ocupaban el primer lugar en cada vida. Era la condición del verdadero discipulado; ahora cobraba un significado devastador.

Era un momento de introspección, un momento para calcular el posible costo. ¿Fue la emoción de la aventura lo que atrajo a nuestros esposos? No. Sus cartas y diarios dejan meridianamente claro que estos hombres no salieron como algunos salen a cazar un león o a escalar una montaña. Su impulso provenía de una fuente diferente. Cada uno había hecho una transacción personal con Dios, reconociendo que pertenecía a Dios, primero por la creación, y segundo por la redención mediante la muerte de su Hijo, Jesucristo. Esta doble exigencia sobre su vida resolvió de una vez por todas la cuestión de la lealtad. No se trataba de esforzarse por seguir el ejemplo de un gran Maestro. Conformarse a la vida perfecta de Jesús era imposible para un ser humano. Para estos hombres, Jesucristo era Dios, y había asumido forma humana para poder morir y, mediante su muerte, proporcionar no solo el escape del castigo que merecía su pecado, sino también una nueva clase de vida, eterna tanto en duración como en calidad. Esto significaba simplemente que Cristo debía ser obedecido, y más aún, que él proveería el poder para obedecer. Se había llegado al punto decisivo. El mandato de Dios: «Id y predicad el evangelio a toda criatura» era el imperativo categórico. La cuestión de la seguridad personal era totalmente irrelevante.

El domingo 18 de diciembre por la tarde, Nate Saint se sentó frente a su máquina de escribir para explicarle al mundo por qué se iban, por si acaso. Al pronunciar estas palabras, habló en nombre de todos: «Al sopesar el futuro y buscar la voluntad de Dios, ¿parece correcto que arriesguemos nuestras vidas por unos pocos salvajes? Al hacernos esta pregunta, nos damos cuenta de que no es el llamado de los necesitados».

miles, más bien es la simple insinuación de la Palabra profética de que habrá algunos de cada tribu en Su presencia en el último día y en nuestros corazones sentimos que le agrada a Él que nos intereseamos en hacer una apertura en la prisión Auca para Cristo.

Al celebrar esta Navidad, que quienes conocemos a Cristo escuchemos el clamor de los condenados mientras se precipitan hacia la noche sin Cristo, sin ninguna posibilidad de salvación. Que nos conmueva la compasión como la de nuestro Señor. Que derramemos lágrimas de arrepentimiento por quienes no hemos logrado sacar de la oscuridad. Más allá de las alegres escenas de Belén, que veamos la desgarradora agonía del Gólgota. Que Dios nos dé una nueva visión de su voluntad con respecto a los perdidos y nuestra responsabilidad.

Ojalá pudiéramos comprender la suerte de esta gente de la edad de piedra que vive con el miedo mortal de ser emboscada en el sendero de la selva... aquellos para quienes el disparo de un arma significa una muerte repentina y misteriosa... aquellos que creen que todos los hombres del mundo son asesinos como ellos. Si Dios nos concediera la visión, la palabra sacrificio desaparecería de nuestros labios y pensamientos; odiaríamos las cosas que ahora nos parecen tan queridas; nuestras vidas serían repentinamente demasiado cortas, despreciaríamos las distracciones que nos roban el tiempo y cargaríamos contra el enemigo con todas nuestras energías en nombre de Cristo. Que Dios nos ayude a juzgarnos por las eternidades que separan a los Aucas de la comprensión de la Navidad y de Él, quien, aunque rico, por nuestro bien se hizo pobre para que nosotros, a través de su pobreza, pudiéramos ser ricos.

Señor, Dios, háblame al corazón y dame a conocer tu santa voluntad y el gozo de vivir en ella. Amén.

CAPÍTULO XVI

“No saldremos todosuno”



El día de Año Nuevo de 1956, Ed y su familia, junto con Pete y Olive Fleming, estaban en Shandia con Jim y conmigo, mientras que Roger y Barbara Youderian se quedaron en la casa de los McCully en Arajuno para estar disponibles en caso de que los vecinos vinieran de visita. Nate estaba terminando los preparativos para la ardua tarea de transportar a los misioneros y su equipo a la cabeza de playa.

La mañana del lunes 2 de enero fue un día despejado para volar. Para entonces, Pete ya había decidido irse, así que Nate había planeado llevarlos de vuelta a Arajuno desde Shandia ese mismo día, y trasladar a Jim el martes. Pero en la comunicación por radio de la mañana, dijo: «Jim, mejor prepárate para ir a Arajuno hoy. Necesitamos tiempo esta noche para hacer planes y deberíamos aprovechar el buen tiempo».

Jim empezó a meter sus cosas en una red de transporte indígena mientras los McCully y los Fleming volaban hacia Arajuno. Todo lo que se le ocurrió que pudiera ayudar o divertir a los aucas, si los visitaban, lo metió en la bolsa: armónica, kit para mordeduras de serpiente, linterna, View-Master con rollos de fotos, yo-yo y, sobre todo, el preciado cuaderno con material en lengua auca, con el archivo de morfología cuidadosamente organizado. Ayudé a Jim a recoger sus cosas, preguntándome todo el tiempo: "¿Será esta la última vez que lo ayude a empacar? ¿Será este el último almuerzo que tomará en Shandia?".

Cuando la avioneta regresó, sobrevolando la pista, preparándose para

aterrizar y recoger a Jim, su equipaje y las últimas piezas de la casa prefabricada del árbol que había construido, salimos juntos por la puerta principal. Jim no miró atrás. En la pista, me dio un beso de despedida y el avión despegó.

Esa noche en Arajuno, los cinco hombres elaboraron un cronograma provisional para el desembarco del día siguiente en Palm Beach, a fin de ver si todo el equipo en la playa estaría listo para la noche. No se omitió ningún detalle; se elaboraron listas de equipo para cada vuelo y se distribuyeron copias entre los miembros. Tras la cena y la reunión sobre el cronograma, se dispuso el material. El lugar empezó a parecer una cabeza de playa a medida que cada hombre revisaba y completaba sus listas de equipo.

Al acostarse, a Nate no le resultó fácil conciliar el sueño, pues recaía sobre él la mayor responsabilidad. Pasaba la noche en Arajuno para ahorrar tiempo por la mañana. Su diario relata esa noche:

Me dormí pronto, pero miraba la esfera luminosa de mi reloj a las 12:30, de nuevo a las 2:00, y desde entonces estaba de guardia en el puesto de escucha horizontal. Rezaba, intentaba repetir versículos de memoria e incluso contaba. Mi parte en este asunto parecía depender enteramente de ese primer despegue y aterrizaje. Además, les había dicho a los compañeros que solo llevaría a uno solo en el primer viaje. Eso significaba una vigilia solitaria para alguien. Roj fue descartado, porque solo hablaba jíbaro. Ed ya le había ganado a Jim con un sorteo, pero Jim resistió, alegando ser más ligero. Cuando dije que una diferencia de quince libras sería decisiva, sacaron la báscula del baño. Ed solo pesaba siete libras más que Jim. "¡Vaya, recolector de algodón!", dijo Jim. "¡Has adelgazado!".

Nate continuó en su diario: «Si me equivocaba, Ed y yo estaríamos en serios apuros. Si el avión sufría daños, sería vulnerable a una inundación, posiblemente incluso tendríamos que desmantelarlo y construir una pista en terreno más alto, ¡todo esto en un bosque habitado por aucas! Lo habíamos afrontado a la luz de pruebas anteriores y decidimos seguir adelante. Mientras dormía, o lo intentaba, seguía siendo una decisión difícil. Pero no tenía ninguna duda de que debíamos seguir adelante.»
Lo que estaba en juego lo justificaba.

“La última vez que fiché fue a las 4 a. m. Desde las cuatro hasta que un movimiento en la casa me despertó a las 5:45, dormí”.

La mañana del 3 de enero amaneció despejada. De alguna manera, Nate encontró tiempo después para registrar los acontecimientos de ese día, el día del primer desembarco en territorio auca:

Roj y yo fuimos directo al avión. Habíamos estado perdiendo líquido del freno derecho. Con una jeringa de diez cc y una aguja hipodérmica del número 22, succionamos líquido de frenos del cilindro maestro izquierdo y lo inyectamos en el derecho. Sin jabón. Insuficiente. Habíamos perdido demasiado cuando arreglé el freno la noche anterior.

“Los demás transportaban tablas, equipos y aluminio a la pista y organizaban todo en orden de prioridad.

En el contacto por radio de las 7 a. m., le pedimos a Marj que le pidiera a Johnny que nos trajera líquido de frenos lo antes posible. Además, Olive había pasado una noche difícil (enferma) y planeaba regresar a Shell con Johnny. Este retraso nos permitió desayunar tranquilamente y orar juntos.

Al final de sus oraciones, los cinco hombres cantaron uno de sus himnos favoritos, "En Ti descansamos", con la conmovedora melodía de "Finlandia". Jim y Ed habían cantado este himno desde la universidad y se sabían las estrofas de memoria. En la última estrofa, sus voces resonaron con profunda convicción.

*“Descansamos en Ti, nuestro Escudo y nuestro
Defensor, Tuya es la batalla, Tuya será la
alabanza.*

*Al pasar por las puertas del esplendor perlado,
Vencedores, descansamos contigo durante días
interminables”.*

El breve relato de Nate continúa: “Era un día precioso. Las niguas nos mantenían alerta, pero todos estábamos muy animados. Johnny apareció a las 7:40. Decidimos que debía esperar hasta que viéramos cómo resultaba el primer aterrizaje. Ed y yo despegamos sobre las 8:02 a. m. Curiosamente, habíamos empezado el programa provisional en papel a las 8 a. m., y cuando llegamos a la primera cresta, por la niebla del río sobre el Curaray, pudimos ver que nunca podríamos haber llegado antes. La niebla se volvió incómodamente más espesa bajo nosotros, pero los agujeros nos permitieron mantenernos en contacto con el río. Brillaba el sol y pensamos que sería mejor esperar, si era necesario, a los agujeros adecuados en lugar de dar marcha atrás e intentarlo más tarde.

A dos minutos del lugar, la niebla se disipó, lo que nos permitió deslizarnos con seguridad y realizar la aproximación. Entramos, simulando un aterrizaje real, comprobamos toda la longitud en busca de palos u otros peligros y despegamos.

Había planeado tres pasadas antes de aterrizar, pero la cosa estaba exactamente igual que la habíamos visto varias veces. Al entrar por segunda vez, nos deslizamos entre los árboles en un derrape lateral pronunciado. Me sentí bien al dar la última curva y llegar a la arena, así que aterricé. La rueda derecha tocó a menos de dos metros del agua y la izquierda, tres metros más tarde. Al asentarse el peso sobre las ruedas, sentí que era arena blanda; demasiado tarde para echarme atrás. Apreté el puño y esperé. Un punto más blando y habríamos caído de bruces, quizás de espaldas. Nunca llegó.

Saltamos, regocijándonos por la liberación. El alivio de haber superado ese obstáculo sin sufrir daños disminuyó mi sensibilidad ante la inminente posibilidad de no poder despegar. Fue maravilloso simplemente estar allí.

Corrimos por la arena buscando la mejor ruta para intentar despegar y quitando los palos que podían pinchar una rueda. Luego, Ed llevó la cámara al otro extremo mientras yo rodaba de vuelta hacia una posición de despegue.

“A unos treinta metros del final sentí que la rueda derecha se hundía y me dio un vuelco el corazón. Apagué el motor y Ed aceleró. Él levantó el ala baja y yo levanté la cola. Luego, usando el motor, y con Ed escorando el ala, salimos del terreno más blando y apagamos el motor. De nuevo buscamos zonas más difíciles. Finalmente, empujamos el avión hacia atrás, hacia unos arbustos justo al borde de la playa. Esto significó perder treinta yardas de las 200 disponibles, una pérdida crítica considerando la consistencia generalmente blanda de toda la zona. Sin embargo, el avión había sido aligerado y ahora volábamos a solo 300 metros sobre el nivel del mar, donde obtendríamos más sustentación del ala.

Al volver al avión, Ed se dirigió de nuevo al otro extremo de la playa. Me estremecí un poco al pensar en lo que Ed podría grabar con esa cámara. Tras una última comprobación, la solté. La arena se aferró a las ruedas, pero la aceleración seguía pareciendo satisfactoria, así que me aferré y despegué a unos 130 metros (unos cuarenta o cincuenta antes de estar sobre el agua) aproximadamente.

A treinta millas por hora. Lo mantuve cerca del agua para ganar velocidad y luego salí abruptamente de ese cañón de madera dura; di la vuelta, saludé a Ed y me dirigí hacia Arajuno; aún no estaba muy seguro de qué hacer. Al menos ahora sabía lo que me esperaba.

En Arajuno, todos se alegraron de ver el avión de regreso, pero mi historia apagó considerablemente el espíritu festivo. Descartamos la lista programada para el vuelo número 2 y, en su lugar, llevamos a Jim y Roj con el equipo básico absolutamente esencial, como el walkie-talkie y un poco más de comida. Los hombres me dieron más lastre en la popa. Si algo salía mal, si nos desviamos en el aterrizaje, seríamos al menos cuatro. Johnny sigue de pie. Sugirió ablandar las ruedas para que no se desplomaran en la arena. Nunca se me ocurrió, pero al reducirlas a unos cuatro kilos cada una, me sentí mucho mejor.

Despegamos con tres minutos de retraso. La niebla casi había desaparecido.

Dimos una vuelta, revisamos el arnés de seguridad y nos deslizamos entre los árboles. Las llantas blandas se mantuvieron mucho mejor sobre la arena y el sol estaba secando la superficie.

La reunión de los tres mosqueteros fue jubilosa. Se pusieron a limpiar los escombros de la playa mientras yo preparaba el avión para el despegue, tal como lo había hecho la última vez: lo mismo: cruzar el agua y luego subir y salir.

El viaje número 3 llevó la radio, algunas herramientas y los tableros de primera prioridad para la casa del árbol. Creo que iban con unos diez minutos de retraso.

Los tres hombres en la playa encontraron un buen árbol, cerca de la arena y con una ligera pendiente, donde empezaron a clavar la escalera y la casa del árbol. No habían imaginado que fuera un palo fierro, pero resultó serlo: una madera que hace honor a su nombre. Los siguientes vuelos trajeron artículos personales, una radio más grande, más comida y las últimas tablas y aluminio.

Más tarde, Nate registró: “Llevo veinticinco minutos de retraso porque estaba perdiendo el tiempo en reuniones de comité no programadas en la playa”.

Con cinturones de seguridad puestos, plagados de infinidad de abejas sudoríparas y pequeños mosquitos, los hombres lograron fijar con clavos las dos plataformas donde dormirían, con un techo de aluminio encima. Tras completar el quinto vuelo de Nate, se dirigió a Terminal City, donde gritó a los aucas por el sistema de megafonía: «Vengan mañana al Curaray». Los indígenas «mostraron desconcierto al escuchar el mensaje». Nate regresó brevemente a Palm Beach y les dijo a los compañeros que les había dado el mensaje a los aucas. Luego voló a Arajuno para dormir.

A la mañana siguiente, miércoles 4 de enero, Jim me escribió una carta. Acabo de sudar un poco con la manivela de la radio. Nadie nos escucha, pero leemos todos los contactos de la mañana con claridad. Pasamos una buena noche con un descanso para tomar un café y un sándwich a las 2 a. m. No pusimos guardia anoche, ya que nos sentimos muy cómodos y seguros a diez metros del suelo en nuestras pequeñas literas. La playa es buena para aterrizar, pero demasiado blanda para despegar. Tenemos estas tres alternativas: (1) esperar a que el sol la endurezca y sentarnos hasta que una brisa fuerte permita despegar; (2) ir a Terminal City; (3) salir caminando. Vimos huellas de puma [león de la selva] en la arena y las oímos anoche. Es una selva hermosa, abierta y llena de palmeras. Mucho más calurosa que Shandia. Sudé con solo una red encima anoche. Tenemos esperanzas, pero aún no hay señales de los "vecinos". Quizás hoy sea el día en que lleguemos a los Aucas. Fue una lucha levantar esta cabaña, pero sin duda vale la pena estar arriba. El suelo. Bajamos ahora. Pistolas, regalos, novedades y oraciones en nuestros corazones. Todo por ahora...

Ed le escribió a Marilou:

Querido bebé:

Es la 1:00 p. m. y acabamos de cenar. Nate sale a ver si encuentra a los niños. Los esperamos. La comida está bien y es abundante. Esta noche les llevaré algo de ropa sucia con Nate. Hay muchos bichos. Aquí tienen una lista de cosas que necesitamos:

- 1. Dos colchones de aire (estamos enviando los de plástico).*
- 2. El punzón para estufa de presión de gasolina.*
- 3. Tres shigras [redes de transporte indias] para colgar en nuestra casa del árbol para poner cosas dentro.*
- 4. 1 lata de leche vacía para poner dulces.*
- 5. Alcohol para estufa de presión.*
- 6. Mis gafas de sol.*
- 7. Repelente de insectos.*
- 8. Más leche y limonada.*
- 9. Restos viejos de carne para cebo de pescado.*

Te quiero mucho. Dale mi cariño a los chicos.

*Ed
Gracias por todo.*

10. Casco solar, si lo hay.

El miércoles por la mañana, Nate y Pete despegaron de Arajuno, sobrevolaron Terminal City y notaron que la multitud se estaba dispersando. Esto les hizo pensar que los chicos iban camino a Palm Beach. Al aterrizar en la franja de arena de Palm Beach, encontraron a Ed, Roj y Jim paseando por la playa, ofreciendo regalos y gritando frases de bienvenida a los árboles. Nate se puso a revisar la radio y descubrió que el transmisor no funcionaba debido a una conexión suelta en el micrófono. Se sintió aliviado al restablecer contacto con Marj en Shell Mera. Roj y Nate construyeron una casa en la playa y luego fueron a nadar mientras Ed y Jim se relajaban en la casa del árbol.

La tarde transcurrió y, mientras el sol tropical comenzaba a ocultarse tras los grandes árboles del bosque, Nate una vez más sacó el pequeño avión del valle del río y él y Pete se dirigieron a Arajuno para pasar otra noche.

“Gracias a Dios por la bendición tan evidente que hemos visto ayer y hoy”, escribió Nate en su diario. “Gracias a Dios por un buen equipo, y que nadie deje de alabarlo”.

De nuevo, el jueves 5 de enero, Nate, con un gran sentido de urgencia, escribía sobre los acontecimientos a medida que sucedían. Su relato de los sucesos del día, en la última semana, estaba garabateado a lápiz en un cuaderno escolar (no había máquina de escribir en Palm Beach):

Todo está tranquilo en Palm Beach. Sin embargo, estamos seguros de que nos vigilan. De camino esta mañana, Pete y yo sobrevolamos Terminal City; dos mujeres y dos niños estaban en la casa del anciano. La casa del avión está desierta. Probablemente mujeres y niños hayan subido a la casa grande. La casa grande mostraba a cinco o seis mujeres, varios niños y posiblemente a un anciano.

Al descender hacia Palm Beach, revisamos aproximadamente una milla de playas debajo del campamento. Vimos varias huellas, probablemente de tapir y otros animales más pequeños. De camino al campamento, estábamos en el lecho del río pensando en saludar a los compañeros y detenernos para dar la vuelta y aterrizar cuando, justo en una curva debajo del campamento, avistamos huellas. Nos detuvimos y volvimos para echar otro vistazo. Eran inconfundibles. Pasamos zumbando junto al campamento, saludamos, nos detuvimos y dimos una vuelta para revisar las dos playas que había encima (sin jabón) y aterrizamos.

La noticia de las huellas animó considerablemente la fiesta.

Todos habían dormido bien en la casa del árbol. A las 9 p. m., un fuerte viento meció los árboles y produjo tales ruidos que despertaron a los tres hombres. Pero pronto los tres volvieron a dormirse. Tenían una linterna encendida allí arriba para mantener el objetivo bien iluminado. A las 5 a. m., iluminaron la playa con la linterna para revisar un machete de regalo que habían dejado la noche anterior. ¡No estaba! Durante los siguientes quince minutos, la selva resonó con frases aucas, quizás con acento del Medio Oeste. Entonces, iluminaron para observar más de cerca. Una hoja grande había caído sobre el cuchillo, ocultándolo. ¡Qué mala suerte!

Cuando Pete y yo llegamos, Jim estaba pescando en el río casi con el uniforme de un auca. La modestia parece poca consideración después de ver cómo visten nuestros "vecinos". Si nuestra vestimenta sirve de criterio, les damos todo. La camisa de manga larga, los pantalones y el sombrero de

paja de Pete lo hacen parecer...

Como un vagabundo. Las moscas nos mantienen a todos bien vestidos con camisetas, pantalones y zapatillas. Jim se sienta bajo el humo de la fogata cuando no está pescando o en medio del río, predicando frases de su cuaderno.

Salvo por los cuarenta y siete mil millones de insectos voladores de todo tipo, este lugar es un pequeño paraíso. Con la ayuda del humo y el repelente, todos disfrutamos muchísimo de la experiencia. Hace un rato, Jim pescó un bagre de quince pulgadas. Ahora se está asando en el fuego. Ed y Roj están en la curva, quitando un grupo de árboles peligrosos del acceso. Bajar por allí está bastante cerca; ahora será mucho mejor.

Pete está revolviendo. Le está empezando a interesar el almuerzo. Acaba de vaciar una bolsa de plástico de verduras crudas preparadas en una olla a presión ya parcialmente llena de trozos de carne. Ya subió a la casa del árbol a buscar sal.

La 'armadura' que Roj hizo (placa de pecho y abdomen) con un bidón de gas funcionó muy bien como estufa. Mientras preparábamos vapor para el guiso, echamos nidos de termitas al fuego para ahuyentar a los mosquitos, como hacen los indios. Para cuando los tres mosqueteros regresaron, el guiso ya estaba listo y todos estaban listos para probarlo. Entró con facilidad, acompañado de generosas cantidades de limonada tibia.

Desde que Pete y yo desembarcamos y reportamos las huellas humanas entre el tapir y otros, fuimos objeto de burlas. Sin embargo, la curiosidad nos llevó a la prueba de fuego, y Jim y Roj comenzaron a bajar río abajo, vadeando y recorriendo las playas para verificar de cerca. Acordamos que si no aparecían en una hora, los buscaríamos desde el aire. Cincuenta minutos después los vimos venir. Me acerqué al agua para encontrarlos y obtener la palabra: "Tapir", gritaron. Luego, acercándonos, "Aucas, al menos treinta". ¡Características! Efectivamente, había huellas: un adulto, un joven, de unos doce años, y un bebé pequeño, pero las huellas tenían quizás una semana. El barro en el que estaban impresas estaba agrietado por el secado. A cien por hora o no, sin duda habíamos distinguido las huellas de las muchas huellas de animales.

Entre otras huellas, había caimanes, pumas, tapires, etc. También vimos patos de buen tamaño. Alguien dijo: «Qué lástima que estén fuera de temporada». (Prohibimos disparar armas de fuego por miedo a asustar a los indígenas).

“Cuando alguien comentó con humor que, aunque estábamos en Ecuador, no hablábamos español, la respuesta fue: 'Aquí nadie más lo habla tampoco’”.

Todos habíamos descubierto los beneficios de tumbarnos en aguas poco profundas, sumergidos en nueve décimas partes, y como acababa de terminar el contacto de las dos de la tarde, me quité la ropa y eché a correr a los mosquitos al agua, llevándome el casco. A los chicos les pareció una imagen majestuosa: solo un casco y dos pies descalzos asomando del agua, así que sacaron un par de cámaras. Mejoramos algunas fotos añadiendo la revista Time a la "siesta hidráulica".

Jim empezó a leernos una novela. Nos entusiasmos con las sugerencias más bien graciosas y finalmente llegamos al final para ver quién se había casado con quién y lo dejamos a un lado para leer algunas cosas de la revista Time. Una descripción indulgente nos dejó alucinados: «Parecía un Tom de barrio que empieza su novena vida en el circuito de los cubos de basura».

A las 3 de la tarde, subí a la cima y volé en círculos hasta los 1800 metros, donde pude ver el claro de Auca y Palm Beach al mismo tiempo. Luego, planeé hacia abajo lentamente, deteniéndome de vez en cuando para dar vueltas cerradas a toda velocidad para que cualquiera pudiera oírme y deducir la dirección por el sonido. Al acercarme a tierra, creí ver huellas humanas recientes a solo dos curvas río arriba del campamento. Estaban entre antiguas huellas de tapir; no pude despertar ningún entusiasmo en el campamento. Yo también estaba a punto de perder el entusiasmo, por todo.

“A las 4:30 todos sentíamos que los Aucas aún no habían encontrado nuestra ubicación.

Sin embargo, todos estaban decididos a aguantar la gota gorda hasta que nos encontraran y se dejaran ver. Lo que sí es seguro es que si nos quedamos agotados esperando en la playa, los Aucas van a perder el control para cuando nos encuentren, después de dos o tres días de caminata por la selva. Pete y yo estábamos listos para despegar hacia Arajuno a las 4:45. El aire estaba muerto. Dejamos atrás todo el peso innecesario. A

medida que empezábamos a descender con dificultad por la suave arena en la pista de despegue, no lo hacíamos nada bien. A mitad de camino...

En ese momento, apagué el acelerador y nos detuvimos a unos treinta metros. Parecía que Pete podría ayudar a vigilar la casa del árbol durante la noche, pero regresamos a la posición de despegue para un último intento. Roj nos convenció de apagar el motor y empujar el avión a mano lo más atrás posible. ¡La rueda de cola estaba a solo unos metros del agua! Entonces Jim bajó a la manga de viento para dar señales y, con Ed y Roj empujando los puntales del ala, partimos. Esta vez lo logramos y fuimos directos a Terminal City. Dimos dos vueltas alrededor de la casa principal, repitiendo las palabras «Curaray Apa» (Río).

El motor dio un vuelco sobre Terminal City (problema con la bujía). Un hombre estaba en la plataforma, arrodillado en dirección al campamento y señalando con ambas manos. Esto nos dio un gran impulso. Nos apresuramos a regresar y planeamos sobre el campamento gritando la noticia. Hicieron la señal de que todo estaba bien y pusimos rumbo a casa. En Arajuno dimos un par de vueltas, gritando "bienvenidos" a cualquiera que pudiera estar en el bosque, y luego aterrizamos. Después de aterrizar, Pete y yo recorrimos la pista con un machete de regalo, sin jabón.

Cada vez sentimos más afecto por estos tipos. No debemos permitir que eso nos lleve a la negligencia. No es poca cosa intentar tender un puente entre el siglo XX y la Edad de Piedra. Que Dios nos ayude a ser precavidos.

Todos están en la cama y durmiendo. Así que me toca a mí bajar por el sendero y apagar el diésel. Mi pequeño revólver de fogueo es un compañero bienvenido en semejante aventura. Pero la seguridad es del Señor. Ojalá los veamos pronto. Buenas noches.

CAPÍTULO XVII

Éxito el viernes



Alrededor de las once de la mañana del viernes 6 de enero, Nate y Pete estaban sentados en el pequeño refugio para cocinar que habían construido en la arena. Ed estaba en la parte alta de la playa, Roj en el centro y Jim en la baja, continuando con sus bombardeos verbales sobre la selva. A las 11:15, sus corazones dieron un vuelco cuando una voz masculina y clara resonó desde el otro lado del río respondiendo al llamado de Ed.

Inmediatamente, tres aucas salieron al descubierto. Eran un joven y dos mujeres —una de unos treinta años, la otra una chica de unos dieciséis—, desnudos salvo por cuerdas atadas a la cintura, las muñecas y los muslos, y grandes tapones de madera en los lóbulos de las orejas. Los misioneros, momentáneamente atónitos ante la sorpresa, finalmente lograron gritar simultáneamente, en auca: "¡Puinani! ¡Bienvenidos!"

El hombre auca respondió con un torrente verbal, señalando con frecuencia a la niña. Su lenguaje era ininteligible, pero sus gestos eran claros. «La ofrece para intercambio», exclamó Pete, «o tal vez como regalo».

Cuando pareció que los aucas querían que alguien cruzara, Jim se puso los pantalones cortos y empezó a caminar hacia ellos. Los demás le advirtieron que fuera despacio. Jim dudó y los aucas dudaron un poco, pero a medida que Jim se acercaba poco a poco, la chica se acercó al agua y se bajó de un tronco. El hombre y la otra mujer los siguieron poco después.

Jim los tomó de la mano y los guió al otro lado.

Con amplias sonrisas, muchos "puinanis" y muchas referencias a sus libros de frases, los cinco transmitieron la idea de que sus visitantes habían "venido bien" y no debían tener miedo. La inquietud de los Aucas desapareció y comenzaron

parloteando alegremente entre ellos y con los hombres, “aparentemente sin tener idea de que no los entendíamos”.

Roj sacó unos cuchillos de pelar, que aceptaron con gritos de alegría. Nate les regaló un machete y un avión a escala. Los demás, recordando de repente las armas en la cocina y la casa del árbol, volvieron a esconderlas bajo su mochila. Sacaron cámaras y tomaron docenas de fotos, mientras las mujeres hojeaban un ejemplar de la revista Time, y al hombre lo rociaban con insecticida para demostrarle cómo la civilización lidiaba con las plagas. El grupo, espontáneamente, empezó a llamarlo "George".

En ese momento, la chica —los hombres la llamaban "Delilah"— se acercó al Piper, frotándose contra la tela e imitando con las manos el movimiento del avión. Parecía "ensoñadora", escribió Pete, "mientras que el hombre se mostraba natural y seguro de sí mismo, completamente despreocupado. No mostraron miedo ni comprensión ante las cámaras".

Pete continuó: “Pronto el tipo empezó a mostrar interés en el avión y, por su conversación, supusimos que estaba dispuesto a sobrevolar el pueblo para llamar a sus compañeros. Le pusimos una camisa (hace frío arriba) y subió al avión sin mostrar ninguna emoción, salvo su entusiasmo por cumplir con su parte. Imaginó cómo iba a llamar y repitió las palabras. Nate rodó por la pista y despegó mientras «George» gritaba todo el camino. Tras dar vueltas y gritar brevemente, Nate aterrizó de nuevo, pensando en darle un descanso al tipo antes de emprender el vuelo a su pueblo. ¡Nada que hacer! Estaba listo para partir en ese mismo instante”.

Subieron de nuevo, esta vez para rodear Ciudad Terminal. ¿Qué habrían pensado aquellos hombres primitivos al contemplar las copas de los árboles y el mar verde que se extendía bajo él, y de repente reconocer un claro familiar, con figuras conocidas? «George» rió entre dientes con alegría y se asomó para saludar y gritar a sus compañeros de aldea. «La mujer de la casa del Viejo», escribió Nate, «se quedó boquiabierta al ver a «George»... con la expresión de alegría en el rostro del joven en el andén».

De vuelta en la franja de arena, "George" saltó, aplaudiendo. Los cinco hombres inmediatamente dieron gracias a Dios, con la cabeza en alto para intentar demostrar a sus visitantes que se dirigían a su Padre Celestial. Como dijo Ezequiel: "La Palabra estaba en mis huesos como fuego vivo", y para estos hombres, el impulso de llevar a los aucas el mensaje de redención por la sangre de Jesús solo se vio obstaculizado por la barrera del idioma. ¡Ojalá pudieran superar de repente la barrera y transmitir a los indígenas una muestra del amor de Dios!

Los misioneros mostraron a sus invitados maravillas modernas como ligas elásticas, globos y un yo-yo; les sirvieron limonada y hamburguesas con mostaza, que evidentemente disfrutaron. Luego intentaron transmitirles la idea de que una invitación a visitar la aldea auca no sería desdeñada. "George" no mostró ningún entusiasmo por esta idea.

"¿Por qué se muestra tan reacio cada vez que abordamos el tema?" preguntó uno de los cinco.

Otro respondió: "Quizás no tenga la autoridad para invitarnos por su cuenta". "A las 4:15", escribió Nate, "decidimos volar de nuevo. 'George' decide ir

Nos llevamos. Decimos que no. Mete su machete y el sobre con objetos de valor en el avión, mira a Pete como si ya le hubiera dicho que estaba bien y sube. De camino, por fin conseguimos hablar con Marj por radio. ¡Qué alegría!

De vuelta en Palm Beach, tuvimos una reunión estratégica; hablamos de ir a las casas de los aucas si llegaba una delegación de, digamos, seis aucas y parecían dispuestos a escoltarnos. Después, se haría todo lo posible para construir una pista de aterrizaje en su valle. Los compañeros intentaron explicarle a 'George' cómo se debía despejar una pista de aterrizaje en su aldea.

Al principio no entendía la palabra para árboles. Cuando por fin lo entendió, corrigió su pronunciación. Clavaron palos en la arena para representar árboles; luego, con uno de los aviones a escala, Nate le mostró a "George" cómo el avión se estrellaría y daría vueltas entre los árboles. Con el modelo tendido boca arriba entre los palos en la arena, todos los chicos menearon la cabeza y gemieron con evidente angustia. La escena se recreó, solo que...

Esta vez, los compañeros tomaron machetes, talaron todos los árboles (palos) y alisaron la arena con cuidado. El aeromodelo se acercó para un aterrizaje suave, entre gran regocijo.

A medida que transcurría el día, «Delilah» mostraba signos de impaciencia. En una ocasión, cuando Jim Elliot se separó del grupo para subir a la casa del árbol, ella saltó y lo siguió. Cuando él se dio la vuelta y se reunió con los demás, ella parecía abatida.

Más tarde, mientras Nate y Pete se preparaban para regresar a Arajuno, "George" pareció comprender que no podía acompañarlos. Antes de que el avión despegara, los chicos reunieron cuidadosamente toda la película expuesta y todo lo que se había escrito para llevarlo a un lugar seguro. Si ocurría algo imprevisto, no querían que el disco se perdiera.

Cuando los Aucas indicaron que podían pasar la noche en la playa, los tres mosqueteros les ofrecieron hospitalariamente la pequeña choza que usaban para cocinar, indicándoles que la ocuparan si lo deseaban.

«Delilah», sin embargo, tenía otras ideas. Dio media vuelta y se alejó caminando playa abajo. «George» la llamó, pero ella siguió adelante. Él la siguió hacia el bosque. La mujer mayor se quedó junto al fuego «conversando con Roj». Permaneció en la playa casi toda la noche. A la mañana siguiente, cuando Jim bajó a encender el fuego, la encontró desaparecida, pero las brasas de su fogata seguían rojas.

Los acontecimientos del día siguiente, sábado 7 de enero, fueron decepcionantes. Los hombres aguardaban con esperanza, esperando que los aucas llegaran enseguida con una invitación a su aldea. Pero nadie llegó. Alrededor del mediodía, Jim miró su reloj.

—Bien, chicos —dijo—. Les doy cinco minutos. ¡Si no aparecen, voy para allá! La sabiduría le impidió cumplir su amenaza, pero regresó al bosque por un sendero rudimentario que había descubierto detrás de la casa del árbol, con la esperanza de encontrar algún rastro de ellos. Encontró el suelo del bosque notablemente abierto, con abundantes rastros de animales, pero ninguna huella humana.

Nate y Pete sobrevolaron Terminal City y se desanimaron al encontrar señales de miedo. En el primer viaje, todas las mujeres y los niños corrieron a esconderse. Algunos hombres a la vista parecieron aliviados al oír a Nate gritar: "¡Vengan, vengan!"

¡Venid!” Les lanzó una manta y un par de pantalones cortos para tranquilizarlos.

En el segundo vuelo, "George" apareció con un grupo de hombres. Un anciano señaló hacia Palm Beach y parecía amable, pero no eufórico. El tercer vuelo demostró que el miedo había desaparecido. Nate informó: "Recibí algunas sonrisas de 'George' y de otro joven que, como se puede imaginar, probablemente aspira a viajar en el avión".

Ed le escribió una nota a Marilou esa tarde:

Querido bebé:

Son las 4:30 y aún no hay señales de nuestros visitantes, pero creemos que llegarán, si no esta noche, mañana temprano. Gracias de nuevo por la ropa y la comida. Sin duda, estamos comiendo bien. Esta operación ha estado bien alimentada de principio a fin.

Ahora sentimos que debemos apresurarnos para ir allá y terminar la pista de aterrizaje lo antes posible, pero tendremos que esperar a ver cómo nos guía Dios, y a ellos también. Parece que Pete estará allí para ayudarte mañana por la mañana. Dales mi cariño a Stevie y Mikey y diles que los veré pronto, y a Carmela también. Todo por ahora. Con todo mi cariño.

Ed.

Esa noche en Arajuno, mientras se revolvía en su litera, Nate se preguntaba si se había hecho todo lo posible para interesar a los visitantes y animarlos a regresar con sus amigos. ¿Por qué habían sido tan informales? A veces, al recordarlo, parecían casi aburridos. La explicación de Jim lo tranquilizó:

Eso es indio. Si lo llevaras a la Luna, estaría satisfecho en cinco minutos.

Mientras subían al Piper el domingo por la mañana, Pete gritó: «Adiós, chicas. Recen. Creo que hoy es el día».

En Palm Beach, los chicos disfrutaron del helado y los muffins de arándanos calientes, recién salidos del horno, que Marilou les había enviado. Todos acordaron visitar Terminal City. Esta vez, Nate fue solo. Sobrevolando Terminal City, solo encontró a un puñado de mujeres y niños. Esto le animó.

Elevándose. ¡Sin duda, los hombres por fin iban camino al Curaray! Y, efectivamente, en el vuelo de regreso, avistó a un grupo de hombres "en ruta" a Palm Beach. Al aterrizar, les gritó a los cuatro: "¡Aquí está, chicos! ¡Ya vienen!".

Se había concertado un contacto con Marj en Shell Mera para las doce y media.

Sin aliento y aún usando sus palabras clave, Nate contó que vio una "comisión de diez" que venía de Terminal City, y añadió: "Parece que estarán aquí para el servicio de la tarde. Oren por nosotros. ¡Hoy es el día! Los contactaré a las cuatro y media".

CAPÍTULO XVIII

Silencio



A las cuatro y media en punto, Marj Saint encendió con entusiasmo la radio en Shell Mera. Ese era el momento de la gran noticia. ¿Habían invitado a los hombres a seguir a los aucas a sus casas? ¿Qué más podría informar Nate?

Volvió a mirar su reloj. Sí, eran al menos las cuatro y media. No se oía nada de Palm Beach. Ella y Olive se acurrucaron cerca de la radio. El ambiente no interfería. Quizás el reloj de Nate iba un poco atrasado.

En Arajuno, Marilou y Barbara también tenían la radio encendida. Silencio. Esperaron unos minutos y luego llamaron a Shell Mera.

Arajuno llamando a Shell Mera. Arajuno esperando a Shell Mera. ¿Alguna noticia de Palm Beach, Marj? Cambio.

Shell Mera a la espera. No, aún no hay noticias. Estaremos a la espera. Ni un crujido rompió el silencio.

¿Estaban los hombres tan absortos en entretener a sus visitantes que olvidaron el contacto planeado? Cinco minutos... diez minutos... No, era inconcebible que los cinco lo olvidaran. Era la primera vez desde que Nate empezó a volar en la jungla en 1948 que él y Marj habían estado sin contacto ni siquiera una hora.

Pero quizás su radio no funcionaba. Ocurría de vez en cuando. Las mujeres se aferraban a cada pequeña esperanza, negándose a pensar que algo realmente hubiera salido mal. Su suspenso era aún mayor porque la mayoría de sus amigos misioneros en la red desconocían que la Operación Auca estaba en marcha. En Arajuno, Barbara y la pequeña Beth...

Youderian se había arreglado un poco, ya que estaba previsto que Roj viniera a Arajuno esa noche, mientras Pete dormía en la casa del árbol. Seguramente la avioneta pasaría volando sobre las copas de los árboles antes del anochecer. Caminaron por la pista de aterrizaje, esperando...

Justo después del anochecer, Art Johnston, uno de los médicos del Hospital Vozandes, afiliado a la radio misionera HCJB de Quito, entró en la sala de radio de Shell Mera. La radio seguía encendida, pero Marj estaba sentada con la cabeza apoyada en el escritorio.

“¿Pasa algo, Marj?”

Le contó brevemente la situación, pero le pidió que no la divulgara aún. Si no había ocurrido nada grave, sería desastroso divulgar lo que estaba sucediendo. Ninguna de las esposas durmió mucho esa noche.

A las siete de la mañana del lunes 9 de enero de 1956, Johnny Keenan, colega de Nate en la Fuerza Aérea Militar (MAF), volaba hacia la franja de arena que Nate le había indicado. Mientras volaba, Marj me llamó a Shandia: «No hemos tenido noticias de los chicos desde ayer al mediodía. ¿Podrías esperar a las diez en punto para el informe de Johnny?»

Fue la primera vez que supe que algo andaba mal. Un versículo que Dios había grabado en mi mente cuando llegué a Ecuador regresó repentina y tajantemente: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo, y por los ríos, no te anegarán». "Subí las escaleras para Continúa enseñando la clase de alfabetización a las niñas indias, orando en silencio: “Señor, no permitas que las aguas se desborden”.

A eso de las nueve y media llegó el informe de Johnny. Marj me lo transmitió en Shandia:

Johnny encontró el avión en la playa. Le quitaron toda la tela. No hay señales de los muchachos”.

En Shell Mera, un piloto del Instituto Lingüístico de Verano, Larry Montgomery (quien también es oficial de reserva de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos), contactó sin demora al Teniente General William K. Harrison, comandante en jefe del Comando del Caribe, que incluía el Servicio de Rescate Aéreo de los Estados Unidos en Panamá. La emisora de radio HCJB también fue informada y la noticia dio la vuelta al mundo: «CINCO HOMBRES DESAPARECIDOS EN AUCA».

TERRITORIO.” Al mediodía, se pusieron en movimiento todas las fuerzas posibles que pudieran contribuir a su rescate, incluidas las oraciones de miles de personas en todas partes del mundo.

Barbara y Marilou fueron trasladadas en avión de Arajuno a Shell Mera. Confiaban en que habría sobrevivientes, así que dejaron una nota en la puerta de la casa de Arajuno indicando dónde encontrar medicinas y alimentos.

¿Qué pasaría si uno de ellos se tambaleaba herido al volver a casa, o si todos regresaban tras un agotador viaje por la selva? Marilou decidió que debía regresar para ayudarlos. El lunes por la tarde, regresó en avión a casa, donde permanecería tres días más. El lunes por la noche se decidió organizar un grupo de búsqueda terrestre, suponiendo que uno o más de los hombres aún estuvieran vivos, y Frank Drown, colega de Roger Youderian y con doce años de experiencia en la selva entre los jíbaros, fue elegido por unanimidad para liderar el grupo. El Dr. Art Johnston se ofreció a acompañarlos como médico. Trece soldados ecuatorianos se ofrecieron voluntarios de inmediato.

La noticia “me hizo sudar frío”, dijo Frank, “pero le pregunté a mi esposa, Marie, si le importaba que fuera”. “Por supuesto que debes ir”, fue su respuesta, y Frank aceptó sin dudarlo.

El martes por la mañana, salí de Shandía en avión con Rachel, la hermana de Nate, quien había estado conmigo mientras los hombres iban de viaje a los Auca. Frank fue traído de Macuma, y muchos de los misioneros llegaron a Shell Mera desde Quito, algunos como voluntarios para acompañar a la expedición. Se recibió la noticia por onda corta de que un helicóptero venía de Panamá, lo que animó a Shell Mera. Esa noche, el piloto de una aerolínea ecuatoriana llegó a la casa para informar a las esposas que había sobrevolado el lugar alrededor de las seis de la tarde y había visto, a poca distancia río arriba, un gran incendio, "sin humo", lo que indicaría quizás un incendio de gasolina o una hoguera de señales. Nate siempre llevaba bengalas de señales en su kit de emergencia. Esto fue un rayo de esperanza para que las cinco esposas pudieran dormir esa noche.

El miércoles, Johnny Keenan despegó de nuevo en el segundo Piper Cruiser de MAF, un gemelo del avión de Nate, en su cuarto vuelo sobre Palm Beach para ver si había señales de vida. Marj, que apenas había

dejado la radio desde...

El domingo por la tarde, me quedé esperando sus informes. Barbara, Olive y yo estábamos arriba. De repente, Marj llamó: "¡Betty! ¡Barbara! ¡Olive!"

Bajé corriendo las escaleras. Marj estaba de pie, con la cabeza pegada a la radio y los ojos cerrados. Al cabo de un rato, dijo: «Encontraron un cadáver».

A unos cuatrocientos metros río abajo del pequeño avión desprovisto, Johnny había avistado un cuerpo flotando boca abajo en el agua, vestido con pantalones caqui y camiseta blanca, el uniforme habitual de los hombres. Barbara sintió que no era Roger; llevaba vaqueros azules.

Parte del grupo terrestre se dirigió a Arajuno para preparar la pista de aterrizaje para los grandes aviones que pronto llegarían de Panamá. A última hora de la tarde del miércoles se escuchó el rugido de los aviones, y a lo lejos, en el horizonte occidental, donde se alza el volcán Sangay, una pirámide humeante, se perfilaban las siluetas de los grandes aviones. A medida que se acercaban y volaban en círculos sobre la pista, se hicieron visibles los colores rojo, blanco y azul de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Durante el día, los voluntarios restantes que conformaban el grupo terrestre fueron transportados a Arajuno, donde indígenas, soldados y otros misioneros se arremolinaban en la pista de aterrizaje, esperando para despegar. A pesar de la tensión, Marilou se mantuvo eficiente; tenía una comida lista para todos los hombres antes de que partieran río abajo. Hubo cierta dificultad para conseguir porteadores quichuas; llevaban mucho tiempo viviendo demasiado cerca de los aucas para su comodidad y no querían acercarse más. Sin embargo, su lealtad a los hombres que habían trabajado entre ellos venció sus dudas, y alrededor de las diez y media el grupo estaba listo para partir a pie, con las armas a mano y la vista alerta.

Dee Short, un misionero del occidente de Ecuador, que se encontraba en Quito cuando llegó la noticia del desastre, había llegado a Arajuno. Al partir el grupo, Marilou se volvió hacia él y le dijo con firmeza: «No hay esperanza. Todos los hombres están muertos». Probablemente la mayoría del grupo terrestre habría estado de acuerdo con ella, pero, aun así, cada vez que doblaban una curva del río, buscaban con expectación a uno o más de los hombres desaparecidos.

De vuelta en Shell Mera, la radio volvió a sonar. Marj respondió: «Shell Mera a la espera».

Johnny Keenan informó: «Se avistó otro cuerpo, a unos 60 metros bajo Palm Beach».

Y una vez más, Dios, quien había prometido gracia para ayudar en tiempos de necesidad, cumplió su palabra. Ninguna de nosotras, las esposas, sabía cuáles serían estos dos cuerpos, pero sí sabíamos «en Quién habíamos creído». Su gracia fue suficiente.

Alrededor de las cuatro de la tarde, el grupo llegó a Oglan, un asentamiento indígena situado en la confluencia del río Oglan con el Curaray. Allí acamparon para pasar la noche. Frank Drown organizó al grupo: asignó a un hombre para alquilar canoas, a otro a cargo de la carga, a otro para organizar los asientos en las canoas, a otro como jefe de comedor y a dos para las medidas de seguridad. Esa noche durmieron en camas de hojas de plátano. Se hicieron guardias toda la noche.

Antes de partir el jueves por la mañana, los misioneros ofrecieron una oración, encomendándose a Dios; y los soldados ecuatorianos, de otra fe, oraron con ellos. El grupo avanzó con cautela por el Curaray; el río estaba en su nivel más bajo, lo que dificultaba la navegación, y se tuvo especial cuidado al tomar las numerosas curvas, pues se temía que Aucas estuviera al acecho.

Alrededor de las diez, Johnny Keenan sobrevoló de nuevo al grupo de tierra en el Piper, y Frank Drown pudo contactar con él mediante un radiotransmisor proporcionado por el Servicio de Rescate Aéreo. Johnny les informó de dos canoas de quichuas que remontaban el río en dirección al grupo; temía que, en su excitación, alguno de los hombres del grupo disparara al primer avistamiento de un indígena en el río. Pronto aparecieron las dos canoas de quichuas. Eran un pequeño grupo de indígenas de la estación de McCully en Arajuno. Por iniciativa propia, se habían adentrado con valentía en territorio auca antes que nadie, llegando hasta Palm Beach. El grupo de tierra se entristeció cuando uno de los indígenas, un creyente que había conocido a Cristo desde que Ed se había ido a Arajuno, les contó que había encontrado el cuerpo de Ed en la playa, a la orilla del agua. Llevaba consigo el reloj de Ed.

Ahora los misioneros sabían quién era uno de sus compañeros caídos, pero existía la posibilidad de que al menos otros tres hubieran sobrevivido. Siguieron adelante.

En la gran casa de Shell Mera, los niños jugaban, los bebés eran alimentados y bañados, los miembros del Servicio de Rescate iban y venían, Marj se mantenía en contacto por onda corta, de alguna manera se cocinaban y servían las comidas, se saludaba a los visitantes y se les informaba de las últimas noticias, y se elevaba la oración a Dios continuamente. Los mecánicos realizaban los últimos ajustes a las palas del helicóptero del Ejército, que había sido desmantelado y enviado desde Panamá en un avión de carga de la Fuerza Aérea.

Mi diario relata los acontecimientos del jueves por la tarde, cuando el helicóptero fue enviado a Palm Beach:

2:00. El Piper y el helicóptero de Johnny se dirigen a Arajuno. También el R-4D de la Marina, el Capitán McGee y el Mayor Nurnberg en helicóptero.

3:00. Los aviones se están amontonando sobre el lugar del incidente. Me siento mal del estómago.

“3:20. Bienaventurada la que creyó.....” Los aviones están dando vueltasel sitio.

3:30. «Sí, en el camino de tu juicio, oh Señor, te hemos esperado. El deseo de nuestra alma es tu nombre.»

4:00. Sigue dando vueltas. «Espera en Dios, porque aún he de alabarlo.»
.....”

Mientras las esposas esperaban, rezaban y esperaban, la procesión de aparatos voladores descendía lentamente hacia Palm Beach. Los aviones volaban en círculos para mantener el ritmo del helicóptero, más lento, que se deslizaba a la altura de las copas de los árboles y seguía las curvas del río. Los aviones elegían diferentes altitudes para evitar el peligro de colisión mientras los pilotos volaban en círculos con la vista puesta en la selva. Johnny Keenan, en el pequeño Piper amarillo, se encontraba más abajo. Unos cientos de pies por encima se encontraba el R-4D de la Marina de los EE. UU. (la versión naval del conocido DC-3), y más arriba, el gran anfibio del Servicio de Rescate Aéreo. Cerca, el coronel Izurieta, en un avión de la Fuerza Aérea Ecuatoriana, volaba en círculos más amplios, listo para ayudar si se requerían decisiones. El trabajo en equipo del Ejército, la Fuerza Aérea y la Marina de los Estados Unidos, así como del gobierno y los servicios militares de Ecuador, fue un consuelo para las

esposas.

El Mayor de la Fuerza Aérea Nurnberg, a bordo del helicóptero del Ejército, aterrizó brevemente para conversar con el equipo de tierra, aún a cierta distancia río arriba de Palm Beach. El nombre de Ed McCully se mencionó con cautela en la radio.

El oído supuso que, de alguna manera, el cuerpo de Ed había sido identificado. ¿Era el suyo uno de los dos cuerpos que se habían visto desde el aire? ¿Acaso tres de ellos habían escapado a la selva? ¿O los habían hecho prisioneros?

Tras unos instantes, el helicóptero continuó su camino. Finalmente, tras doblar una curva, llegó a Palm Beach y aterrizó. Nurnberg, con la carabina lista, saltó y miró a su alrededor. Pasaron minutos de ansiedad. De vuelta en el helicóptero, comunicó por radio: «No hay nadie». La esperanza brilló con más fuerza en quienes lo oyeron.

El helicóptero despegó de nuevo y comenzó a descender lentamente por el río. Al cruzar al otro lado, se detuvo, flotando, mientras la fuerza de su corriente de aire agitaba la superficie fangosa del agua. Minutos después, continuó su camino, solo para detenerse de nuevo doscientos metros más adelante. Una tercera y una cuarta vez, Nurnberg y McGee quedaron inmóviles a tres metros sobre el agua, con las palas del rotor latiendo peligrosamente cerca de los árboles que sobresalían de la selva. Los corazones se encogieron en el avión mientras quienes observaban adivinaban el significado de esas paradas.

El avión regresó a Arajuno. Una vez en tierra, Nurnberg, con el rostro tenso, confirmó las sospechas. Hablando en voz baja al reducido círculo de militares, explicó que el cuerpo de McCully, identificado por el pequeño grupo de quichuas el día anterior, ya no estaba en la playa, sin duda arrastrado por la lluvia y la crecida de la noche. Hojeó su cuaderno un momento. Unos cuantos indígenas permanecían en silencio entre la hierba alta cercana, escuchando y observando. "Encontramos cuatro en el río", dijo Nurnberg finalmente. "No creo que sea posible identificarlos con lo que tengo aquí", señaló su cuaderno. "Uno de ellos podría ser McCully".

No tenía que decir lo que todos pensaban. Quizás alguien logró escapar, posiblemente herido, aún en la selva.

Cómo informar a las esposas era la pregunta más importante en las mentes militares.

¿Debería decírselo a Marilou? Estaba allí mismo, en Arajuno, en la casa.

"Mejor esperemos", dijo Nurnberg. "DeWitt está al mando. Vamos a... "Vuelve a Shell y háblalo". El capitán DeWitt en el gran anfibio de la Fuerza Aérea estaba arriba, no queriendo arriesgarse a aterrizar en la pequeña pista en

Arajuno. Todos regresaron a Shell y los militares se reunieron en la cabina del anfibio. Habría que avisarles a las esposas. ¿Pero cómo?

Alguien más, sabiamente, había decidido decirle a Marilou que se habían encontrado cuatro cadáveres. Más tarde, Johnny la llevó en avión a Shell para que estuviera con las otras cuatro esposas.

Al final, fueron las esposas quienes convencieron a DeWitt y Nurnberg de que no era necesario suavizar el golpe. Queríamos saberlo todo con detalle. Nos reunimos en la habitación de Marj, lejos de los niños. El mayor Nurnberg abrió su cuaderno y, con frases tensas, describió lo que había encontrado. Fue evidente de inmediato que la identificación no podía ser definitiva. Un cuerpo estaba atrapado bajo las ramas de un árbol caído; solo un pie grande con un calcetín gris aparecía en la superficie del agua fangosa. Al leer sus notas sobre otro, Nurnberg dijo: «Este llevaba un cinturón rojo de algún material tejido». Cuatro de nosotros dirigimos la mirada hacia la quinta, Olive Fleming.

—Era Pete —dijo Olive simplemente.

Como concluyó el mayor, aún no se sabía si el cuerpo de Ed era uno de los que estaban en el río. Aún cabía la esperanza de que alguno hubiera escapado.

Los militares, para quienes comunicarles la noticia a sus seres queridos no era novedad, abandonaron el dormitorio en silencio. La noticia había sido recibida con serenidad. No pudieron brotar lágrimas de la profunda confianza que sostenía a las esposas.

Barbara Youderian escribió en su diario:

Esta noche, el capitán nos contó que encontró cuatro cadáveres en el río. Uno llevaba camiseta y vaqueros. Roj era el único que los llevaba.

..... Dios

Me diste este versículo hace dos días, Salmo 48:14: «Porque este Dios es nuestro Dios por los siglos de los siglos; Él nos guiará hasta la muerte». Al recibir la noticia de la muerte de Roj, mi corazón se llenó de alabanza. Era digno de su regreso a casa. Ayúdame, Señor, a ser a la vez mamá y papá. «Para conocer la sabiduría y la instrucción». ' Esta noche Beth oró por papá en

El cielo y me preguntó si papá bajaría del cielo para buscarme un

Quería escribirle una carta. Le dije: «No puede bajar. Está con Jesús». Ella respondió: «Pero Jesús puede ayudarlo a bajar, y Dios lo tomará de la mano para que no resbale».

Escribí una carta a la familia misionera, tratando de explicarles la paz que siento. Quiero liberarme de la autocompasión. Es una herramienta de Satanás para corromper a...

Vida. Estoy seguro de que esta es la perfecta voluntad de Dios. Muchos dirán: "¿Por qué se metió Roj en esto, si su trabajo era con los jíbaros?". Porque Roj vino a hacer la voluntad de Aquel que lo envió. El Señor ha cerrado nuestros corazones al dolor y la histeria, y los ha llenado de su perfecta paz.

Ese jueves por la noche, el grupo de tierra acampó en “El Capricho”, la antigua hacienda donde se habían producido algunas matanzas de aucas. Levantando unas pequeñas chozas de hojas, se montó una guardia compuesta por dos misioneros, dos soldados y dos indígenas. Los misioneros, cuando no estaban de guardia con los demás, intentaban decidir la mejor manera de proceder, sabiendo, por el contacto con el helicóptero, que cuatro de sus compañeros estaban muertos. Fue una noche larga, y Frank Drown sintió un viejo miedo que lo había perseguido toda su vida: “Aquí estaba, cada vez más cerca de ver los cuerpos de cinco compañeros que me eran tan queridos como a mis propios hermanos”.



Partiendo de nuevo a las seis de la mañana del viernes 13 de enero, el grupo se encontraba en la última etapa de su misión, con cita para reunirse con el helicóptero en Palm Beach a las diez. Los hombres tuvieron que apresurarse para llegar y todos estaban nerviosos por la tensión del viaje y la idea del trabajo que les aguardaba. En este punto, el curso del Curaray es una serie de curvas cortas y cerradas, y ofrece una emboscada ideal para un ataque auca.

Por fin llegamos a la playa. Los quichuas fueron enviados primero, ya que eran quienes mejor podían detectar evidencia de visitas recientes de los Aucas. No había ninguna. El resto del grupo los siguió. "Recuerdo", dice

Frank Drown, "que lo primero que...

Lo que más me impactó al llegar a la playa fue el olor de una olla de frijoles volcada y esparcida por todas partes. No creo que jamás olvide ese terrible olor a podrido.

Aún no había señales del helicóptero. El equipo de tierra se puso manos a la obra, con diferentes tareas asignadas a cada uno: los soldados ecuatorianos se desplegaron en semicírculo en la selva, detrás de la playa, para cubrirse; dos indígenas cavaron una fosa común bajo la casa del árbol; otros se adentraron en el río buscando las pertenencias de los hombres. Dee Short y Frank Drown subieron a la casa del árbol para intentar encontrar alguna pista sobre lo sucedido. Algunos hombres comenzaron a desmantelar el avión; otros buscaron cadáveres. No fue hasta que el helicóptero llegó a las doce y cuarto y sobrevoló los cuerpos, que yacían en las aguas fangosas del Curaray, que el equipo de tierra pudo encontrarlos. Frank Drown relató la escena:

Primero, Nurnberg señaló un cuerpo río abajo y Fuller saltó al agua y lo jaló. Luego, Nurnberg nos mostró el cuerpo de Nate Saint. Nos subimos a una canoa y fuimos río abajo. Vimos un brazo que salía del agua, así que intenté atarle una cuerda, pero no pude. Extendía la mano, lo intentaba, luego tiraba hacia atrás y tenía que volver a intentarlo hasta que finalmente el hombre que estaba en la canoa conmigo lo logró. Ahora éramos tres canoas con tres cuerpos atados, río arriba. Los pusimos boca abajo en fila en la playa. Nunca conseguimos el quinto, que era el cuerpo de Ed McCully. Entonces superé la sensación de odio al tocar los cuerpos, porque un cuerpo es solo una casa y estos tipos habían abandonado su casa y, después de que el alma se va, el cuerpo no es gran cosa después de todo. Lo que es hermoso para nosotros es el alma, no el cuerpo.

La identificación de los cuatro cuerpos fue finalmente positiva gracias a los anillos de boda, los relojes, el monedero y los cuadernos. Ed no era uno de los cuatro, así que finalmente fue definitivo: los cinco estaban muertos. Por la providencia de Dios, el cuerpo desaparecido era el que los quichuas habían identificado el día anterior. No solo habían recuperado su reloj, sino que también le habían quitado uno de sus zapatos (un zapato enorme, talla trece y media) y lo habían tirado a la playa. El día anterior, Nurnberg lo había recogido y lo había llevado de vuelta a Shell Mera.

Mientras los cuerpos eran llevados a tierra, se avecinaba una violenta tormenta tropical. En ese momento, el helicóptero volaba a baja altura y a gran velocidad. Cornell Capa, fotógrafo-corresponsal de la revista Life, saltó, cámara en mano, y corrió por la playa. Entonces, la furia de la tormenta los azotó y los misioneros sintieron como si se hubieran desatado las fuerzas de la oscuridad.

Más tarde, Capa escribió un relato de su desembarco y de los acontecimientos posteriores: “Flotamos sobre la jungla a unos doscientos pies sobre las copas de los árboles.

El avión de la Misión Naval que volaba en círculos sobre nosotros no nos perdió de vista. De repente, el sol desapareció y nos dirigimos hacia una tormenta tropical. El piloto tenía un aspecto sombrío y no perdió ni un minuto en aterrizar en Palm Beach.

El ambiente en la playa era fantástico. Todos tenían la mano en el gatillo, mirando hacia la selva. No tuve que preguntar por qué. Llovía a cántaros; mi pañuelo ya no servía para limpiar mis lentes empapados. De repente, vi a un grupo de hombres que forcejeaban llevando al último misionero a su fosa común. Iba en una camilla improvisada, hecha con las láminas de aluminio que cubrían la casa del árbol donde habían vivido.

Fue una visión terrible. La luz era espeluznante. Los portadores del féretro forcejeaban contra un terraplén fangoso que conducía a la tumba. Llegué justo a tiempo para ver las piernas sin vida desaparecer en el agujero. Los misioneros, sombríos y cansados, miraron por última vez a sus amigos, a quienes ya no podían identificar. Uno dijo: «Es mejor así. Me siento menos miserable». Se quedaron un momento, ofreciendo unas palabras de oración. Al final, el mayor Nurnberg, de cara a la selva con la carabina en la mano, se volvió hacia el pequeño grupo de hombres que rodeaban la tumba y gritó: «¡Salgamos de aquí!».

La lluvia amainó un poco, el helicóptero estaba listo para partir y se acercaba el momento de tomar una decisión. Podía regresar con el piloto o quedarme con el grupo de tierra que iniciaba el viaje nocturno de regreso. Fue una decisión fácil. Irme ahora sería hacer trampa. Le di mi película expuesta al piloto. La lucha de los vivos por sobrevivir acababa de comenzar.

Por fin partieron. Las canoas estaban sobrecargadas y al menor movimiento el agua se colaba por el costado. Esto no iba a ser nada divertido, pensé en silencio. El mayor Nurnberg iba delante con su carabina y, por la nuca, pude ver que tenía una mirada cruel.

Nurnberg se recostó en Dee Short (una misionera pelirroja de piernas muy largas, en un bote muy pequeño), quien a su vez se recostó en mí, y yo me apoyé en la rueda desmontada del avión desventurado que habíamos rescatado. Me dolía la espalda. Como una gallina, intenté proteger mis bolsas de película y esconder mis cámaras de la lluvia. Fue inútil.

Pronto mi telémetro se nubló. Tuve que adivinar el enfoque. Poco después, mi visor también se empañó. Ahora solo apuntaba la cámara y rezaba.

—como un misionero—que estaba apuntando en la dirección correcta.

Entrando y saliendo de la canoa... marchando con el agua escurriéndome por las botas. Ojos ansiosos por todas partes. Me desabroché la funda del .45. Por suerte, no había rastro de Aucas. Esto duró unas dos horas; luego llegó la hora de acostarse.

El Mayor Nurnberg, el Misionero Drown y el suboficial ecuatoriano eligieron un lugar abierto para el campamento. Su objetivo era darnos la oportunidad de avistar a los aucas antes de que lanzaran sus lanzas. Había guardias apostados alrededor del perímetro y se cambiaban cada dos horas. Comimos, cocinado por uno de los misioneros. Se construyeron refugios con las láminas de metal que llevábamos, y hojas de palma formaron las paredes laterales y el suelo. Era un paraíso temporal.

El misionero Don Johnson, sentado en la oscuridad de la casa, se cubrió el rostro con las manos y ofreció una oración. Agradeció al Señor por ayudarlos a llegar hasta sus seres queridos y dar sepultura. Luego, con gran sentimiento, evocó la modestia y el cariño de los difuntos. En la oscuridad de la noche, con la luz del fuego titilando en su rostro y el sonido de las aves de la selva y los gemidos de los pumas llenando el aire, esta conversación con Dios, claramente hablada, tuvo un gran impacto emocional. Don no expresaba su pesar por los difuntos, sino que testificaba su fe en la voluntad del Señor. Al terminar, solo el crepitar de la fogata llenaba el aire.

Pero no podíamos dormir. Estuvimos despiertos toda la noche.

Las aguas turbulentas del río Curaray siempre estaban de fondo. Se oía el sonido ocasional de algún árbol cayendo, lo que hacía que los nerviosos guardias apretaran el gatillo. Y a intervalos se oían los rayos de sus linternas mientras los guardias hacían sus rondas. Lentamente amaneció y nuestro nerviosismo aumentó, pues nos habían dicho que era la hora en que a los aucas les gustaba atacar. Nuestros guías indígenas se despertaron, sobre todo al oír los continuos sonidos de un puma. Los aucas son bien conocidos por su astuta imitación de los animales de la selva, y los guías estaban seguros de que, en las sombras de la luz matutina, nuestros "vecinos" estaban por todas partes. El Mayor Nurnberg avanzó lentamente y, con una repentina ráfaga de fuego, silenció al "puma".

El desayuno consistía en avena y café. Luego recogimos nuestro equipo y emprendimos la marcha. Los calcetines secos se mojaron de nuevo. Los pies cansados se arrastraban. La mirada inquisitiva y los dedos ágiles de Nurnberg y Drown cerraban la marcha. Una repentina emoción: el helicóptero apareció sobre nuestras cabezas, siempre vigilado por su "hermano mayor", el R-4D de la Marina. De repente, el Siglo XX descendió en la jungla salvaje. El helicóptero había venido a buscarme. ...Al irme, me dio pena dejar a mis amigos, pero, no, no me dio pena irme.



El sábado por la mañana, el capitán DeWitt del Servicio de Rescate nos preguntó a las cinco viudas si nos gustaría volar sobre Palm Beach para ver la tumba de sus maridos.

Respondimos que si no era mucho pedir, se lo agradeceríamos. El R-4D de la Marina nos llevó sobre la selva, donde el Curaray yacía como una serpiente marrón en el verde ondulante. Apretando los rostros contra las ventanas mientras nos arrodillábamos en el suelo del avión, pudimos ver el trozo de...

Arena blanca donde se encontraba el flautista. Olive Fleming recordó los versículos que Dios le había grabado en la mente esa mañana: «Porque sabemos que si nuestra morada terrenal, este tabernáculo, se deshiciera, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos». Quien nos ha preparado para esto mismo es Dios... «Por lo tanto, siempre vivimos confiados, sabiendo que mientras estamos en casa en el cuerpo, estamos ausentes del Señor».

Mientras el avión se alejaba, Marj Saint dijo: “Ese es el cementerio más hermoso del mundo”.

CAPÍTULO XIX

"Todavía ¿No te hemos olvidado?"



Dos días después, las viudas —ya nos estábamos acostumbrando al uso de la palabra— nos sentamos juntas a la mesa de la cocina en Shell Mera. El Dr. Art Johnston describía el hallazgo de los cuerpos. Acababa de regresar con el grupo de tierra, cansado y disperso. Cuando dudó, le instamos a que nos contara todos los hechos.

Era evidente que la muerte había sido causada por heridas de lanza. Pero ¿cómo lograron diez aucas abrumar a cinco hombres fuertes y armados? Nos hacíamos esta pregunta una y otra vez. La única respuesta posible era una emboscada. De alguna manera, los aucas debieron de convencer a los hombres de sus intenciones pacíficas. Nate le había asegurado a Marj que nunca permitirían que se les acercaran aucas con lanzas. Quizás la "comisión de diez" que Nate mencionó en la radio había sido un grupo señuelo. Ciertamente, si este grupo hubiera llevado lanzas, Nate lo habría informado y los hombres no habrían esperado con tanta ilusión su llegada. Este grupo pudo haber caminado pacíficamente hacia la playa mientras un segundo grupo, con lanzas, avanzaba al amparo del follaje de la selva para lanzar un ataque sorpresa. Parece probable que los misioneros y los aucas desarmados se hubieran estado reuniendo, como el viernes anterior, con palabras y gestos amistosos. Y luego, a una señal secreta...

Había evidencia de una lucha en la playa: marcas de los tacones de cuero de Ed en la arena; un agujero de bala en el parabrisas del avión. Sin embargo, no se encontró sangre. Si algún Aucas había sufrido, no era evidente. ¿Habían intentado los hombres evitar los disparos retrocediendo

hacia el río?

Se encontró una lanza clavada en la arena del fondo del río, cerca del cuerpo de Jim Elliot. El hecho de que todos los cuerpos estuvieran en el agua podría indicar que intentaron desesperadamente demostrar a los aucas que solo dispararían como último recurso.

El estado del Piper demostraba verdadera malicia. Posiblemente algún Auca había perforado la tela del avión con una lanza y, al verla vulnerable, había comenzado a despegarla. Otros ayudaron, y pronto la despojaron por completo, arrojando las tiras al agua cercana. Pero alguien pretendía inutilizar definitivamente a esta ave que transportaba hombres. Parte de la estructura estaba doblada, y una parte del tren de aterrizaje, hecha de acero tubular, estaba golpeada como si hubiera recibido un objeto muy pesado. La hélice y el panel de instrumentos, sin embargo, estaban intactos. Quizás tocar el "alma" de la criatura era tabú, pero habían arrancado el relleno de los asientos, como si quisieran destripar a la bestia voladora.

¿Por qué, tras las muestras de amistad del viernes, los aucas se volvieron con una ira tan repentina y destructiva contra sus visitantes blancos el domingo? La respuesta solo se puede adivinar. Entre los más calificados para aventurar una conjetura se encuentra Frank Drown, cuyo trabajo con los jíbaros le había proporcionado una perspicaz comprensión del pensamiento indígena. Dice: “Un indio, cuando escucha o ve algo nuevo por primera vez, lo acepta. Quizás lo acepta simplemente por curiosidad, pero lo acepta. Pero después de haber tenido tiempo de pensar en la novedad, comienza a sentirse amenazado, y ese es el momento en que puede atacar. Un grupo de indios se sentará y discutirá con entusiasmo un nuevo invento o una nueva forma de hacer las cosas; pero se puede contar con el rechazo de los brujos, que son los verdaderos conservadores. Tienen mucha autoridad y, cuando presionan a sus compañeros de tribu para que rechacen una innovación, la gente rara vez contradice su consejo. Como en cualquier cultura, los jóvenes pueden estar buscando una nueva forma de vida, pero los mayores se aferran a sus tradiciones y mantienen el statu quo. Además, la mayoría de los indios son, básica y comprensiblemente, escépticos ante cualquier cosa que el hombre blanco les ofrezca. Y no olvidemos que, después de todo, esta era la primera vez dentro

Recuerdo que los aucas tuvieron un encuentro completamente amistoso con el hombre blanco. Esperemos que estén reflexionando sobre ello ahora mismo.

En la cocina, nos sentamos en silencio mientras terminaban los informes, toqueteando los relojes y anillos de boda que habían traído, intentando por centésima vez imaginar la escena. ¿Cuál de los hombres vio caer a los demás? ¿Cuál tuvo tiempo de pensar en su esposa e hijos? ¿Había estado alguno cubriendo a los demás en la casa del árbol y había bajado para intentar salvarlos? ¿Habían sufrido mucho? Las respuestas a estas preguntas seguían siendo un misterio. Esto sí sabíamos: «El que pierda su vida por causa de mí y del Evangelio, la salvará». No había duda sobre el estado actual de nuestros seres queridos. Estaban «con Cristo».

Y, una vez más, me vinieron a la mente las antiguas palabras del Libro de los Libros: “Todo esto nos ha sobrevenido, y aun así no te hemos olvidado.....Nuestro corazones

no nos hemos vuelto atrás, ni se han apartado nuestros pasos de tu camino, aunque nos has quebrantado en lugar de dragones, y nos has cubierto con sombra de muerte.

La tranquila confianza de las madres ayudó a los niños a saber que esto no era una tragedia. Esto era lo que Dios había planeado. "Sé que mi papá está con Jesús, pero lo extraño y desearía que viniera a jugar conmigo de vez en cuando", dijo Stevie McCully, de tres años. Varias semanas después, de vuelta en Estados Unidos, nació el hermano pequeño de Stevie, Matthew. Un día, el bebé lloraba y se le oyó decir a Stevie: "No te preocupes; cuando lleguemos al cielo te mostraré quién es nuestro papá". ¿Fue demasiado caro el precio?

Para el mundo en general, esto fue una triste pérdida de cinco jóvenes vidas. Pero Dios tenía su plan y propósito en todas las cosas. Hubo quienes cambiaron sus vidas por lo que sucedió en Palm Beach. En Brasil, un grupo de indígenas en una estación misionera en lo profundo del Mato Grosso, al enterarse de la noticia, se arrodillaron y clamaron a Dios pidiendo perdón por su propia falta de preocupación por sus compatriotas indígenas que no conocían a Jesucristo. Desde Roma, un funcionario estadounidense escribió a una de las viudas: «Conocí a su esposo. Para mí, él era el ideal de lo que debería ser un cristiano». Un mayor de la fuerza aérea

Estacionado en Inglaterra, con muchas horas de vuelo en jet, inmediatamente comenzó a hacer planes para unirse a la Confraternidad de Aviación Misionera. Un misionero en África escribió: «Nuestro trabajo nunca volverá a ser el mismo. Conocimos a dos de ellos. Sus vidas han dejado huella en las nuestras».

Frente a la costa de Italia, un oficial naval estadounidense sufrió un accidente marítimo. Mientras flotaba solo en una balsa, recordó las palabras de Jim Elliot (que había leído en un reportaje): «Cuando llegue la hora de morir, asegúrate de que todo lo que tengas que hacer sea morir». Oró pidiendo ser salvado, sabiendo que tenía más que hacer que morir. No estaba listo. Dios respondió a su oración y fue rescatado. En Des Moines, Iowa, un joven de dieciocho años oró durante una semana en su habitación y luego les anunció a sus padres: «Le entrego mi vida por completo al Señor. Quiero intentar tomar el lugar de uno de esos cinco».

Las cinco viudas recibieron cartas en abundancia: de una universidad en Japón: “Estamos orando por ustedes”; de un grupo de niños esquimales de una escuela dominical en Alaska; de una iglesia china en Houston; y de un misionero en el río Nilo que había tomado la revista Time y visto una fotografía de su amigo, Ed McCully.

Solo la eternidad medirá la cantidad de oraciones que ascendieron por las viudas, sus hijos y la obra en la que se habían involucrado los cinco hombres. Las oraciones de las viudas son para los aucas. Anhelamos el día en que estos salvajes se unan a nosotros en alabanza cristiana.

Pronto se formularon planes para continuar la obra de los mártires. La estación de Arajuno estaba preparada para estar preparada en caso de que los aucas salieran a buscar contacto amistoso. Johnny Keenan reanudó los vuelos de regalo para que los aucas supieran, sin lugar a dudas, que el hombre blanco solo tenía motivos amistosos. ¿Venganza? La idea nunca cruzó por la mente de ninguna de las esposas ni de ningún otro misionero.

Barbara Youderian regresó a su trabajo entre los jíbaros con sus dos niños pequeños, y yo regresé a Shandia con Valerie, de diez meses, para continuar con el trabajo de la estación quichua en la medida de lo posible. Otro piloto, Hobey Lowrance, con su familia y un avión nuevo, fue enviado a la base aérea de la misión en Shell Mera, mientras que Marj Saint asumió un nuevo puesto en

Quito. Tras el nacimiento de su tercer hijo en Estados Unidos, pocas semanas después de la muerte de su esposo, Marilou McCully regresó a Ecuador con sus hijos para trabajar en Quito con Marj. Para Olive Fleming, quien solo había pasado dos meses en la selva cuando falleció su esposo, el problema del futuro ha sido más difícil. Pero para ella, como para todos, una cosa es segura: su vida pertenece a Dios, al igual que la de su esposo, y Él le mostrará el camino.

En los meses transcurridos desde el asesinato de los cinco hombres, Rachel, la hermana de Nate Saint, ha continuado el estudio de la lengua auca, trabajando con la mujer auca, Dayuma. Se han realizado numerosos vuelos sobre las casas de los aucas. Se descubrió que el primer grupo de casas había sido quemado, una práctica común de los aucas tras una matanza, pero no muy lejos se descubrieron nuevas casas y se dejaron regalos a los indígenas que esperaban. Cuando Johnny Keenan se abalanza sobre ellos, aparece "George", saltando y agitando el pequeño avión a escala que le regaló Nate Saint. "Delilah" también parece estar allí con él. Retazos de tela amarilla brillante del avión de Nate adornan los techos de algunas casas.

Miles de personas en todo el mundo oran a diario para que la luz del conocimiento de la gloria de Dios llegue a los aucas, un pueblo casi desconocido hasta ahora. ¿Cómo lograrlo? Dios, quien guió a los cinco, guiará a otros, a su tiempo y a su manera.

De entre los quichuas con quienes trabajaron Jim, Ed y Pete, varios han entregado sus vidas a Dios para que Él los use, para predicar a su propia gente, o incluso a los aucas, si Él así lo decide. Han continuado la obra iniciada por los misioneros, hablando de Cristo con sus familiares, leyendo las Escrituras que les han sido traducidas, viajando a veces en canoas y por senderos fangosos para enseñar la Biblia a otros que desconocen su mensaje. Un indígena converso, antes un bebedor empedernido, vino a mí un día y me dijo: «Señora, me desvelo por las noches pensando en mi gente. '¿Cómo llegaré a ellos?', le pregunto. '¿Cómo oirán de Jesús?' No puedo llegar a todos. Pero deben saberlo. Le ruego a Dios, pidiéndole que me muestre qué hacer». En las pequeñas reuniones de oración, los indígenas nunca olvidan pedirle a Dios que bendiga a sus enemigos: «Oh, Dios, tú sabes cómo esos aucas mataron a nuestros amados señores Eduardo, Jaime y Pedro. Oh, Dios,

Sabes que fue solo porque no te conocían. No sabían el gran pecado que era. No entendían por qué habían venido los hombres blancos. Envía más mensajeros y dales a los Aucas, en lugar de corazones fuertes, corazones blandos. Clava sus corazones, Señor, como con una lanza. Clavaron a nuestros amigos, pero Tú puedes clavárselos con Tu Palabra, para que escuchen y crean.



Para las esposas y familiares de los cinco hombres, el anhelo silencioso de sus corazones se hizo eco de las palabras encontradas en el diario de Jim Elliot: "Acabo de salir a la colina. Es exaltante, delicioso, estar abrazado por la sombra de un árbol amigable con el viento tirando de la cola de tu abrigo y los cielos saludando tu corazón, contemplar, gloriarse y entregarse de nuevo a Dios, ¿qué más podría pedir un hombre? ¡Oh, la plenitud, el placer, la pura emoción de conocer a Dios en la tierra! No me importa si nunca más alzo mi voz por Él, si tan solo puedo amarlo, complacerlo. Tal vez en su misericordia me dé una hueste de hijos para que pueda guiarlos a través de los vastos campos de estrellas para explorar Sus delicadezas cuyas puntas de los dedos los hacen arder. Pero si no, si tan solo puedo verlo, tocar Sus vestiduras y sonreírle a los ojos, ah, entonces, ni las estrellas ni los niños importarán, solo Él mismo.

Oh Jesús, Maestro, Centro y Fin de todo, ¿cuánto falta para que llegue la Gloria que tanto te ha esperado? Ahora nadie piensa en Ti; entonces no se pensará en nada más. Ahora otros hombres son alabados; entonces nadie se preocupará por los méritos ajenos. Apresúrate, apresúrate, Gloria del Cielo, toma tu corona, somete tu Reino, cautiva a tus criaturas.

EPÍLOGO

NOVIEMBRE 1958

Han pasado casi tres años desde aquella tarde de domingo. Hoy estoy sentado en una pequeña choza con techo de hojas a orillas del río Tiwanu, a pocos kilómetros al suroeste de Palm Beach. En otra choza de hojas, a unos tres metros de distancia, están sentados dos de los siete hombres que mataron a mi esposo. Gikita, uno de ellos, acaba de ayudar a Valerie, que ya tiene tres años y medio, a asar un plátano. Dos de sus hijos se han ido al bosque, con sus cerbatanas artesanales, en busca de carne para alimentar a los quince o veinte aucas que se encuentran en este claro.

¿Cómo sucedió esto? Solo Dios, que hizo flotar el hierro, que hizo que el sol se detuviera, en cuya mano está el aliento de todo ser viviente; solo este Dios, que es nuestro Dios por los siglos de los siglos, pudo haberlo hecho.

Tras la muerte de los cinco hombres, los pilotos de la Confraternidad de Aviación Misionera continuaron enviando donativos a los aucas. Su aparente amabilidad permaneció intacta, pero ahora sabemos que nunca podríamos basar nuestro juicio sobre sus actitudes en ello.

Rachel Saint, hermana de Nate, el piloto, continúa pacientemente su estudio del idioma Auca con la ayuda de Dayuma, quien conoció al Señor Jesús y comenzó a orar, con miles de personas más, por la entrada de la Luz a su tribu.

Un día de noviembre de 1957, me encontraba en la antigua estación de los McCully, Arajuno, cuando dos indígenas quichuas del río Curaray llegaron para avisarnos que había dos mujeres aucas en su casa. Fui con ellas de inmediato, y allí, en el asentamiento quichua donde el grupo de rescate había pasado la noche, conocí a Mankamu y Mintaka. Mintaka era la mayor de las dos mujeres que habían llegado a Palm Beach.

Más tarde, estas dos mujeres regresaron conmigo a Shandia, donde comencé a estudiar su idioma, orando constantemente para que el Señor nos aceptara en su tribu. Su respuesta llegó primero en una promesa que dio en Nehemías 9:19 y 24: «Pero tú, en tus muchas misericordias, no los abandonaste en el desierto; la columna de nube no se apartó de ellos de día para guiarlos por el camino, ni la columna de fuego de noche para alumbrarles el camino por donde debían ir». ...Entonces los niños entraron y poseíste la tierra, y sometiste delante de ellos a los moradores de la tierra y los entregaste en sus manos.”

Cuando Rachel y Dayuma regresaron de una visita a Estados Unidos, fuimos a verlas, y las tres mujeres aucas, reunidas después de más de doce años, empezaron a hablar de regresar juntas a su pueblo. Así lo hicieron el 3 de septiembre de 1958. Tras permanecer con ellas tres semanas, hablándoles de los amables extranjeros que habían llegado a apreciar, las tres regresaron una vez más a Arajuno, donde Marj Saint y yo las esperábamos. Trajeron consigo a otras siete aucas y una invitación para que Rachel y yo fuéramos a vivir con ellas en la tribu.

Así, el 8 de octubre de 1958, llegamos. La ansiada entrada se había hecho realidad. Los aucas fueron amables y serviciales, nos recibieron como hermanas, nos construyeron casas y compartieron su carne y mandioca. Dicen que mataron a los hombres solo porque creían que eran caníbales. Básicamente, fue el miedo lo que los llevó a lo que ahora consideran un error.

Pero sabemos que no fue casualidad. Dios obra todo según el designio de su propia voluntad. Los verdaderos problemas en juego el 8 de enero de 1956 fueron mucho mayores que los que involucraron inmediatamente a cinco jóvenes y sus familias, o a esta pequeña tribu de "salvajes" desnudos. Cartas de muchos países han relatado la obra de Dios con cientos de hombres y mujeres, a través del ejemplo de cinco que creyeron literalmente que "el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre".

Así que, con esta entrada, pedimos que quienes nos han ayudado con la oración continúen. Les recordamos que es solo una entrada. Además de este grupo de unas cincuenta personas con las que tenemos contacto, hay un grupo "río abajo".

grupo” que son los enemigos mortales de estos. ¿Nos guiará Dios también a esa “ciudad fuerte”?

“Digno eres... porque fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación.”

EPÍLOGO II

ENERO DE 1996

Esta vez no se trata de una choza con techo de hojas en el río Tiwanu, sino de una pequeña casa con grandes ventanas de vidrio y paredes reales muy por encima del Océano Atlántico, en la costa rocosa de Massachusetts.

Me siento en mi escritorio contemplando un mar casi blanco que refleja un cielo blanco, sin horizonte que los separe. Un sol invernal dibuja un sendero pálido y brillante en las tranquilas aguas donde dos pequeños barcos reposan mientras los pescadores de langostas tiran de sus nasas. Está muy lejos de la selva.

Aunque el camino de mi vida ha dado muchos giros inesperados desde que escribí este (mi primer) libro, no se me ha permitido olvidar la historia. No habría querido olvidarla, pero ha habido momentos en que me he preguntado si otros sí podrían. Quizás se han cansado de ella. ¿Debería seguir contándola como tan a menudo me piden? Le hablé de mis dudas a la señorita Corrie ten Boom, quien, de anciana, viajó incansablemente por el mundo para contar su propia historia una y otra vez: cómo su familia dio refugio a judíos en Holanda durante la Segunda Guerra Mundial, cómo fueron traicionados y encarcelados en un campo de concentración, y cómo su hermana y su anciano padre murieron como consecuencia. «A veces», me dijo, «he dicho: 'Señor, necesito algo nuevo. No puedo seguir contando la vieja historia'. Pero el Señor me dijo: 'Esta es la historia que te conté. Cuenta esa'». Así que Corrie me animó a seguir contando la mía.

Los lectores querrán saber qué les ha sucedido a las personas de este libro. Es fácil responder a las preguntas sobre las viudas. Dos de ellas aún viven en Ecuador. Marj Saint es ahora la Sra. Abe Van Der Puy, esposa del expresidente de Radio Mundial HCJB en Quito. Tienen seis hijos y una

impresionante cantidad de nietos. Barbara Youderian dirigía una casa de huéspedes misionera para la Unión Misionera Evangélica.

Antes de regresar a vivir a Orlando, Florida. Tiene dos hijos casados, Beth y Jerry. Marilou McCully está jubilada como supervisora de contabilidad de un hospital y vive en Bonney Lake, Washington. Todos sus hijos están casados: Steve, maestro de escuela, y Matt, periodista deportivo. Mike, el del medio, viaja por todo el país trabajando con caballos de carreras. Olive Fleming se casó con Walter Liefeld, quien ahora está jubilado como director del Departamento de Nuevo Testamento en Trinity Evangelical Divinity School en Deerfield, Illinois. Tienen tres hijos: David, Beverly y Holly. Rachel Saint falleció de cáncer en noviembre de 1994 y fue enterrada en el asentamiento Waorani donde vivió durante varios años. Mi tercer esposo (el segundo falleció de cáncer) es Lars Gren, quien, cuando no está "gestionándome" a mí y a nuestros viajes y ventas de libros, trabaja para una fundación privada. Mi hija, Valerie, es madre de varios hijos. Su esposo, Walter D. Shepard, Jr., es pastor.

Es difícil no aferrarse a la emoción. La publicidad que rodeó la muerte de los cinco hombres centró lo que a veces ha parecido una atención indebida en ese pequeño grupo selvático, desviando (según algunos) gran parte del interés de otras actividades misioneras vitales. No cabe duda de que el drama de la historia despertó a muchos a la existencia de "campos de cosecha" en los que no habían pensado. Al menos cientos se sintieron conmovidos por el sacrificio de cinco jóvenes para quienes la obediencia a su Señor era literalmente una cuestión de vida o muerte. En una civilización donde, para asegurar su hombría (o, por desgracia, incluso su "personalidad"), los hombres deben boxear, levantar pesas, jugar al fútbol, trotar, hacer rapel o ala delta, fue sorprendente darse cuenta de que existía un compromiso espiritual tan sólido, tan total y quizás más exigente que el más fanático compromiso con la condición física. Fue impactante descubrir que alguien se preocupara tanto por algo, especialmente si era invisible.

El 8 de enero de 1996, mi esposo, Lars Gren, y yo, junto con mi hija, Valerie, su esposo, Walt, y su hijo mayor, Walter, estábamos con los waorani. Steve Saint, piloto e hijo del piloto Nate, y su esposa, Ginny, nos recibieron amablemente en su hogar en la selva del río Curaray. Nos sentamos en hamacas mientras los waorani se agolpaban para vernos, reír y gritar.

cuánto habíamos envejecido Valerie (“Mangari”) y yo (“Gikari”). Se esforzaban por pronunciar “Lars”, “Walt” y “Walter”, y los recibieron con gran alegría, fuertes apretones de manos y profundo interés. Juntos recordamos los años 1958-1960 que Valerie y yo vivimos allí. Minkayi y Kimo, dos de los que habían atravesado a los cinco, hablaron sin parar, contándome lo que había sucedido durante las décadas desde que los había visto. Ahora son cristianos. El Nuevo Testamento ha sido traducido a su idioma.

El nombre Auca es una palabra quichua que significa "desnudo" o "salvaje". Ya no se usa. El pueblo se llama a sí mismo waorani. Su historia, al momento de la muerte de los hombres, más tarde cuando viví con los indígenas, y durante todos los años transcurridos desde entonces, al relatarla y reflexionar sobre ella a la luz de mi propia experiencia posterior, ha señalado una cosa: Dios es Dios. Si Él es Dios, es digno de mi adoración y mi servicio. No encontraré descanso sino en su voluntad, y esa voluntad está infinita, inconmensurablemente, indeciblemente más allá de mis más amplias nociones de lo que Él trama.

Este es el contexto en el que debe entenderse la historia: como un solo incidente en la historia humana, un incidente importante en ciertos sentidos y para ciertas personas, pero solo un incidente. Dios es el Dios de la historia humana, y obra continua y misteriosamente, cumpliendo sus propósitos eternos en nosotros, a través de nosotros, para nosotros y a pesar de nosotros.

Siempre existe la tentación de simplificar demasiado, de intervenir de inmediato con interpretaciones que no pueden abarcar todos los datos ni resistir un análisis minucioso. Sabemos, por ejemplo, que una y otra vez en la historia de la iglesia cristiana, la sangre de los mártires ha sido su semilla. Por lo tanto, nos vemos tentados a asumir una ecuación simple. Cinco hombres murieron. Esto significará x número de cristianos waorani.

Quizás sí. Quizás no. Causa y efecto están en manos de Dios. ¿No es parte de la fe simplemente dejarlos ahí? Dios es Dios. Lo destrono en mi corazón si exijo que actúe de maneras que satisfagan mi idea de justicia. Es el mismo espíritu que se mofaba: «Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz». Hay incredulidad, incluso rebelión, en la actitud que dice: «Dios no tiene derecho a hacerle esto a cinco hombres a menos que...».

Aquellos hombres se habían entregado sin reservas a la voluntad de Dios hacía mucho tiempo. Hasta donde sabían, debían ser misioneros comunes y corrientes: Roj con los atshuaras; Jim, Ed y Pete con los quichuas; Nate, para servir a todas las estaciones de la selva con su avión. Pero ocurren pequeñas cosas (Nate encontró algunas casas waorani habitadas). Se toman pequeñas decisiones (les contó a Jim y Ed), que conducen a otras más importantes (comenzaron a orar con renovado vigor por entrar en el territorio), y, finalmente, las decisiones individuales de un hombre se vuelven trascendentales. Misioneros comunes y corrientes con esposas e hijos amados se encontraron ante una decisión de vida o muerte. No buscaban nada más grande que hacer, y mucho menos fama. La necesidad de los waorani simplemente se convirtió en el imperativo categórico.

Para nosotras, las viudas, la pregunta de por qué se permitía que los hombres que habían confiado en Dios como escudo y defensor fueran asesinados con lanza no fue una respuesta fácil ni definitiva en 1956, ni tampoco silenciada en 1996. Dios tampoco respondió a las preguntas de Job. Job vivía en un misterio —el misterio del propósito soberano de Dios— y las preguntas que surgían de las profundidades de ese misterio solo encontraban respuesta en un misterio más profundo, el de Dios mismo. El Señor respondió a Job desde la tempestad:

*¿Quién es éste cuyas palabras
ignorantes nublan mi diseño en la
oscuridad?
Prepárate y ponte de pie como un hombre;
Yo haré preguntas y tú responderás.
¿Dónde estabas cuando puse los cimientos de la tierra?
Dime, si lo sabes y lo entiendes.
¿Quién determinó sus dimensiones?(Job 38:1-4, NVI)*

Las preguntas sin respuesta seguían su curso, abrumando al hombre en el montón de cenizas con pruebas del control, origen, generación, legislación, autoridad y sabiduría divinas. La única respuesta de Job fue que no tenía ninguna. "¿Qué puedo responderte, yo que no llevo peso? Me tapo los labios

con el dedo" (40:4).

De nuevo, Dios le dijo que se preparara, se pusiera de pie como un hombre y respondiera: "¿Te atreves a negar mi justicia o a hacerme quedar mal para que tú tengas razón?" (40:8).

Job superó la prueba. Reconoció quién es Dios. Se derritió. Pero luego se convirtió en el intercesor de sus amigos, y Dios le restituyó más de lo que había tenido al principio.

Creo de todo corazón que la historia de Dios tiene un final feliz. Juliana de Norwich escribió: «Todo estará bien, todo estará bien, y todo estará bien».

Pero todavía no, no necesariamente todavía. Se requiere fe para aferrarse a ella ante la pesada carga de la experiencia, que parece demostrar lo contrario. Lo que Dios entiende por felicidad y bondad es algo mucho más elevado de lo que podemos concebir. John Oman dijo que «una verdadera creencia en la Providencia no puede sostenerse ni como una confianza instintiva en que Dios es bondadoso ni como una inferencia de la vida de que Él es benevolente, sino solo como la última y más alta victoria de una fe que ha alcanzado la visión de un bien verdadero y perdurable, que no es del mundo, incluso cuando las cosas del mundo se convierten en una nueva creación para promoverlo» (Gracia y Personalidad, pág. 126 y siguientes).

La masacre fue un hecho duro, ampliamente divulgado en su momento, y sorprendentemente bien recordado por muchos incluso hoy. Se interpretó según la medida de la fe o la infidelidad de cada uno: llena de significado o vacía. Un triunfo o una tragedia. Un ejemplo de valiente obediencia o un caso de insensatez insondable. El comienzo de una gran obra, una demostración del poder de Dios, un primer acto doloroso que conduciría a un tercer acto hermosamente predecible en el que todos los enigmas se resolverían, Dios se reivindicaría, los waoranis se convertirían y todos podríamos "sentirnos bien" con nuestra fe. Los anuncios sobre el progreso fueron recibidos con alegría y cierto "¡Ah! ¡Ya ven!". Pero el peligro reside en aferrarse a lo inmediato y esperado, como si con ello se verificara la justicia de Dios, y encubrir con la mayor precisión posible otras consecuencias, algunas inevitables, otras simplemente el resultado de un trabajo chapucero. En resumen, en la historia waorani, como en otras historias, nos consuela mientras no...

Examinar demasiado de cerca los datos desagradables. Con esta evasión, seguimos dispuestos a llamar «nuestra» la obra, a atribuirnos cualquier éxito y a negar todo fracaso.

Una fe más sana busca un punto de referencia fuera de toda experiencia humana, la Estrella Polar que marca el curso de todos los acontecimientos humanos, sin olvidar ese misterio impenetrable de la interrelación de la voluntad de Dios y la del hombre (por ejemplo, “No hizo allí muchos milagros a causa de su incredulidad”; “Jesús fue entregado al poder de los hombres”; “Me has dejado libre para moverme a mi antojo”).

Pienso en los cinco hombres, recordando la agonía de la indecisión de Pete sobre si debía unirse a los otros en la aventura; el entusiasmo de Ed por ir aunque Marilou estaba embarazada de ocho meses, su fuerte seguridad de que todo estaría bien; la depresión de Roj y su profundo sentimiento de fracaso como misionero; la extrema cautela y determinación de Nate; la exuberancia casi temeraria de Jim.

Pienso en las tensiones que se desarrollaron después de la muerte de los hombres entre aquellos que tuvieron que tratar de “recoger los pedazos” del trabajo que habían dejado atrás.

Hubo un malentendido entre algunas de las juntas misioneras sobre qué papel debía desempeñar cada una en los continuos esfuerzos para llegar a los waoranis.

Recuerdo cómo, cuando Rachel y yo finalmente llegamos al claro de la selva de los waoranis, descubrimos que lo que ella y Dayuma habían estado usando como idioma waorani no se entendía fácilmente. Dayuma había olvidado gran parte del idioma y, sin darse cuenta, había mezclado waorani, quichua, algunas nociones de español y, por si acaso, un poco de entonación inglesa.

Luego, poco a poco, vi, para mi consternación, que el enfoque de Rachel hacia el trabajo lingüístico, su interpretación de lo que los indios hacían y decían y los informes resultantes que enviaba eran a menudo radicalmente diferentes de los míos.

Pienso en los propios indígenas: ¡qué desconcierto, qué incomodidad, qué desorientación, qué desarraigo, qué enfermedad (polio, por ejemplo) sufrieron porque nosotros, los misioneros, por fin llegamos a ellos! El escéptico señala con regocijo hechos tan lamentables y nosotros los esquivamos ágilmente, temiendo cualquier evaluación de la obra que

pueda poner en duda, al menos en el plano de nuestra espiritualidad, si no en la validez de nuestra fe.

Pero somos pecadores. Y somos bufones. Recuerdo una ocasión en la escuela bíblica en la que casi me parto de la risa en medio de una oración. Después de una larga sesión en la que un estudiante tras otro confesó sus pecados, reales e imaginarios, nuestro director, L.E. Maxwell, se puso de pie y exclamó: “¡Oh Señor, libranos de nuestro triste, dulce y apestoso ser!”.

No es el nivel de nuestra espiritualidad en lo que podemos confiar. Es Dios y nada menos que Dios, pues la obra es de Dios, el llamado es de Dios, y todo es convocado por Él y para sus propósitos, toda la escena, todo el desorden, todo el paquete: nuestra valentía y nuestra cobardía, nuestro amor y nuestro egoísmo, nuestras fortalezas y nuestras debilidades. El Dios que pudo tomar a un asesino como Moisés, a un adúltero como David y a un traidor como Pedro y convertirlos en siervos firmes suyos, es un Dios que también puede redimir a los indígenas salvajes, utilizando como instrumentos de su paz a un conglomerado de pecadores que a veces parecen héroes y a veces villanos, pues «no somos mejores que vasijas de barro para contener este tesoro [la revelación de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo], y esto demuestra que tal poder trascendental no proviene de nosotros, sino que es solo de Dios» (2 Corintios 4:7, NVI).

No siempre estamos seguros de dónde está el horizonte. No sabríamos qué lado está arriba si no fuera por el reluciente sendero de luz que cae sobre el mar blanco. Aquel que sentó las bases de la tierra y definió sus dimensiones sabe dónde se trazan los límites. Él nos da toda la luz que necesitamos para confiar y obedecer.

GLOSARIO

(*Todo*(Las a se pronuncian a medio camino entre la a de padre y la a de gato).

ARAJUNO a-ra-hoo-no. Una base abandonada de la Shell Oil Company en la selva oriental. La estación donde trabajaban los McCully; también la base desde la que partió el equipo de rescate.

ATSHUARA at-shwa-ra. Un grupo de indios jíbaros entre los cuales Roger Youderian estableció un puesto avanzado.

AUCA ow (rima con vaca)-ka. Un grupo de indígenas salvajes que habitan la selva oriental. La palabra es un término quichua que significa "salvaje".

CURARAY coo-ra-rye. El río donde los cinco misioneros establecieron su «cabeza de playa».

DAYUMA dye-u-ma. Una mujer auca que escapó de su tribu hace varios años. Le proporcionó a Jim Elliot los datos utilizados en el contacto inicial.

JIVARO he-va-ro. Un grupo de indígenas conocidos por su antigua práctica de encoger la cabeza, que habitan en las selvas del sureste de Ecuador.

MACUMA ma-coo-ma. Base de los youderianos. Una estación en la selva entre los jíbaros.

PUYUPUNGU pu-yu-pungu (las cuatro u son largas). Estación de avanzada fundada por los Elliot; posteriormente, hogar de los Fleming.

QUICHUA keech-wa. Cualquiera de los grupos indígenas del Ecuador que fueron conquistados por los incas. También es el idioma que hablan actualmente estos pueblos (impuesto por los conquistadores). Esta es la ortografía ecuatoriana del quechua. En este libro, quichua se refiere a los quichuas de las tierras bajas, aquellos que viven en las selvas orientales, entre quienes trabajaron Jim Elliot, Ed McCully y Pete Fleming.

QUITO, capital del Ecuador.

SHANDIA shan-dya. La estación donde trabajaban Peter Fleming y Jim Elliot cuando se adentraron por primera vez en el bosque. Los McCully vivieron aquí un tiempo, y luego solo los Elliot.

SHELL MERA shell-meh-ra. Base de operaciones de la Confraternidad de Aviación Misionera en Ecuador, en la linde de la selva. Accesible por carretera desde Quito. Hogar de la familia Saint.

“ORE POR NOSOTROS. ¡ESTE ES EL DÍA!
NOS CONTACTAREMOS CONTIGO PRÓXIMAMENTE
A LAS CUATRO Y MEDIA.”

— N A T E S A I N T —

En 1956, cinco jóvenes misioneros estadounidenses volaron en un pequeño avión profundo en las selvas de Ecuador para establecer comunicación y compartir el evangelio con la feroz e aislada tribu Waorani. En aldeas cercanas, sus esposas se reunían alrededor de los radios, esperando ansiosamente noticias del histórico encuentro de sus esposos. El silencio al otro lado y la noticia final que recibieron las mujeres provocó ondas de conmoción en todo el mundo y cambió sus vidas para siempre.

Un relato cautivador en primera persona, escrito por Elisabeth Elliot en colaboración con las otras cuatro esposas de los misioneros, *A Través de las Puertas de la Gloria* es un clásico atemporal. Con entradas de diario originales y fotografías, esta impactante historia de auto-sacrificio es un llamado poderoso para cualquiera que esté considerando la invitación.

ELISABETH ELLIOT (1926–2015) was a missionary and a critically acclaimed author and speaker. For over half a century, her life of obedience, timeless teachings, and bestselling books have influenced both believers and seekers of the Christian faith.

All of the royalties from the sales of this book go to the Elisabeth Elliot Foundation, where they are distributed to missionary teams and projects around the world. To learn more, visit elisabethelliott.org.

Tyndale | MOMENTUM

A Tyndale nonfiction imprint

ISBN 978-0-8423-7151-3
Biography & Autobiography / Religious

US \$9.99
50999



9



EAN